



LA SABIDURÍA DEL ALMA

Rabí Moshé Jaim Luzzatto

EDICIONES OBELISCO 

**LA SABIDURIA
DEL ALMA**

RABÍ MOSHÉ JAIM LUZZATO

LA SABIDURIA

DEL ALMA

UN DIÁLOGO ENTRE EL ALMA Y EL INTELECTO

(DAAT TEVUNOT)

INTRODUCCIÓN

Esa noche se levantó... y cruzo el vado de Iabok... y Jacob se quedó solo y un hombre luchó con él hasta el amanecer. Y cuando el hombre vio que no podía vencerlo... Entonces este le dijo: “Déjame ir, pues ya ha amanecido”. Y él le dijo: “No te enviare a menos que me bendigas” “Y le dijo: ¿Cuál es tu Nombre?” “El le dijo: Jacob” “El le dijo: ya no se dirá que tu nombre es Jacob sino Israel, pues has luchado con Dios y con hombres, y has vencido”

(Génesis 32: 23-29).

Existen libros interesantes, libros cautivantes, libros que atrapan al lector desde la primera frase. Libros que pueden ser calificados como importantes, como esenciales, otros como básicos y elementales. Hay libros geniales, libros que no se deberían perder y libros inolvidables. Sin embargo, existen muy pocos libros que se presentan como “El vado de Iabok”. Quien pretenda cruzarlos deberá hacerlos solo –animándose a desprenderse del medio que lo rodea y de todos los preconceptos e influencias anteriores- de noche –animándose al replanteamiento total y apagando los falsos reflectores que iluminan apoyados en conceptos jamás puestos a prueba y como un guerrero dispuesto a enfrentarse cara a cara con las dudas que lo acosan y lo consumen desde fuera y desde dentro. Mas una vez lo ha logrado, la luz verdadera, la luz de un nuevo amanecer lo envuelve acompañado de un nombre renovado – esencial, verdadero- que reemplaza al nombre anterior. Habrá luchado contra las dudas acerca de Dios y acerca de los conceptos aprendidos de otros hombres, y habrá vencido.

La sabiduría del alma no es un libro, es un “Vado de Iabok” y su autor no es un filósofo ni un escritor sino un guerrero espiritual incansable que, a pesar de haber sido perseguido en vida, jamás huyo del mandato de su alma

y de su misión: enseñarnos que por detrás del sinsentido y del absurdo la mano divina conduce al mundo hacia la perfección universal. Ese nuevo amanecer.

Rabí Moshe Jaim Luzzato, a pesar de conformar la cadena mas exaltada de cabalistas de la historia judía – junto a Rabí Shimon Bar Iojai y el Ari Hakadosh- tiene el don de explicar los asuntos más complejos y profundos con una claridad y una simplicidad asombrosas. Temas como el sentido de la Creación, el fin del mundo, la misión del hombre en su paso por la vida, la resurrección de los muertos, el mesías, la relación cuerpo y alma, los modos en los que el Creador dirige y supervisa al universo, y el sentido del bien y del mal, son abordados y aclarados como tan solo un hombre elegido desde los cielos este fin.

Solo me queda elevar mi plegaria más profunda para que el contenido de la Torá retorne al corazón de Israel y sirva de luz para las naciones.

DANIEL BEN ITZJAK

**UN DIALOGO ENTRE
EL ALMA Y EL INTELLECTO**

ALMA: Deseo y aspiro resolver algunos temas, acerca de los cuales se ha escrito (Deuteronomio 4:39): "... Confirmaras en tu corazón que el eterno es el único Dios...", esos principios de nuestra fe cuyo conocimiento toda persona debe alcanzar en el grado de su inteligencia.

INTELECTO: ¿Y que deseas saber, específicamente? Hay trece principios de fe fundamentales. ¿Cuál de ellos deseas abordar?

ALMA: Yo he verificado todos los trece principios, sin quedar en mi ninguna reserva en absoluto. Sin embargo, hay algunos que he verificado y comprendo, y hay otros que, si bien he verificado a través de mi creencia, no están del todo claros para mi inteligencia y mi comprensión.

INTELECTO: ¿Cuáles alcanzan tu creencia únicamente, y cuales también tu razón?

ALMA: La existencia de Dios, su unidad, su permanencia eterna, su incorporealidad y su independencia de todo tipo de materia, -Creatio ex nihilo- la profecía, la profecía de Moisés, el origen Divino y la inmutabilidad eterna de la Tora, todos estos los creo y los comprendo, y no necesito más explicaciones. Pero en cuanto a la influencia divina, el castigo y la recompensa, la llegada del Mesías, y la resurrección de los muertos, ciertamente que creo en estos principios, pero me gustaría además alcanzar una comprensión satisfactoria de todos ellos.

INTELECTO: ¿Y qué es lo que los hace difíciles de comprender?

ALMA: Los grandes eventos que se repiten y que, de modo ostensible, parecerían indicar exactamente lo contrario de la influencia Divina (Dios

no lo permita). ¡Tanto más cuando la razón parece no tener el poder de desentrañar las consecuencias de estos hechos! ¿Que es lo que el Eterno pretende de sus criaturas? ¿Hacia dónde las conduce? ¿Cuál es el resultado final de todo lo existente? Los actos de Dios nos parecen tan amplios que ningún corazón es capaz de contenerlos. Me gustaría que me enseñaras el modo correcto de comprender todas estas cosas, sin variar a la derecha ni a la izquierda.

INTELECTO: Pero dentro de estos conceptos hay temas muy difíciles y muy profundos, tales como el sufrimiento de los justos y la prosperidad de los malvados, que han dejado perplejos a los más grandes sabios y profetas, incluido Moisés, y que simplemente no pueden ser entendidos.

ALMA: Aquellos detalles que no puedo comprender. Pero al menos déjame alcanzar un entendimiento convincente de los principios generales para poseer un razonamiento adecuado de todos estos temas. Y en relación a lo que no puedo comprender, me diré a mi misma: “No es una labor que tu debas realizar”.

INTELECTO: Que Dios ha fundado su universo con justicia y que lo conduce con justicia fiel y recta, sabrás que es algo obvio y que no deja ningún lugar a dudas. Tal como atestigo Moisés (Deuteronomio 32:4): “El es la Roca y sus obras son perfectas, como perfectos son sus juicios, su fidelidad y su rectitud”.

ALMA: La rectitud de esta justicia y la profundidad de todo esto que has mencionado es precisamente lo que querría que me explicaras, con claridad, punto por punto.

INTELECTO: Lo primero que debo explicarte, a fin de entender el resultado deseado de todo esto, es la idea de la existencia del hombre y la tarea que le incumbe.

ALMA: Por cierto que es un tema que exige gran análisis, si se ha de comprender en todas sus partes.

INTELECTO: El cimiento sobre el que descansa toda la estructura es que la Voluntad Superior quiso que el hombre se perfeccionara y de este modo se perfeccionara todo lo que fue creado para él. Esto, en sí mismo, será su mérito y su recompensa. Su mérito: que él habrá trabajado y se habrá esforzado para alcanzar esta perfección, la cual, una vez lograda, podrá disfrutar como producto de su labor y premio a sus esfuerzos. Su recompensa: que finalmente habrá alcanzado esta perfección y se deleitará en el bien por toda la eternidad.

ALMA: Se trata de un cimiento multifacético, y ansió saber que es lo que se construirá sobre él, porque será entonces cuando comprenderé todo lo que incluye. Pero antes querría hacerte una pregunta de orden general: ¿Hay alguna causa por la que la Voluntad Superior quiso que fuera así?

INTELECTO: La propuesta es muy simple, y tiene que ver con otra pregunta: ¿Por qué el Creador desea la creación?

ALMA: Dame, pues, una respuesta que conteste a ambas.

INTELECTO: De aquí podemos comprender lo siguiente: el Bendito Creador es la esencia misma del bien. Y es la naturaleza del bien otorgar bien. Por esta razón El Eterno, creó al hombre, para otorgarle bien. Porque

si no hay receptor no es posible otorgar bien. Pero en su sublime sabiduría, El también sabe que ese bien puede ser completo solo si es recibido como el fruto de una labor realizada. Porque solo entonces el receptor se siente propietario de ese bien y no lo recibe avergonzado, como quien recibe claridad. Como está escrito: “Quien no come de lo propio se avergüenza al mirar a su benefactor” (Orla, 1:3).

ALMA: Tus palabras tienen sentido. Continúa por favor.

INTELECTO: Nuestras observaciones introductoras nos han proporcionado un tema central acerca del cual podemos reflexionar: La imperfección y su perfección. Ahora debemos conocer la naturaleza de la imperfección y sus consecuencias, como corregirla de modo de modo que la creación sea corregida por su intermedio, como implementar esa corrección, como conseguir esta corrección y sus consecuencias.

ALMA: Me parece que lo que debemos entender es la naturaleza de la perfección lograda cuando uno completa su tarea y descansa de sus labores. Solo entonces podemos comprender retrospectivamente todo lo mencionado. Porque el logro final de un hombre será, en efecto, aquello de lo que carecía al comienzo, carencia que lo impulso a luchar por conseguirlo en primer lugar.

INTELECTO: Tienes razón. Pero en nuestra situación actual solo podemos entender la perfección de una manera general y no en detalle. Aunque al ir conociéndola de esta manera general seremos capaces de deducir sus defectos originales en detalle, porque de todas formas cualquier defecto se resolverá en una falta de esa perfección.

ALMA: Di entonces lo que puedas de esa perfección.

INTELECTO: La perfección de la que hablo está implícita en los pasajes bíblicos y en la razón. Y es unificarse con la santidad del Bendito y deleitarse en la aprehensión de su gloria sin estorbos, barreras o impedimentos. En la Biblia (Isaías 58:14): “Y entonces te deleitaras en el Eterno”, (Salmos 140:14): “Los rectos moraran en tu presencia”, (Salmos 16:11): “En tu presencia hay plenitud de gozo”, y muchos, muchos otros de esa misma índole. Los profetas y los escritos rebosan expresiones de este tipo. “Consultad el Libro del Eterno y leed” Y en las palabras de los Sabios de bendita memoria (Berajot 17 a): “En el Mundo Venidero ni se come ni se bebe... pero los justos están sentados con sus coronas en sus cabezas y se deleitan en el esplendor de su Divina Presencia”. Desde la razón: el alma no es más que un fragmento de El Eterno en las alturas. Siendo así, su único deseo es regresar y volver a reunirse con su fuente y adherirse a ella, ya que esa es la naturaleza de todo objeto generado: aspirar a su fuente y origen. Y el alma no descansa hasta haber alcanzado esta unión. Pero no podemos comprender la verdadera naturaleza de esta unión mientras vivamos en medio de la imperfección. Por este mismo hecho nos permite discernir nuestras imperfecciones. Porque de la misma forma que comprendemos que la perfección es esa unión, podemos entender que imperfección es todo lo que nos desune y toda barrera que surge entre nosotros y el Santo, Bendito Sea, y nos impide unirnos a El, como podríamos hacerlo si ese impedimento no existiera. Y de este defecto debemos luchar por deshacernos con el fin de lograr la perfección arriba mencionada. Aquí, sin embargo necesitamos introducir un tema vital.

ALMA: ¿Y cuál es?

INTELECTO: Que el Santo, Bendito Sea, podría haber creado al hombre y a la Creación entera totalmente perfectos. Más aún, esto es lo que se hubiera esperado que Él hiciera, porque Él es la quintaesencia de la perfección, y es sólo natural que Sus acciones sean perfectas en sí mismas. Pero Su sabiduría decidió que el hombre debía perfeccionarse a sí mismo, y por eso Él lo creó imperfecto, impidiendo que Su propia perfección y Su suprema bondad se manifestasen en toda su magnitud en esa creación: Él le dio la forma más adecuada para lograr que cumpliera Su sublime cometido. Esto trae consigo otra idea, que fue formulada por los Sabios (Jaguigá 13): "Shakai" (uno de los Nombre de Dios), Quien dijo a Su mundo: "Dai" (basta). Durante la creación los cielos continuaron expandiéndose hasta que Él los reprendió, como está escrito en el Midrash. Es decir que evidentemente Él hubiera podido crear más criaturas que las creadas y podría haberlas hecho más grandes de lo que son. Y si Él hubiese querido hacer que igualasen en magnitud al Creador, serían ilimitadas como lo son Él y Su capacidad. Pero Él los creó de acuerdo a su naturaleza prevista. Es decir que Él les acordó la medida y el carácter adecuados a su cometido. Al hacerlo Él circunscribió Su capacidad infinita, para que ésta no se realizase plenamente en Sus criaturas, sino en los límites de las criaturas generadas.

ALMA: Esto realmente debe ser así. Porque es una base de nuestra fe que Dios Bendito es todopoderoso en todos los aspectos y Su capacidad no admite límites ni fronteras. Y cada particular limitación que advertimos en Sus criaturas refleja no la dimensión de Su capacidad, Dios lo prohíba, sino la forma en que se hizo Su voluntad.

INTELECTO: Resumamos este principio y vayamos a otra introducción sumamente importante. Este es el principio: es como si Dios se hubiera circunscrito, es decir, circunscribió su capacidad de dar forma a las criaturas, para que sus formas no estuvieran de acuerdo a Sus poderes sino a Sus objetivos. Los creó imperfectos para que su perfeccionamiento fuera una recompensa por el mérito de haber luchado por él, y todo esto por Su deseo de otorgar el bien completo.

ALMA: Veamos cuál es el prefacio que mencionaste.

INTELECTO: Ahora debemos comprender de dónde el hombre debe obtener el potencial necesario para perfeccionar las imperfecciones con las que fue creado. Nos estamos sumergiendo en un tema muy amplio y muy profundo, ya que debemos analizar muchas proposiciones de gran peso antes de llegar al fin de nuestro tema. Y he aquí que deberás analizar todos estos temas con gran paciencia, y en el debido orden. Porque ésa es la sabiduría: adquirir conocimientos uno tras otro hasta que, por fin, surge un concepto completo para el cual tuvieron que formularse antes todas las introducciones.

ALMA: Di lo que tengas que decir en el debido orden y yo escucharé con toda paciencia y reflexión.

INTELECTO: Primero debes saber que aunque ya dijimos que Dios quiso proporcionar una percepción de la grandeza de Su perfección a Sus

creaciones, de seguro que no fue Su intención proporcionarles una percepción de toda Su perfección, la cual carece de todo límite, valla o fin de cualquier tipo. Por el contrario, Él quiso revelarles únicamente una fracción ínfima de dicha perfección, cuya captación constituiría todo su placer, según dijimos antes. Y esto es simple lógica, ya que es imposible que algo que fue creado, así como nosotros lo fuimos, pueda captar toda la perfección de Dios. Tal como se ha escrito (Job 11:7): “¿Puedes tú siquiera conocer los propósitos del Todopoderoso? ¿Puedes tú destruir las recónditas cosas de Dios?” Todo lo que el hombre puede alcanzar no es ni siquiera una gota minúscula frente al gran mar de perfección que es El Eterno.

ALMA: Esto es obvio a quien es sabio, tal como se ha dicho (Salmos 106:2): “¿Quién puede expresar las portentosas acciones del Eterno?”

INTELECTO: Ahora bien. Al considerar todo el *orden* de acciones de Dios, la grandeza de todo lo que Él ha hecho desde que puso al hombre sobre la faz de la tierra, y todo lo que Él nos ha prometido por intermedio de Sus profetas, lo que surge claramente de todo esto es la unidad esencial de Dios. Debemos saber que todos los demás atributos de Su perfección sin límites no nos son para nada claros, puesto que nos falta la capacidad para comprenderlos. Por ejemplo: sabemos que Él es sabio, pero no podemos sumergirnos en la profundidad de Su sabiduría. Sabemos que Él sabe, pero no podemos conceptualizar Su conocimiento. Es en ese sentido que nuestros Sabios dijeron (Tikunei Zohar): “Tú eres sabio, pero la sabiduría no puede penetrarte. Tú eres comprensivo, pero la comprensión no puede penetrarte”. Y como no podemos alcanzar estas cualidades, se deduce que

se nos prohíbe investigarlas, ya que ellas entran en la categoría de “lo que se te quita, no lo investigues; lo que se te oculta, no lo sondees” (Jaguigá 13a). Y, de igual modo (Sefer Ietzirá 1): “Si tu corazón se adelanta, regresa a tu lugar”.

Pero en cuanto a Su unidad, por el contrario, ésta se nos puede hacer manifiesta y completamente clara. Se deduce que no basta con que nos sea clara, sino que además debemos transferir esta comprensión al corazón e implantarla allí firmemente, y sin ningún tipo de reservas. Y es precisamente eso lo que nos manda Moisés por la palabra de Dios (Deuteronomio 4:39): “Sabrás hoy y confirmarás en tu corazón que el Eterno es el único Dios en el cielo y en la tierra. No hay ningún otro”. Y la propia boca de Dios atestigua y proclama que la suma total de todas Sus grandes obras en este mundo es la revelación de esta unidad absoluta, ya que se ha dicho (Deuteronomio 32:39): “Ves, pues, que la Roca soy Yo, solamente Yo, y ningún otro dios me acompaña”. Y en las palabras del profeta Isaías está dicho en forma explícita (Isaías 43: 10-11): “Para que sepáis y Me creáis y comprendáis que Yo soy Él. Antes de Mí no había ningún Dios formado, ni lo habrá después de Mí. Yo soy, Yo soy el Eterno, y fuera de Mí no hay salvador”. Y (Ídem 44:6): “Yo soy el primero, y Yo soy el último, y no hay otro dios fuera, de Mí”. Y (Ídem 45:67): “Para que sepan desde Oriente y desde Occidente, que no hay nadie aparte de Mí. Yo soy el Eterno, y no hay ningún otro. Yo formo la luz y la oscuridad. Hago la paz y creo el mal. Soy el Eterno, que hace todas las cosas”.

Ahora bien: “Para que sepan”, “Para que sepáis...” implica que Dios quiere que sepamos, con conocimiento y con inteligencia. Y la suma de los logros que Él promete a Israel es la manifestación de Su unidad en presencia de todos, tal como se ha mencionado en innumerables ocasiones en los libros de los profetas (Isaías 2: 11): “Solamente el Eterno exaltado será ese día”; (Zacarías 14:9): “y será el Eterno Rey sobre toda la tierra ... En aquel día el

Eterno será Uno y Su Nombre Uno”; (Sofonías 3:9): “Luego daré nuevamente a los pueblos una lengua pura, para que todos puedan invocar el Nombre del Eterno, para servirlo con un solo consentimiento”. En síntesis, lo resume nuestro constante testimonio diario (Deuteronomio 6:4): “Escucha, oh Israel, El Eterno es nuestro Dios. El Eterno es Uno”.

Se desprende, entonces, que lo único que se nos manifiesta en verdad de toda la infinita perfección de Dios es Su unidad perfecta. Puesto que cuando escudriñamos todo lo que se hace bajo el cielo, comprobamos la obra perpetua de un proceso uniforme, cuyo fin es la revelación de esta única verdad.

Ahora debemos comprender dicha unidad y todas sus implicaciones, tal como dice la Torá: “Sabrás hoy y confirmarás en tu corazón que el Eterno es el único Dios” (Deuteronomio 4:39), donde se implica que esta comprensión exige un análisis muy juicioso y un consejo adecuado. Tal como dije antes, se trata de un mar enorme y anchísimo en el que debemos zarpar con toda la fuerza de nuestras almas.

ALMA: ¿Cuál es la inteligencia necesaria para esto? “Unidad” implica que Dios, Bendito Sea, es absolutamente uno y que no hay otro fuera de Él.

INTELECTO: Sí, esto es cierto en un sentido general, pero no queda ahí la cosa. Y es justamente ése el sentido de la frase (Deuteronomio 4:35): “Se te mostró para que lo sepas que el Eterno es el verdadero Dios y que no hay otro fuera de Él”, sobre lo cual nuestros Sabios comentaron (Sanhedrin 67b): “Ni siquiera en brujería”. Es decir, que cuando decimos que Dios es Uno, no basta con que comprendamos que Él es uno en Su Ser, es decir, que no hay ningún otro ser necesario fuera de Él, y que no hay creador fuera de Él. También debemos comprender que no hay autoridad ni soberanía fuera de la Suya, y que no hay nadie más que dirija el mundo ni a

ninguna de Sus criaturas, fuera de Él. Y que no hay investigación de Su poder ni restricción de Su voluntad. Y todo esto se debe a la unidad y lo absoluto de Su autoridad. Este es el significado del versículo (Deuteronomio 32:39): “Ves pues que la Roca soy Yo, solamente Yo, y ningún otro dios Me acompaña. Yo doy la muerte y doy la vida. Yo hiero y curo, y nadie puede librarse de Mi mano”. Y (Job 23:13): “Pero Él lo decide. Y ¿quién puede disuadirle?”. Y es así que admitimos frente a Él (Job 9:12): “¿Quién puede decirle a Él: ¿Qué harás?” Que sepas que es una base fundamental de nuestra fe absoluta, tal como te explicaré más adelante, con la ayuda de Dios.

En efecto, la importancia central de entender esto está en, desenmascarar ciertas falsas concepciones que se han entrometido en el corazón de la gente: algunas en el corazón de los idólatras; otras en el corazón de la gente sin educación; otras en el corazón de los gentiles y otras más en el corazón de los transgresores corruptos que se cuentan entre los propios hijos de Israel.

Los idólatras se dividían en dos grupos con dos concepciones distintas: por un lado los que pensaban que Dios se encuentra por encima de lo mundanal y no hace caso de ellos. Según ellos, otros objetos que se encuentran por debajo de Él, tales como las estrellas del cielo y sus constelaciones, sus fuerzas gobernantes y todos sus acompañantes rigen los asuntos del mundo. Y fue así, como establecieron distintas formas de adoración y erigieron altares para esos “dioses”, sobre los cuales sacrificaron y elevaron sus ofrendas a fin de invocar una influencia benéfica sobre ellos. Los del segundo grupo dijeron (Dios no lo permita): hay dos poderes, uno que obra el bien y el otro que obra el mal, ya que, según ellos, no hay nada que no tenga su contrario, y como Dios es la esencia del bien, debe haber alguna deidad correspondiente que constituya la esencia del mal. Y, según ellos, de estas dos fuerzas surgen las exigencias del mundo, algunas para bien y

otras para mal. Es a esto que alude la afirmación herética a Amemar (Sanhedrin 39a): “La mitad superior (del hombre) está gobernada por Hormiz, y la mitad inferior por Ahormiz”.

La tercera concepción es la que sostiene la mayoría de la población, a la que anteriormente llamamos gente sin educación, según la cual todo lo que ocurre en el mundo surge de las leyes naturales que implantó el Creador a los objetos terrestres. Ellos consideran que sus propios esfuerzos y celo constituyen el factor constructivo, y que su letargo es el factor destructivo, en el espíritu de (Deuteronomio 8: 17): “Por mi fortaleza y el poder de mi mano he logrado esta riqueza”. Además suelen decir que todo depende de las estrellas, y que todo tiene un destino, que todo no es más que naturaleza, ya sea para bien o para mal.

La cuarta concepción es la de los gentiles, quienes afirman: “Israel ha pecado. No hay salvación para ellos del Eterno (Dios no lo permita)”. Los llaman “moneda desvalorizada”, diciendo que Dios los eligió y les dio la elección de ser buenos o malvados, y que ellos pecaron, evitando así que Dios siguiera beneficiándoles, según (Deuteronomio 32: 18): “Tú has debilitado la Roca de tu nacimiento”. Ellos Lo forzaron a abandonarlos y a cambiarlos por otra nación (Dios no lo permita), pues se había hecho imposible que Él los salvara. La duración del exilio parecería confirmar esto y sembrar miedo en el corazón de los que no son fuertes en su fe.

La quinta concepción es la de los mismos hijos de Israel transgresores y corruptos, que reconocen a su Creador pero se atreven a rebelarse contra Él, como por ejemplo Amón, quien dijo (Sanhedrin 103b): “¿Acaso tengo yo alguna otra intención más que hacer enojar a Dios?” Y, en el mismo sentido, (Isaías 3:8): “ a despreciar la presencia de Su gloria”. Ellos piensan que pueden actuar contra la voluntad de Dios (Dios no lo permita) y hacer que Él se enoje por sus malas acciones, como alguien hace que su amigo se enoje en contra de su voluntad. Hubo entre ellos algunos que quisieron

hacerse fuertes por medio de magia y encantamientos, y otros por medio del conocimiento de los ángeles y sus funciones, tal como le dijeron a Jeremías (Midrash Eijá Rabá) : “[Al invocar los nombres de los ángeles] rodearé a Jerusalén con un muro de agua; la rodearé con un muro de fuego”.

No obstante, el que cree en la unidad de Dios y comprende todas sus implicaciones debe creer que Dios es Uno, solo y Único, y que no está sujeto a ningún impedimento o restricción, en absoluto. Y no sólo no existe poder que se le oponga (Dios no lo permita), sino que Él mismo es el Creador del bien y del mal, tal como está dicho (Isaías 45:7): “Yo formo la luz y creo la oscuridad, hago la paz y creo el mal. Yo, el Eterno, hago todo esto”. No hay otro por debajo de Él que ejercite ningún dominio del mundo. No hay ningún segundo ni fuerza secundaria, como creían los idólatras. Y lo que es más, Él solo supervisa a todas Sus criaturas en forma individual, y no hay nada que ocurra en el mundo que no sea por Su voluntad y Su desempeño, ni por casualidad, ni por naturaleza ni por las constelaciones; Él solo gobierna toda la tierra y todo lo que hay en ella, decretando todo lo que debe hacerse en las esferas superior e inferior, a través de todos los niveles de la creación. Y es la propia unidad de Su dominio la que niega la existencia de cualquier fuerza externa o presión de cualquier tipo, ya que todas las *ordenanzas* y leyes que Él decretó están sujetas a Su voluntad, y Él es completamente independiente de todas ellas. Cuando Él así lo desea, Él somete Su voluntad, por así decirlo a las acciones de los hombres, tal como vimos (Avot 3:19): “y todo es en conformidad con la preponderancia de la acción”. Y cuando Él así lo desea, no presta atención a las acciones y, en Su infinita bondad, beneficia a quien quiere, tal como le reveló a Moisés, de bendita memoria (Berajot 7a sobre Éxodo 33:19): “y seré clemente con quien seré clemente... aunque no lo merezca”. Y (Job 35:6): “Si pecas, ¿cómo Lo afectarás? Y si tus ofensas

aumentan, ¿qué harás por Él?”. Además está dicho (Jeremías 50:20): “Será buscada la iniquidad de Israel, y no habrá ninguna... porque perdonaré a quienes deje como resto reservado”. Y (Isaías 48: 11): “Por Mí Mismo, por Mí Mismo lo haré, porque, ¿cómo podría ser profanado?” Y (Ídem 43:25): “Yo, Yo borro tus ofensas por Mí Mismo, y no llevaré tus pecados en mente”. Y (Zacarías 3:9): “Yo quitaré el pecado de esa tierra en un solo día”. Este es nuestro consuelo en la aflicción: que Él no nos juzgará de acuerdo con nuestras acciones, y que no aguardará a nuestros méritos, ni nos cambiará por ninguna otra nación (Dios no lo permita) porque haya carencia en nuestras acciones. Sino que, debido al juramento que Él hizo a los patriarcas y al pacto en el que ingresó, aunque no haya mérito en Israel, cuando llegue el momento indicado, el día que Él guarda en Su corazón, Él nos salvará sin ninguna duda, cualesquiera que fueran las circunstancias, puesto que Él es el Eterno, y puede hacerla cuando lo desee.

Lo que debemos creer es, esencialmente, lo que acabamos de decir: que como Dios no está compelido en Su accionar, ninguna de Sus criaturas puede prevalecer frente a Él, ni siquiera por medio de las leyes y el poder directivo que Él mismo estableció. Porque es Él Quien las formó, y Él las puede alterar o anular a voluntad. Este es el significado de lo dicho anteriormente (Sanhedrin 67b): “No hay otro fuera de Él”... ni siquiera en brujería”. Porque si bien en el sistema celeste que Dios quiso y estableció, la brujería “refuta el séquito celestial” (Ídem), de todos modos, cuando Él lo desea puede ejercer Su dominio y anularla, como si ésta jamás hubiera existido, contrariamente a las ideas de esos necios que se creyeron capaces de utilizar Sus propias herramientas en contra de Él (Dios no lo permita). Él es el amo de todo, y no hay otro fuera de Él.

Esto debemos aceptarlo como una base de la fe; pero es la afirmación de esta verdad la que se hace manifiesta en todas Sus acciones, creaciones y promesas, tal como explicamos. Se desprende, entonces, que la revelación

de esta unidad fue algo que quiso la Voluntad Celestial. Es en conformidad con esta intención que Dios formuló las leyes de Sus creaciones, y todo lo que Él hizo que ocurriera es lo que resulta necesario para hacer efectivo dicho fin. Por eso podemos afirmar, sin ningún tipo de reparos, que todo el universo y todo lo que de él comprendemos, todo depende y reposa sobre la idea de la perfecta unidad de Dios, que Él quiso hacer manifiesta ante los ojos de Sus creaciones. Y esto tiene un corolario, que es que cuando comprendamos a qué es inherente la revelación de Su unidad, entonces entenderemos también las leyes de Sus criaturas, cómo están estructuradas y sobre qué principios se basan. Debemos también explicar, con la ayuda de Dios, que del deseo de Dios de estructurar y gobernar Su mundo por esos carriles deriva todo el sistema de la imperfección del hombre, el perfeccionamiento de su servicio, y la recepción de su recompensa, que es algo que deriva únicamente de este poder directivo.

ALMA: Estoy muy ansiosa por escuchar cómo es que todo esto deriva de la revelación de Su unidad.

INTELECTO: Lo que debemos comprender muy bien es la idea de los defectos y los males presentes en la naturaleza, que no están en conformidad con la perfección de Dios, y debido a los cuales se descarriaron los transgresores, cada uno a su modo, tal como te expliqué antes. Porque si tenemos en cuenta la perfección de Dios, Él debería hacer solamente el bien. Por eso ahora te aclararé este punto, con la ayuda de Dios.

Al decir que Dios es Uno, se entiende que no hay otro fuera de Él, que no tiene un opuesto, que nada puede refrenarlo, contrariamente a todas las malinterpretaciones que mencionamos antes. Se desprende que no basta con atribuir a Dios todo el bien, sino que además es necesario dissociar de

Él todo lo opuesto del bien. Pero las demás cualidades, no se definen en términos de opuestos. Por ejemplo, la idea de ignorancia no entra dentro de la definición de sabiduría, cuando ésta se define como la mente colmada de ideas bien fundadas. El mal no entra en la categoría de santidad, que se entiende como hacer el bien en todos los aspectos. La unidad, sin embargo, sí se presta a la definición por la negativa, es decir, como la ausencia de pluralidad. De modo que las otras cualidades se definen en términos de la afirmación del propio bien, mientras que la unidad se define en términos de la negación del mal. Vemos que si Dios quisiera revelar todas las demás cualidades de Su perfección, como son todas cualidades de bien, se definirían solamente en términos de afirmación del bien, y su revelación no podría incluir la manifestación del mal. Pero en Su deseo de revelar Su unidad, la cual comprende la negación del mal, fue posible crear el mal y negarle un dominio y una existencia absoluta, para que estuviera manifiesto todo el espectro de esta cualidad.

Y no te confundas diciendo que para hacer que la sabiduría sea manifiesta también es necesario revelar la ignorancia, y que para hacer manifiesta la santidad hay que revelar la crueldad, donde las cualidades se entienden únicamente por medio de sus opuestos. Porque debemos comprender que cada una de las variedades del bien puede entenderse como una cualidad de bien en sí misma, sin que su definición incluya la definición de su opuesto. Pero todas estas cualidades, juntas, entran en la categoría de unidad “la negación de otro fuera de Él”. Todas se incluyen en esta variedad. Y el que comprenda esto no debe confundir las variedades de un tipo con las de otro tipo.

ALMA: No hay dudas de que la comprensión depende de la discriminación, y todas las categorías y variedades deben distinguirse las unas de las otras, para que se las pueda comprender a ellas y a sus

ramificaciones. Y si bien la Inteligencia Suprema no es de la misma naturaleza que la mente humana, y dichas distinciones pueden relacionarse entre sí, de cualquier modo somos seres humanos, y debemos hablar como seres humanos.

INTELECTO: Iré un poco más lejos de lo que dices. Es verdad que Dios, en Su omnipotencia, podría haber creado el mundo de modo tal que en Su creación no percibiéramos ni antecedente ni consecuente, ni causa ni efecto. Y si así hubiera sido, la gente simplemente sería incapaz de decir nada con relación a las acciones de Dios porque nos sería imposible entender ni siquiera mínimamente Su proceder, debido a que Su omnipotencia se halla muy por encima del intelecto del hombre, cuya mente está limitada por las leyes específicas de su naturaleza. Pero como la Voluntad Suprema quiso que los hombres comprendieran en algún grado Sus caminos y Su proceder y no sólo eso, sino que se esforzaran por alcanzar este fin y buscarlo con ardor, Él optó por actuar a la manera de los hombres, es decir, en un poder directivo perceptible y comprensible. En síntesis, buscó adaptar Sus acciones al intelecto de Sus criaturas y no a Su propio intelecto. Por eso nos dio un área en la cual pudiéramos reflexionar sobre Sus acciones, y comprender algo al menos, si no mucho. Esto lo corrobora el relato bíblico de la creación, donde se atestigua que Él creó Su universo con una división de tiempos, con mandatos distintivos, en el poder directivo que Él quiso, y no simultáneamente o por medio de un solo mandato, que es como podría haberlo creado. De este modo, podemos discriminar y reflexionar acerca de todos Sus actos y sus razones, y sobre lo que ellos originaron: todos los tipos, variedades y detalles individuales, de acuerdo con el poder directivo propio del hombre.

Pero volviendo a nuestro tema, al hablar de “unidad”, se entiende que

hablamos de la negación de todo lo que no es unidad. Y esto surge como un principio general que rige todas las infinitas cualidades de Su perfección. Es decir, que con respecto a toda cualidad o perfección que Él posea, siempre se debe comprender que no hay otro fuera de Él, que Él no tiene opuesto, que no hay nada que pueda refrenarlo, y todo esto se resume en Su “unidad”, tal como explicamos antes.

De esta introducción se desprenden dos corolarios: primero, que únicamente con respecto a Su unidad podemos hablar de Dios que crea algo opuesto a Su perfección; es decir, cuando Él desea revelar la cualidad de Su unidad y hacerla vívidamente manifiesta.

El segundo corolario: con relación a esta cualidad de perfecta unidad, todas las otras cualidades constituyen partes individuales mientras que ésta es general y circunscribe a todas ellas. Porque en nosotros es axiomático que en cada faceta de Su perfección infinita Él es la propia esencia de la unidad, ya que no hay otro fuera de Él, nadie opuesto a Él y nada puede refrenarle, tal como explicamos. Esta verdad tiene su origen en la verdad de Su existencia necesaria, que constituye la base de todo lo que podemos decir acerca de Su perfección, y, asimismo, de todo lo que no podemos decir; es decir, que sólo a Él se atribuye la “existencia necesaria”, que Él debe ser, y que sólo Él debe ser, como resulta evidente a todos los hombres que mantienen nuestra fe. Las implicaciones de esta idea ya serán analizadas más en detalle.

Por ahora debes tener claro todo lo que dije antes: cómo la cualidad de unidad se distingue de todas las demás cualidades de perfección, puesto que es el núcleo del sistema de defecto y perfección, servicio Divino y recompensa. Porque si la Voluntad Suprema hubiera querido solamente revelar cualidades de Su perfección, habría llevado a cabo únicamente obras perfectas, de acuerdo con la perfección en particular que hubiera querido revelar. Y hubiera sido impropio que esas acciones tuvieran algún

elemento de imperfección puesto que la manifestación de la unidad únicamente, y de ninguna otra cualidad, se presta a la revelación de los defectos. Y si no hubiera defectos, no habría lugar para el servicio Divino del hombre y no habría lugar para recibir una recompensa. Pero cuando dispuso que fuera Su unidad lo que revelara Él de toda Su perfección, la consecuencia fue que Sus criaturas serían imperfectas, siendo necesario revelar la imperfección, a fin de acentuar su negación. Esto, sin embargo, no constituye la manifestación esencial de Su unidad, que sólo se comprenderá cuando en verdad se anule la imperfección mediante el poder de Su perfección, y todo se perfeccione con el poder de Su bien reinante. Es recién entonces cuando se considerará que Su unidad se ha revelado verdaderamente. Y una de las implicaciones necesarias de esto es que si bien las creaciones son imperfectas, sus defectos no son permanentes, sino que son defectos temporarios, que con certeza serán anulados, si bien existen muchas formas de anularlos.

Ahora debemos comprender la raíz de todo esto, que es que la imperfección surge únicamente del ocultamiento de la Presencia de Dios, de que Él no quiere que ésta brille inmediatamente sobre Sus creaciones desde el comienzo, haciéndolas perfectas desde un comienzo. Por el contrario, Él ocultó Su presencia de ellas y las hizo imperfectas. Porque la luz de la presencia del Rey es vida y su ocultamiento es la fuente de todos los males. Pero como la intención tras este ocultamiento no era que la luz permaneciera oculta, sino por el contrario, que finalmente fuera revelada, disipando así todo el mal, Él estableció para Sí Mismo una resolución fija e inamovible de revelar Su hondad oculta. Esto puede lograrse mediante las acciones del hombre, es decir, mediante el cumplimiento de las leyes y enseñanzas que Dios estableció para nosotros en Su Torá verdadera, cuyo cumplimiento le otorga al hombre la vida eterna. Porque la recompensa de un precepto es otro precepto: la luz de la presencia Divina que Él ocultó al

hombre desde el comienzo de la creación. Así el hombre nació para trabajar: dominado por una Mala Inclinación y por el mal de todas las clases de imperfección, y por su alejamiento de la Luz de la Vida. Es la realización de los preceptos la que le confiere esa luz secreta, de modo que al cumplir con su parte de preceptos, se perfecciona por medio de ellos, y podrá deleitarse en esta Luz de Vida. Igualmente si no opta por el bien, la Unidad Celestial acabará revelándose puesto que Él no ocultará Su rostro de Su mundo para siempre. Pero ejercerá Su soberanía sobre los transgresores con ira irrefrenable, y ellos cargarán con el peso de sus pecados hasta que “los pecados dejen la tierra”, o hasta que sometan sus corazones incircuncisos, se arrepientan y vivan.

Además, en vista del hecho de que este ocultamiento de la presencia presupone su revelación última, cuando Dios nos devuelva hacia Él en compasión, inclusive esta libertad de acción que nos concede ahora, para que siempre estemos suspendidos entre la beneficencia y la maleficencia según la preponderancia de nuestras acciones, inclusive este estado no durará para siempre, sino únicamente todo el tiempo que la Inteligencia Suprema considere necesario y suficiente para el perfeccionamiento de todas las almas que Él creó, ya sea por devoción, arrepentimiento, o sufrimiento. Y este lapso, según nuestros Sabios (Rosh Hashana 31 a; Sanhedrin 97 a) dura seis mil años, después de los cuales Él renovará Su mundo. En ese nuevo mundo los hombres serán como ángeles en vez de como burros. Se los librarán de esta naturaleza material y grosera y de sus malvados habitantes: la Mala Inclinación y todo lo que de ella deriva. E inclusive con respecto al período del Mesías -antes del fin del sexto milenio- está escrito “Quitaré de vuestra carne el corazón de piedra... y haré que andéis en mis preceptos”. Y nuestros Sabios dijeron (Shabat 151 b; Midrash Rabá sobre Eclesiastés 12:1): “Años acerca de los cuales dirás: "No los deseo". Son los años del Mesías, en los que no hay ni mérito ni

falta”. Y esto es lógico, puesto que cuando el hombre se purifique de la Mala Inclinación, su servicio Divino se transformará en una necesidad natural, por la cual no merecerá ningún tipo de elogio.

No obstante, la naturaleza de la Unidad Suprema dictaminó, a fin de manifestar el poder de Su soberanía absoluta, que, mientras Él así lo desee, la tierra debe abandonarse a las vicisitudes del tiempo, mientras que el mal domine el mundo. Y, lo que es más, Él no restringe este mal ni impide que haga todo lo que quiera hacer, ni siquiera si Sus creaciones descienden al nivel más bajo posible, por esa causa. Sin embargo, a pesar de esto, Su mundo no se pierde; puesto que únicamente de Él es el reino. Es Él quien hace y carga y golpea y cura, y no hay otro fuera de Él. Y esto es un estímulo muy fuerte a la fe de los hijos de Israel, sus corazones no se debilitan, ni por la duración del exilio ni por su tremenda amargura. Porque Él le permitió al mal que hiciera todo lo que tuviera capacidad de hacer, tal como explicamos. Y, finalmente, cuanto más fuertemente el mal actúe contra los hombres, más manifiesta será la fuerza de la unidad de Dios y la omnipotencia de Su reino. Y desde las mismas profundidades de nuestras tantas pruebas, de seguro que surgirá la salvación, por la grandeza de Su poder.

Es verdad que los hombres podrían obtener méritos por medio de sus acciones, reconocer la verdad y abandonar los engañosos senderos de este mundo, en su deseo de acercarse a su Creador. Y todo esto gracias a haberse dado cuenta de que todo lo que se opone al camino decretado por Dios entra en la categoría de mal ordenado por la Voluntad Suprema y creado a través del ocultamiento del rostro de Su bondad. Así despreciarían el engaño visual y optarían por la luz secreta y oculta, la luz del semblante del Rey de la Vida. Y si así fuera, la unidad de Dios se les revelaría por derecho propio, y así ellos se acercarían más rápido a su propia salvación. Entonces Dios no tendría necesidad de revelarles Su unidad por medio de

las dificultades y la duración del exilio, porque en ese caso habrían percibido la verdad por sí mismos. Lo percibido, percibido está. Porque como habrían visto y reconocido el mal, y lo habrían abandonado, prefiriendo la verdad de Su Unidad, ya se habría hecho todo lo que era necesario. Porque toda la intención era que esta verdad se les hiciera manifiesta, para que ellos pudieran entonces deleitarse en la verdad que les fue revelada. Así, cuando ésta se revela, ya está revelada.

Debemos recordar que esto que dijimos describe muy nítidamente la situación de Adán. Comprende esto muy bien. Si Dios hubiera creado el mundo únicamente con la dimensión de bien, sin que existiera en absoluto el mal, la mente no podría conceptualizar el mal, y en consecuencia no podría obtener una comprensión perfecta de la unidad, tal como explicamos antes. Pero como el mal sí fue creado, la mente puede conceptualizarla y, por medio de él, reconocer la unidad verdadera. Adán, en efecto, percibió el mal, en la forma del árbol del conocimiento del bien y del mal, que Dios le había prohibido. A pesar de esto, sus ojos lo engañaron, induciéndolo a considerar el árbol atrayente a la vista, apetecible al paladar y deseable para la adquisición de conocimientos, tal como está escrito (Génesis 3:6): “y la mujer vio ...” Se desprende, entonces, que él vio de inmediato que había lugar para errar y decir -Dios no lo permita- que hay dos poderes gobernantes, o sucumbiendo a cualquiera de las demás concepciones de mal que le proponía la serpiente. En realidad Adán era un hombre de una sabiduría extraordinaria, y debería haber empleado esa sabiduría para analizar el asunto como corresponde. Además, él ya sabía que era verdad, en virtud de su sabiduría, que todo lo que contradecía lo que Dios le había mostrado en relación a la verdad de la perfección, no era más que falsedad y engaño, y que pertenecía a la categoría del mal que Él había creado para demostrar la verdad de Su unidad y para probar al hombre mismo, a fin de proporcionarle méritos. Y si él

hubiera seguido firme en su fe y no se hubiera dejado arrastrar por la Mala Inclinación, y hubiera fortalecido la fe de su corazón, habría alcanzado la Unidad Suprema. Porque él ya había visto y ya había conceptualizado el mal, y también había comprendido, en su inteligencia, que el mal era algo que Dios creó para Su honor. Hubiera bastado con que hubiera sido fuerte y no hubiera transgredido el mandato de Dios, y todo esto solamente hasta la víspera del Shabat, según explican nuestros Sabios. Porque en ese momento Dios habría hecho en un solo día lo que ahora hace en seis mil años. Es decir, que Él le habría demostrado en forma real que lo que Adán creía acerca de la Unidad de Dios era cierto. En un solo momento Dios habría anulado todo el mal del mundo.

Pero Adán desde un comienzo se dejó arrastrar por sus deseos y ambiciones y, a la vez, inventó racionalizaciones a fin de hacer más fácil el camino, en el mismo sentido de lo que dijeron nuestros Sabios (Sanhedrin 63b): “Israel practicó la idolatría sólo para poder mantener relaciones prohibidas abiertamente”. Y, en un tono parecido (Sanhedrin 38b): “Adán fue un hereje”. Por eso fue necesario demostrarle en acto, y no sólo con la palabra, lo que no quiso percibir con el intelecto: la verdadera naturaleza del mal, y dejarle bien claro que aunque el mal había recibido tanta libertad de acción, finalmente todo retornaría al reino del bien. Y todo esto se corporiza en las dificultades de este mundo, las cuales se decretaron para que Adán finalmente abrigara la creencia que no quiso mantener en un principio. Fue por eso por lo que se le demostró en forma empírica, y en detalle, lo que podría haber comprendido y percibido desde el comienzo.

Lo mismo ocurre con sus descendientes. Con sólo el deseo de comprender esta idea y de implantarla en el alma por medio de la razón, sería suficiente. Porque sólo basta con que los descendientes de Adán lleguen a conocerla, y si se aclara, se aclara. Pero como los hombres no fueron rectos acciones sino que, por el contrario, se dejaron engañar por la vista con respecto a

todos los falsos conceptos que mencionamos anteriormente, Dios debe revelarles aquello que no pudieron descubrir por sí mismos. Y de esto se trata el exilio, en que Dios oculta Su presencia más y más, y el mal logra una fuerza increíble. Tal como dijeron nuestros Sabios (Sota 49a): “No hay un día cuya bendición -eufemismo de "maldición" - no sea mayor que la del día anterior”. Y al final, repentinamente, Dios regresará a Su Santuario, Su Gloria se revelará y todos los seres contemplarán Su unidad.

y ahora, debido a la magnitud del ocultamiento de Su presencia, se ha deteriorado el conocimiento y todas las acciones son defectuosas ya que las propias creaciones se han deteriorado y degradado, tal como se dice (Sota 4Sa): “Se perdió el sabor de las frutas...”, junto con todos los demás hechos lamentables de que hablaron nuestros Sabios, y que nosotros comprobamos con nuestros propios ojos. La tierra está vacía y desolada. Tal como dijeron los Sabios (Sota 49 b): “Prevalecerá el descaro y se encumbrará la carestía...”. Se trata de distintos aspectos de la intensificación de este enorme mal. Pero cuando la Gloria de Dios se revele, todas las mentes retornarán al buen camino, todas las acciones se perfeccionarán como en el comienzo y los hombres se aferrarán a su Creador, tal como está escrito (Joel 3:1): “Volcaré Mi espíritu sobre todo lo viviente...” y (Jeremías 31:33): “y el hombre ya no le enseñará a su vecino... diciendo "Conoce al Eterno", pues todos Me conocerán, grandes y pequeños”. Y la aspiración universal será santificarse en la santidad de Dios, tal como está escrito (Isaías 2:3): “y vendrán muchos pueblos que dirán "venid, y subamos a la montaña del Eterno", y Él nos enseñará Sus caminos, y andaremos en Sus senderos”. Y esto dará origen al mejoramiento de toda la naturaleza, tal como está escrito (Salmos 72:16): “Como un rico trigal en el campo sobre las montañas” y (Isaías 11:6): “y el lobo vivirá junto al cordero...”

En suma, cuando la Voluntad Suprema eligió este camino, dejó espacio para que se llevara a cabo todo lo que fuera necesario para la verdadera

perfección de Sus criaturas. Al ocultar su presencia, Dios dejó lugar a la imperfección y, de este modo, dejó lugar al servicio Divino que eventualmente traería la necesaria perfección. Y como el propósito de este ocultamiento es solamente la revelación final, esto permite el perfeccionamiento de estos defectos por medio de la fuerza de la revelación de la perfección. Y como el ocultamiento tiene como destino la revelación en cualquier caso, se puso un fin a la cantidad de días de libre albedrío. Porque finalmente todo el universo alcanzará la perfección total, a la que seguirá un período de recompensa por el servicio Divino que le precedió, tal como afirman nuestros Sabios (Eruvin 22a): “Hoy para realizarlos-a los preceptos- y mañana para recibir su recompensa”.

ALMA: Por favor, haz una síntesis de lo que me has explicado hasta ahora, porque ya has dicho mucho.

INTELECTO: El principio es breve y de fácil aceptación. La Voluntad Suprema quiso revelar y hacer manifiesta la verdad de Su unidad: que no existe ningún otro poder en absoluto contrario al de Él. Y es sobre esta base que Él construyó Su mundo con todas sus leyes. El propósito del ocultamiento de Su presencia y de que Él permitiera la existencia del mal es la revelación última de su unidad, la erradicación del mal y la manifestación de la unidad de Su reino. En el ínterin, se permitió el servicio Divino del hombre todo el tiempo que exista la imperfección y la perfección aguarde la revelación. Y tras esta revelación, vendrá un período de recompensa por el servicio Divino que lo precedió.

ALMA: Todavía no tengo el tema claro. ¿Por qué decimos que todo se basa en el principio de unidad? ¿No basta con afirmar la primera idea, que enunciaste al comienzo, de que Dios quiso conceder un bien perfecto a Sus

criaturas, y Le pareció apropiado, con ese fin, que adquirieran suficientes méritos y no como caridad, razón por la cual instituyó la recompensa y el castigo en el mundo, para que pudieran recibir el bien como recompensa, razón por la cual Él instituyó total libre albedrío, para que hubiera lugar para la recompensa y el castigo?

INTELECTO: El quid de la cuestión es que lo que se ha de revelar es Su unidad. Vimos antes las promesas de los profetas, que Dios redimirá a Israel en cualquier caso, incluso sin méritos, y que Él eliminará la Mala Inclinación del hombre y les obligará a servirle a Él. Y todo esto está en oposición a la de recompensa y castigo, y de libre albedrío. Y si la intención fuera verdaderamente establecer el libre albedrío, la recompensa y el castigo, para que el mundo siempre estuviera compuesto de individuos con libertad de elección, para que a los justos todo les fuera bien, y a los malvados todo les fuera mal, entonces sería necesario que ese estado de cosas persistiera continuamente, sin interrupción. Y así sería en verdad si Dios quisiera mantenerse en Su atributo de justicia, midiendo a los hombres con esa vara todos sus días. Pero sabemos que esto no es así, tal como nos demuestra la Biblia, y sabemos, gracias a las palabras de los Sabios, que finalmente los hombres se quedarán sin libre albedrío y el mal cesará en el mundo, tal como enseñaron (Berajot 10a): “Está escrito: “Y los pecados desaparecerán de la faz de la tierra””. La intención esencial no es el castigo y la recompensa, sino la perfección universal. Es sólo que Dios unió los dos sistemas e hizo uno, en la profundidad de Su designio, canalizando así todos los caminos en dirección a la perfección universal. Pero ya hablaremos de esto más adelante, con la ayuda de Dios, cuando analicemos la influencia Divina en detalle, puesto que se trata de un tema de gran importancia y profundidad.

Hasta ahora hablamos de generalidades, y debemos ahora referirnos a

puntos más específicos. Hemos dicho que todos los aspectos y leyes de la creación están basados en la revelación final de la unidad de Dios. Y en este sentido establecimos que existen dos períodos: el primero, en el cual Él está oculto pero destinado a revelarse; el segundo, que sigue a la revelación. Y es en estos dos períodos que vemos el servicio Divino del hombre y la entrega de la recompensa. A partir de ahora deberemos distinguir todos los detalles que podamos con respecto a cada uno de estos dos períodos, es decir, los detalles de su revelación, en sí mismos, y los detalles de su ocultamiento en sí mismos. Puesto que, en vista del hecho que uno conduce al otro, debe necesariamente un punto de unión que marque la transición entre los dos extremos.

Comencemos ordenadamente. La primera tarea es comprender los detalles del ocultamiento de Su unidad, que es el primer período, y la naturaleza de Su interacción con nosotros durante este lapso de tiempo. A esta altura deberemos explicar todos los aspectos del servicio Divino y todas sus implicaciones, la preparación necesaria para su realización y todas las demás consideraciones que debemos recordar en este análisis.

Hay un prefacio fundamental que debo enunciar antes de avanzar en el análisis de los caminos de Dios y de Sus modalidades de conducta.

ALMA: ¿De qué se trata?

INTELECTO: Sabemos que hay ordenanzas y reglas mediante las cuales Dios interactúa con nosotros, Sus creaciones. Son modos y medios justos que fueron decretados por la profundidad de Su sabiduría. Como resultado de esto, Le atribuimos muchas cualidades, como en todas las descripciones de los profetas, y Lo llamamos “compasivo”, “clemente”, “fuerte”, junto con todas las demás cualidades que se Le adjudican. Aquí, sin embargo, debemos comprender y saber con firme convicción que ninguna de estas

descripciones o títulos corresponden con la verdadera esencia de Dios, ya que Él no realiza ninguno de sus actos como los realiza el hombre, o sea, en conformidad con Su naturaleza y Su poder, sino que todos sus actos son representativos de lo que Él quiere hacer de acuerdo con los intelectos de las criaturas que Él quiso crear, y únicamente dentro de los límites de su potencial. Los sabios se explayaron sobre el tema en más de una ocasión. Lo que nosotros debemos entender en este sentido es que la existencia de Dios es incuestionablemente evidente, pero nosotros no somos capaces en ninguna medida de conceptualizar Su esencia. Y lo que es más, nos está absolutamente prohibido embarcarnos en semejante tarea, tal como enseñaron nuestros Sabios (Jaguigá 11 b): “Si una persona reflexiona sobre cuatro cosas es que no hubiera venido al mundo...” y (Ídem 13a): “No investigues lo que está alejado de ti... No tienes nada que hacer con los misterios”.

En síntesis: todo lo que el intelecto humano pueda concebir e imaginar no es en absoluto la esencia de Dios, puesto que El Se encuentra en una posición elevada y exaltada por encima de todos los pensamientos y concepciones, y no posee ni una sola de las propiedades de Sus creaciones, ni grandes ni pequeñas. La más grande perfección de Sus creaciones es un defecto, en comparación a Él, porque no alcanzamos a acercarnos siquiera a Su naturaleza. Porque todo lo que se halla en Sus creaciones, ya sea bueno o malo, perfección o imperfección, es completamente nuevo, creado por la voluntad de Dios, adaptado completamente a nuestro intelecto y nuestra situación, y de ningún modo refleja la inteligencia ni la esencia de Dios. En este sentido, la Biblia proclama en forma inequívoca (Isaías 40:25): “¿Y con quién Me comparáis para que Yo sea igual?”

Para resumir: el Creador está libre completamente de todo atributo perteneciente a Sus criaturas, ya sea de perfección o imperfección, ya que sólo Él es perfecto con una perfección verdadera, que no da lugar a ningún

tipo de imperfección. Él es, absolutamente inconcebible a nuestro intelecto, ya que ninguna de nuestras cualidades puede aplicarse a Él. Sin embargo, en Su voluntad de crear a Sus criaturas, de guiarlas, de conferirles Su bien para concederles bendiciones, y permitirles cierta revelación de Su gloria, que es exaltada por encima de toda bendición o alabanza, para que puedan deleitarse en Su Luz, Dios estableció, por así decirlo, un sistema de conducta justa, habiendo establecido formas de influencia y modos de comportamiento mediante los cuales actuar y dirigir a todas Sus creaciones con destino a un objetivo selecto. En cuanto a Sus cualidades, son ciertamente Sus cualidades, y es verdad que se Le pueden atribuir características. No obstante, no son necesarias, sino que existen únicamente porque Él quiso que existieran, y su existencia depende únicamente de Su deseo y voluntad. Porque ciertamente Él habría podido actuar sin ellas, e inclusive ahora mismo puede alterarlas, si así lo desea.

En conclusión: la soberanía de Su voluntad es absoluta, y no permite ningún freno en absoluto, en ningún momento en absoluto. Ya he explicado esto antes. Y si bien Él es un Dios oculto en cuanto a Su existencia y su esencia pura, completamente inconcebible e incognoscible para ninguna criatura, Su gloria se revela y se conoce en cierto grado, mediante Sus actos. Y todo lo que las criaturas puedan concebir de Él será mediante Sus actos únicamente, y no por ninguna otra cosa.

Sin embargo, debes saber también que incluso aquellos actos de Dios que percibimos, los percibimos sólo en términos de sus efectos, es decir, que percibimos solamente aquello que resulta afectado por Dios, y no la manera en que Él lo afecta. Porque no existe concepción que pueda abarcar nada que esté relacionado a Él. Solo podemos comprender lo que es como nosotros, Sus criaturas.

Por lo tanto, si bien atribuimos a Dios cualidades tales como el conocimiento, la memoria, el pensamiento, la compasión, el enojo, la

voluntad, etc., no por esto debemos pensar que Su manera de conocer, recordar, pensar, compadecer o enojarse, o querer algo, es como la nuestra. Y así con todas las cualidades. Él afecta Sus actos de un modo completamente inconcebible e incognoscible a Sus criaturas, pero Sus actos nos llegan en la forma y en la medida en que Él lo desea. Además, incluso Sus actos de imperfección no necesitan ser realizados del modo imperfecto en que los realizaría el hombre, sino que “El dijo y fue creado”, de un modo completamente oculto y por encima de nuestro entendimiento, que nos llega solamente en la medida en que nos llega. Deduce esto de la voz de Dios en el tabernáculo en relación a lo cual comentan los Sabios (Torat Kohanim, Vaikra): “La voz de Dios estaba en potencia”, y aun así, Moisés la oyó y todo el resto de Israel no. Todo esto surge de Su omnipotencia, de Su capacidad de hacer todo lo que desee, sin que ninguna fuerza Lo detenga ni ninguna ley o límite Lo circunscriba. Por lo tanto, no podemos sacar conclusiones de sus actos para aplicarlos a los de Sus creaciones, ya que éstas se encuentran sujetas y limitadas, mientras que El es completamente omnipotente.

Este es el prefacio que necesitas para todos los temas que analizaremos. Ahora, a nuestro asunto.

ALMA: Escuché con atención lo que dijiste y lo acepto completamente. Puesto que es imposible quedarse callado en relación a la creación y sus accidentes, sin reconocer la existencia de una Causa y una influencia tan elemental, exaltada, omnipotente y completamente no forzada. Sin esto es imposible la resolución o clarificación de la mayoría de las dudas y conjeturas que surgen del tema.

INTELECTO: El primer período que debemos analizar es el del ocultamiento de Su unidad, que es el período actual, el período del servicio

Divino. En virtud de Su perfección, Dios podría haber hecho perfectos todos Sus actos, para que poseyeran solamente un bien perfecto y completo, sin ningún tinte de imperfección o de mal en absoluto. Sin embargo, en Su deseo de tratar a Sus creaciones de acuerdo con el modo que hemos mencionado, inventó un orden completamente nuevo, no en conformidad con la Perfección Suprema, sino solamente con las necesidades de las creaciones, a fin de proporcionarles méritos y una recompensa final. Y así es como funcionan el bien y el castigo y la recompensa, donde el bien y el mal se encuentran equilibrados y presentes en el mundo: el bien para los justos y el mal para los malvados. Dentro de esta construcción, a veces las creaciones asimilan perfección, y otras, imperfección, las fuerzas del mal tienen permiso para ejercer su Influencia, y las fuerzas de corrupción tienen poder para obrar todo el mal que Dios les confirió, y hay lugar para las naciones del mundo, los idólatras y todos los demás males de este mundo, en relación a cuya eliminación final dijeron nuestros profetas (Isaías 2:18): “y los ídolos desaparecerán por completo”, (Zacarías 13:2): “y quitaré de la tierra el espíritu de corrupción”, (Isaías 25:8): “La muerte desaparecerá para siempre”, (Ídem 11:9, 65:25): “Ellos no lastimarán ni herirán en toda Mi santa montaña”, y promesas similares, en la vena de (Berajot 33b): “Todo está en las manos del cielo, excepto el temor del Cielo”. Porque Dios no quiere interponerse en el camino de los hombres, si es que éstos deciden hacer el mal. Y ésta es la fuente de todas las grandes erosiones que ha sufrido el mundo desde el día en que Dios creó al hombre. Y en este mundo los justos no tienen descanso, puesto que las fuerzas del mal se intensifican más y más, y Dios es extremadamente estricto con Sus justos. Esta es la naturaleza de la modalidad que la Voluntad Suprema originó, de acuerdo con el ocultamiento de Su soberanía y Su unidad. Y esta modalidad persiste únicamente en virtud del ocultamiento de la presencia del bien de Dios; puesto que si Él quisiera

revelarse en la verdad de Su reino, eliminaría todos estos males y sólo dejaría que permanecieran el bien y la perfección, tal como hará, en efecto, en un tiempo futuro.

Además debemos saber que, sin lugar a dudas, incluso ahora, si bien Dios ocultó su bien y no les mostró a Sus criaturas la escala total de Su perfección, es cierto que Él les es providencial. Porque ¿de dónde obtendrían el ser, la existencia y la conservación, si no de Su influencia? Si, así es, ciertamente que Dios ejerce Su influencia; pero Su influencia actual, comparada a lo que sería si Él la ejerciera en proporción a Su perfección, es como una sombra en comparación con el hombre, o como la levísima impresión dejada sobre un pergamino después de haber sido quitadas las letras. La generalidad de esta influencia se suele denominar “oscuridad y no luz”, en relación a la influencia perfecta que se obtendría si El obrase en proporción a Su perfección. Sin embargo, en lo que a nosotros concierne, esto es toda nuestra vida. Porque es exclusivamente en virtud de esta influencia que vivimos y continuamos. Por eso, al hablar de esta influencia, que se originó en el ocultamiento de la presencia del bien de Dios, vemos que es sólo la sombra de la fuerza del Todopoderoso, y, de cualquier modo, si analizamos en detalle, vemos que comprende todas las ordenanzas y leyes que distinguimos en el poder directivo supremo. Porque todas juntas son completamente insignificantes en relación al poder Supremo que se manifestaría en el proceder de Dios de acuerdo con Su perfección, tal como expliqué.

Sin embargo, como la intención esencial es la revelación de la unidad, y no su ocultamiento, tal como dijimos anteriormente, donde el ocultamiento es únicamente el medio de llegar a la revelación final, si bien El oculto su presencia a fin de dar origen a este orden de bien y de mal, de cualquier modo Él emitió una proyección, por medio de la cualidad de Su bien y dentro del marco de Su soberanía, para conformar la resolución de todo este

orden dentro de la Perfección Universal. Esto resulta evidente, porque ya explicamos que Dios pondrá fin a esta oscuridad de bien y mal que dura seis mil años, y que Él ya decretó el fin de este poder directivo desde el mismo comienzo, para que Su unidad permanezca revelada y su bien permanezca inamovible por toda la eternidad. Por eso, cada día que pasa, el mundo se encuentra más cerca de su perfección. Además, Dios, en la profundidad de Su designio, crea contingencias y continuamente manipula los acontecimientos para llevar al mundo a esta perfección como dice la Biblia (Salmos 40:6): “Muchas cosas has hecho, oh Eterno, Dios mío. Grandes son Tus obras y pensamientos sobre nosotros”, (Isaías 25: 1): “Tus consejos desde antaño son fieles y verdaderos”, (II Samuel 14:14): “Dios trata de no apartar de Él al pecador”. Porque ciertamente no es la intención de Dios mantenerse tanto tiempo en la modalidad de bien y mal y luego, de repente, abandonado para iniciar la modalidad de soberanía y unidad, como un hombre que se arrepiente de sus actos. Pero es a partir de la profundidad del designio de Dios de manipular los acontecimientos desde tan profunda sabiduría como se podrá alcanzar dicho fin -la revelación de la unidad de Dios- al abandonar el bien y el mal mismos. Pero ya hablaremos de esto más adelante, con la ayuda de Dios.

Vemos, entonces, que el Creador emplea constantemente estos dos órdenes, que Él estableció cuando fundó los cimientos de la tierra. El primero, que es el Poder Directivo de castigo y recompensa, consiste en un estado equilibrado entre bien y mal, que tienden, respectivamente, al mérito y a la culpabilidad. Este poder directivo se denomina “el poder directivo de la justicia”, porque mediante él Dios preside el juicio de todos los hombres de acuerdo con sus actos, ya sean buenos o malos. Y desde este juicio surge Su bien de acuerdo con Su perfección y Su reino, por medio de los cuales Él resuelve perfeccionar todas Sus creaciones. De acuerdo con el poder directivo de castigo y recompensa, Dios hace que Sus

actos dependan, por así decirlo, de los de los hombres, y si éstos son buenos, Él les dará un bien en recompensa, y si son malos Él Se verá forzado -por usar una expresión- a castigarlos. Este es el significado del versículo (Salmos 68:35): “Denle fuerza a Dios” y (Deuteronomio 32: 18): “Has debilitado la Roca de tu nacimiento”, y según la explicación de los Sabios (Eijá Rabá 1:33): “Cuando Israel cumple con la voluntad de Dios, le da más fuerza al poder Celestial, y cuando no cumple con la voluntad de Dios, debilita el poder Celestial”, Dios no lo permita. Pero con respecto al poder directivo de Su reino y soberanía, la Biblia afirma (Zacarías 3:9): “Quitaré la iniquidad de esa tierra en un día”. Y (Jeremías 50:20): “En aquellos días será buscada la iniquidad de Israel y no habrá ninguna; la transgresión de Judá, y no será hallada”. En el poder directivo de bien y mal, “los juicios del Eterno son verdaderos”, para recompensar al hombre de acuerdo con Sus caminos, medida por medida. El Eterno tiene muchos medios de pagarle al hombre según sus actos, y “el proceder del hombre regresad a él”, ya sea para bien o para mal. Pero en el consejo de Su bien, de acuerdo con Su perfección, el fin común de ambos -bien y mal- es regresar al bien perfecto, la perfección esencial y universal. Es en este sentido que dice la Biblia (Malaquías 3:6): “Yo soy el Eterno, y no he cambiado”. Y en el Midrash de Rabí Shimon bar Iojai está escrito (Zohar, Ki Tetzé 281): “No he cambiado en ningún lugar”. Sin embargo, es el poder directivo de castigo y recompensa el que se revela y se hace manifiesto constantemente, el proceso por el cual todo se resuelve en un bien extraordinariamente profundo y no destinado a hacerse evidente hasta el final, mas el proceso está continuamente en movimiento y no cesa.

Es evidente que el Creador circunscribió Su perfección, por así decirlo, cuando creó a Sus criaturas, haciéndolas imperfectas e incompletas, y asignándoles un tipo de poder directivo y una manera de influencia que no es más que la oscuridad del ocultamiento de Dios, de donde surge el

equilibrio de bien y mal, que permite la existencia de las transgresiones y sus faltas, para el castigo y el defecto. Sin embargo, a pesar de esto, Dios, en Su bondad, proyectó para Sus criaturas una perfección esencial, completa y universal a la cual el mundo se acerca todos los días, y hacia la cual Él acerca a los concomitantes del bien y del mal, para resultar en una perfección completa, en la unidad de la soberanía del Eterno.

ALMA: Por favor, haz una síntesis de lo que me has explicado.

INTELECTO: Dios empleo dos poderes directivos en Su manejo del mundo; uno, es el poder directivo de justicia, y el otro es el poder directivo de la soberanía y el reino Divino. El poder directivo de la justicia es el poder directivo del bien y del mal, en el que residen todos los aspectos de la buena y la mala fortuna, con todos sus efectos. La fuente de este poder directivo es el ocultamiento de la presencia de Su bondad y de Su perfección.

El poder directivo del reino único es el del perfeccionamiento de todas las creaciones por medio del poder de Dios, a pesar de no ser merecedoras de dicha perfección por merito propio. Este poder directivo opera secretamente dentro de todas las obras de la justicia, a fin de que todo se transforme en pura perfección. Su fuente es el bien elemental de Dios, el cual, si bien oculto, no deja de orientarnos hacia el bien. El poder directivo de la justicia es revelado y manifiesto; el del reino Divino es oculto.

ALMA: Todavía necesito que me aclares algunos puntos sobre el poder directivo del reino Divino que mencionaste, pues no comprendo bien como obra la perfección elemental de Dios. Ya que no parece pertenecer al orden de la perfección, puesto que dijiste que la perfección verdadera no es

perceptible.

INTELECTO: Has hecho una buena pregunta. Enseguida te aclararé el punto. La perfección elemental del Eterno está completamente por encima de nuestra comprensión. Se trata de la perfección verdadera, que nos es absolutamente desconocida. Y, gracias a su propia naturaleza, es exaltada y elevada por sobre todos los asuntos de Sus criaturas. Porque en el mismo instante en que Él quiso guiar a Sus criaturas, estableció y designó estos modos de conducta, que en su totalidad se adaptan al nivel de Sus creaciones y de ningún modo Lo representan, porque Su esencia pura está ausente en ellos. Y, lo que es más, incluso en estos propios actos, que se adaptan al nivel de Sus creaciones, Él no hizo todo lo que podría haber hecho, sino que, por el contrario, restringió Su bien, por así decirlo, no haciendo lo que se hubiera esperado de Él, en virtud de Su grandeza. Porque aun queriendo guiar a Sus criaturas y revelárseles en el nivel de ellas y no en el Suyo, de todos modos hubiera podido revelarse a ellas y haberlas conducido, dentro del marco de su propio nivel, únicamente en perfección, sin defectos, como ocurrirá finalmente con Su ordenanza. Y, en virtud de Su bondad y su bien, esto significaría que Él Se revelaría en gran bondad y generosidad, y, en virtud de su perfección, significaría que Él haría perfectos Sus actos, sin defecto alguno. Más Dios restringió todo esto y quiso que ellos fueran imperfectos y faltos de brillo, así como lo son actualmente.

De cualquier modo, Dios no quiso dejar así a Su mundo, fluctuando permanentemente entre el bien y el mal, sino que el consejo de Su gran bondad fue establecer un orden y un designio profundo a fin de canalizar todas las cosas desde el poder directivo del bien y mal hacia la perfección universal de que son susceptibles. Y es naturaleza de Su perfección asegurar al menos la perfección última de Sus actos y su no permanencia en

el estado de imperfección. No obstante, esto de ningún modo representa la perfección verdadera de Sus actos en conformidad con Su esencia imperceptible. Pues tal pureza no puede relacionarse con nosotros de ningún modo posible. Pero es como dije: que, de cualquier modo, si bien Él quiso actuar únicamente de acuerdo con el nivel de Sus criaturas, la naturaleza de Su perfección es actuar únicamente en perfección. Y la raíz de este poder directivo es el profundo designio del que he hablado antes, que transforma todo en la perfección universal. No obstante, como ya mencionamos anteriormente, la contención de Su misericordia provoca que Sus actos no concuerden con Su perfección de modo que Sus criaturas serían ya perfectas desde un principio. Por el contrario, al comienzo son defectuosas, y su fin es llegar a la perfección por medio de Su gran bondad, tal como explicamos. Porque si Él permitiera que prevaleciera siempre el poder directivo de justicia, los hombres jamás saldrían de su necesidad ya que siempre habría hombres justos y hombres malvados, bien y mal, bendición y maldición. Pero aunque así son las cosas en un comienzo, no han de quedar así. Es por esta razón por la que el poder directivo de justicia es manifiesto y el de la perfección universal es oculto, y sus obras están destinadas a permanecer ocultas hasta el logro de la perfección última de toda la existencia.

ALMA: Ahora me queda claro que el orden de la perfección universal surge de la propia naturaleza de Su bien, pero es Su deseo actuar con nosotros sólo en conformidad con nuestro nivel, y no con el de Él.

INTELECTO: Ahora te diré algo más específico en este sentido, y es que en todas las interacciones de Dios con nosotros podemos distinguir dos dimensiones: lo revelado y lo oculto. Lo revelado es el castigo y la recompensa. Lo oculto es el designio profundo inherente a todos Sus actos,

de guiar a la creación hacia la perfección universal. Porque así es como ocurre: no hay acto, ni grande ni pequeño, cuyo fin ulterior no sea la perfección universal, tal como enseñaron nuestros Sabios (Berajot 60b): “Todo lo que hace el Cielo es para bien” y el profeta (Isaías 12:1): “Yo Te agradeceré, oh Eterno, porque si bien Tu ira fue contra mí, Tu ira se ha apartado y me consuelas”. Porque en el futuro Dios hará conocer Sus caminos en presencia de todo Israel, mostrando cómo incluso los castigos y las tribulaciones fueron precursores del bien y fueron un requisito para la bendición. Porque el Eterno sólo desea la perfección de Su creación y no repele categóricamente al malvado. Por el contrario, Él los refina en el crisol de la perfección para limpiarlos de toda impureza. Y esta intención caracteriza todos los actos que el Eterno realiza con nosotros, ya sean buenos o malos.

Debes saber, empero, que todos y cada uno de los actos de Dios son imponentes, infinitamente amplios y profundos, tal como afirma la Biblia (Salmos 92:6): “Qué grandes son Tus actos, oh Eterno”. El más ínfimo de ellos contiene tanta y tan vasta sabiduría que su profundidad es insondable, como está escrito (Ídem): “Tus pensamientos son extremadamente profundos”. Los actos de Dios son, entonces, completamente incomprensibles para el ser humano. Es sólo su superficie lo que podemos observar, pero el núcleo permanece oculto. Y este núcleo les es común a todos ellos, en que son todos buenos y libres de mal. Esto es algo que ahora no podemos ver ni comprender, pero que en un futuro veremos y percibiremos: que todos los actos proceden del profundo designio de Dios de beneficiarnos al final. Pero no por esto debemos pensar que alguna vez llegaremos al final de la vastísima sabiduría inherente a estos hechos. Porque lo que nosotros podemos percibir siquiera de los actos del Creador no es más que una gota dentro del océano. Sepamos, entonces, que el Creador, en Su deseo de proyectar Su bondad a Sus creaciones, ha obrado de tal modo que todos

los actos que nos llegan hoy, dentro del poder directivo de castigo y recompensa, contienen ciertamente aquello que no revelan en la superficie, aquello que constantemente los dirige, por medio de Su bondad, hacia la consumación de nuestra perfección. Y este núcleo interior habrá de revelarse en un futuro, como está escrito (Isaias35:5): “Entonces los ojos del ciego se abrirán”, donde se hace referencia a la sabiduría que se habrá de ver y reconocer a partir de los propios actos. Porque tan pronto como nuestros ojos se iluminen con la Luz del conocimiento, podremos comprender la intención del acto. Sin embargo, hay algo dentro de estos actos que es sabiduría insondable, y que no puede de ningún modo reconocerse ni percibirse a partir de los propios actos, ya que pertenece a lo más sublime de la sabiduría Suprema, que no ha de reconocerse ni siquiera por medio de sus Ambas dimensiones de esta sabiduría, sin embargo, no son más que aspectos de la proyección del bien de Dios sobre nosotros, pero siempre en nuestro nivel, no en el de Él Porque la profundidad de Su sabiduría surge de la propia naturaleza de Su perfección, mientras que la realización de Sus actos es dictada únicamente en relación a la significancia que tienen para nosotros.

ALMA: Por favor, sintetiza esta idea.

INTELECTO: En síntesis: la perfección de Dios en sí misma es absolutamente insondable. Pero en Su deseo de manifestar Su bondad, al menos con respecto a estos actos que están a nuestro nivel, Él ideó designios y sistemas de ordenanzas que resultarían en la consumación y perfección de toda la creación. Y ése es el elemento oculto de todos Sus actos, el común denominador de todos ellos. Y en cuanto al elemento oculto, una cantidad mínima de ese elemento se revelará y reconocerá a partir de los propios actos cuando Dios quiera abrirnos los ojos. Sin

embargo, su mayor parte permanecerá tan elevada y exaltada y completamente imperceptible como ahora, en virtud de la extraordinaria profundidad de la sabiduría de Dios.

Debes saber que el poder directivo que puede atribuirse de modo absoluto al Eterno es el poder directivo de perfección, puesto que Él es perfecto y siempre actúa en perfección. Y al haber dispuesto y establecido las ordenanzas y los órdenes en relación a las creaciones sobre la base de bien y mal, los efectos de estas ordenanzas y órdenes deben considerarse como surgidos de Él con respecto a lo que se les ha implantado. Y, en efecto, mientras se utilice el poder directivo de bien y mal, los actos que surgen derivan de la operación de perfección; porque, en un último análisis, la fuente de todo es la perfección. E incluso lo que se hace de acuerdo con el bien y el mal es un ciclo que regresa al punto de perfección. Pero mientras la Unidad permanezca oculta, todo deberá seguir este curso. Por lo tanto, es de la propia perfección que inevitablemente derivan estos actos; porque es de la Voluntad y la Sabiduría Supremas que emanan y de la fuente de perfección mientras se oculte la Unidad. Y, finalmente, el resultado de la operación de perfección será la reversión de todo el poder directivo hacia Él. Y esto constituye una tercera dimensión que debemos distinguir en cada una de las manifestaciones del Eterno: la derivación de los resultados de esa manifestación a partir de la propia operación de perfección. Se trata de un estadio intermedio, por así decirlo, entre la perfección y la manifestación, de acuerdo con su naturaleza, y varía con cada manifestación según la naturaleza de la manifestación, siendo activado por la perfección de acuerdo con su carácter en particular. Y en esta etapa intermedia también es necesario distinguir su naturaleza intrínseca y su modo de ejecución, tal como explicaremos más adelante.

ALMA: Eso me resulta obvio. No tengo ninguna duda al respecto.

INTELECTO: Te explicaré este prefacio en mayor detalle, y entonces comprenderás un tema muy profundo, así como la Sabios (Bereshit Rabá 68:9): “Él es el lugar del mundo; pero el mundo no es Su lugar”.

No hay ninguna otra existencia necesaria excepto la de Dios, ya que, salvo Él Mismo, nada tiene existencia de no ser por Su voluntad y son dependientes exclusivamente de ella. Por eso toda la existencia se considera como pendiendo de la palabra del Eterno, tal como se afirma en relación a las aguas superiores (Taanit 10a). Y en este sentido nuestros Sabios afirmaron (Jaguigá 12b): “¿Sobre qué descansa la Tierra? Sobre las columnas... y el torbellino descansa en los brazos del Eterno” (Yalkut Shimoni I 964): “La carne y la sangre están bajo su carga, pero el Eterno está por encima de la Suya, tal como está escrito (Deuteronomio 33:27): “Y desde abajo, los Brazos del Mundo””. Aquí Dios aparece sosteniendo toda la existencia en todos sus detalles, y Él se encuentra sobre ellos, desde arriba.

El resumen de todo esto es lo que dije: que como la existencia se originó en Dios, no es necesaria para Él en absoluto, y sólo se mantiene en virtud de que Su voluntad pura así lo desea. Y comprende bien que sólo esta voluntad y este decreto Suyo son el lugar de todo lo que existe, sin lo cual no habría lugar en absoluto. Por lo tanto, Dios es ciertamente primordial, mas no así la creación, contrariamente a la afirmación de los herejes de que si Él es primordial, entonces el mundo también debe serlo. Porque mientras Él no lo quiso y no lo decretó, no hubo lugar para la existencia de las creaciones. Por el contrario, en relación a la existencia del Eterno ellas no tienen lugar, pues no son análogas a algo implantado en la naturaleza del hombre. Sólo Él debe existir por necesidad, y nada más que Él. Esto es claro. Sólo por Su voluntad y Su decreto de que existan es que ellas tienen un lugar, y no por ninguna otra causa. Vemos que este decreto Suyo da

lugar a todas Sus construcciones consecuentes.

También debes comprender que si bien ahora sabemos que Dios Se regocija en todas Sus acciones y obtiene gloria de ellas, tal como está escrito (Salmos 104:31): “La gloria de Dios durará por siempre; Dios Se regocijará en Sus actos”, no por esto debemos pensar que antes de que se crearan, Dios no tenía alegría o gloria, Dios no lo permita. Sino que es como hemos dicho: en virtud de la existencia pura del Eterno no hay lugar en absoluto para las creaciones, ya que éstas no tienen relación con nada que Le pertenezca a Dios. Pero como Él las quiso, entonces, por dicha voluntad y deseo, es como si ellas fueran para Él fuentes de alegría y honor. Porque ciertamente es Su voluntad la que les da la existencia, y se considera que no está cumplida mientras no se concrete la existencia de ellas. En este caso Su voluntad es análoga a un terreno de construcción, que se considera vacío hasta que aparecen los edificios. Y no sólo las creaciones, sino que incluso todos los órdenes y ordenanzas y formas de la influencia que hemos mencionado, y que se adaptan a nuestro nivel y no al Suyo, no tienen ningún significado en absoluto fuera de Su voluntad de que existan. Por eso, es únicamente en virtud de esta voluntad que Él las creó, y ellas no Le son necesarias a Él en absoluto. Pero ellas también se cuentan entre los “edificios proyectados para el terreno de construcción”, porque todas son necesarias para el cumplimiento de Su voluntad. Esto es claro. Ya hemos dicho suficiente en este sentido.

ALMA: Con respecto a este tema, ya poseo un entendimiento definitivo. Ahora me gustaría comprender la idea de la existencia del hombre, que es un tema que creo que debe entenderse bien, porque todo lo demás gira en torno a él. Y es en el hombre que recae el yugo del servicio Divino.

INTELECTO: Tienes razón. El hombre es el fin de todos los actos del

Eterno. Por eso, sólo el que comprende esto puede comprender la esencia de todo lo que lo precede, puesto que todo está dirigido hacia ese fin.

ALMA: Aquí también deberemos indagar mucho.

INTELECTO: Debemos considerar tres puntos: la existencia del hombre, sus actos y los frutos de sus actos.

ALMA: En ese caso, se trata de un tema muy amplio.

INTELECTO: Por eso mencionaremos únicamente las ideas principales, y dejaremos su elaboración para el entendimiento de los sabios.

ALMA: Habla, pues.

INTELECTO: Aquí debemos considerar la idea de la resurrección de los muertos, en la que ciertamente creemos, sin ningún lugar a dudas.

ALMA: Este es precisamente uno de los temas que te pedí que me explicaras, porque quisiera entenderlo bien.

INTELECTO: La idea de la resurrección de los muertos, en breves palabras, es muy simple. En vista del hecho de que Dios creó al hombre con cuerpo y alma, juntos, para que aceptaran sobre sí mismos todo el servicio sagrado, la Torá y los preceptos que se les dieron, también corresponde que estén juntos al recibir la recompensa eterna; siendo, como es, inconcebible que las labores del cuerpo no redunden en su beneficio, y Dios no retiene la recompensa de ninguna criatura (Bava Kama 38b). Lo que sí necesita de reflexión son los detalles de esta unión de cuerpo y alma,

en su conjunción, su separación, y su reunificación completa subsecuente. Porque así obra el Eterno con todos los hombres, y ciertamente no es un tema baladí. Por eso, todos estos detalles exigen una explicación amplia y adecuada.

ALMA: Efectivamente exige una explicación. ¿Por qué Dios creó cuerpo y alma, dos creaciones y no una, de forma que el hombre fuera un sólo ente, y no un compuesto, como es? Obviamente Él podría haberlo creado como un ser vivo aparte, sin esta cualidad de cuerpo y alma. La verdad es que me parece que al saber esto podré encarar el análisis de los demás detalles.

INTELECTO: La intención Divina, tal como dije antes, es únicamente el bien del hombre: que se haga merecedor de la recompensa por medio de sus actos al perfeccionarse completando su creación. Esto se sintetiza en la idea de defecto y perfección que mencionamos antes. Dios hizo este cuerpo de materia tosca y oscura, inadecuada por su baja naturaleza para brillar en la luz de la santidad del Eterno. Porque únicamente los cercanos a la perfección son dignos de acercarse a las puertas del Rey y permanecer en Su Santuario, a fortiori del código de reinos terrestres. Y es esa oscuridad propia de la naturaleza de este cuerpo que le infunde todos los deseos de mal, que la descarrían y la hacen vulnerable a todos los males que la acosan. Y, por oposición a esto, Él hizo un alma pura, que se origina en el mismísimo Trono de Gloria, y que baja y se infunde en ese cuerpo, para purificarlo y santificarlo. Y lo que debemos comprender es que el objetivo de la infusión de esta alma en este cuerpo no es que lo anime en esta vida de vanidades, sino que su objetivo central es refinarlo completamente, extraerlo de las profundidades del abismo oscuro y hondo para elevarlo a la estación más alta, al rango de los ángeles. Esto es, efectivamente, lo que ocurrió con Moisés, de bendita memoria, que refinó tanto su terrenalidad

que alcanzó el nivel de los ángeles, y fue por eso por lo que todo Israel vio que su rostro brillaba. Y Janoj y Elías ascendieron al cielo con el cuerpo después de su gran refinamiento en la Tierra. Sin embargo, el medio a través del cual el alma logra purificar el cuerpo es el cumplimiento de los preceptos y la observancia de la Torá porque “el precepto es una vela y la Torá es luz”. Y cuantos más preceptos y más Torá adquiriera el alma, mayor será el refinamiento del cuerpo, y mayor el mérito por haber cumplido con la voluntad del Creador.

ALMA: Vemos, entonces, el beneficio de la perfección para el cuerpo y el mérito para el alma, pero no el beneficio de la perfección para el alma.

INTELECTO: Ya hablaremos de esto más adelante, con la ayuda de Dios, pero volvamos ahora a nuestro tema. Este refinamiento es la actividad primaria del alma en este mundo, tras el cual entra a otras etapas que se analizan en otra parte. Sobre este tema se ha dicho (Zohar I, 115): “Rabí Jiya enseñó: “Vengan y vean, mientras el cuerpo reside en este mundo, carece de perfección. Si es justo, y ha recorrido el sendero de la rectitud y ha muerto de forma íntegra, se lo llama 'Sara' en su perfección””. Y éste es el fruto de toda su rectitud: el realzamiento de la gloria del Eterno por medio de la perfección de Sus creaciones, porque Dios creó todo para Su gloria. Y es en esto que se traducen los buenos actos en relación al Cielo y por lo cual se recibe recompensa de las alturas. Porque así como esos actos Le confieren placer al Creador, Él confiere una recompensa a cambio.

Pero por la transgresión, la transgresión de Adán, hizo falta beber de la copa de la muerte, no una persona, sino toda la creación. No hubo alternativa. Y es por este motivo por lo que el alma no puede llevar a cabo este refinamiento antes de la muerte. Esto explica el fenómeno de los justos que murieron “por el consejo de la serpiente”, tal como lo afirmaron los

Sabios (Bava Batra 17a), por no haber podido alcanzar la perfección sin la muerte ni siquiera con abundancia de buenas acciones. Pero después que el cuerpo retorne a la tierra, de donde salió, y se purgue completamente de la infección con que la serpiente afectó a Eva, entonces, cuando sea reconstituido, el alma descenderá en él con toda la fuerza de sus actos virtuosos y el esplendor del brillo Celestial en que se bañó en el Edén con toda la fuerza de sus acciones, y entonces iluminará al cuerpo con una luz poderosísima que lo purificará por completo y lo curará de todo el mal al que fue vulnerable en un comienzo. Esto encuentra expresión en *Midrash HaNeelam, Váiera*: “Dijeron nuestros Sabios: “El alma, mientras se encuentra en el Edén, se nutre de la luz Celestial y se viste de ella; y cuando, en un tiempo futuro, penetre en el cuerpo, será con esa misma luz que efectuará el reingreso””. Y (Idem 116a): “Dios deposita este cuerpo en la tierra hasta que se descompone y se purga de todos sus males”.

Se entiende, entonces, que el servicio Divino del hombre y la recepción de su recompensa se centran en dos períodos, que componen toda la existencia. Porque ahora, en este mundo, el cuerpo es tosco, oscuro y defectuoso, y el alma debe cargarlo de luz y santidad a fin de refinarlo e iluminarlo. Y la finalización de este proceso anticipa el período en que se recibe la recompensa, cuando ambos se presenten conjuntamente para recibir la paga del bien eterno. Lo que debemos comprender ahora es el grado de poder que se da al alma en su residencia en el cuerpo. Porque si su poder es muy grande y su iluminación extremadamente intensa, infundiría al cuerpo tanto brillo que el cuerpo sufriría una transfiguración sublime, y sus defectos dejarían lugar a la perfección en un solo instante, y la Mala Inclinación, que es la herramienta básica de imperfección que creó Dios con el propósito del libre albedrío y el castigo y recompensa, no tendría ningún dominio sobre el hombre, así como no tiene ningún poder sobre los ángeles, en virtud de su gran iluminación, la perfección de su conocimiento

y su exaltada naturaleza. Debes saber que esto es así, porque con respecto al tiempo futuro está escrito (Isaías 11:9): “Ellos no lastimarán ni herirán en toda Mi santa montaña, porque la Tierra estará llena del conocimiento del Eterno” y, con respecto al mismo tema, (Ezequiel 36:26): “y quitaré de vuestra carne el corazón de piedra” ... todo esto a la luz de la grandeza del alma, que será todavía más exaltada en ese tiempo futuro.

Sin embargo, por el otro lado, si el alma, en su esencia, fuera baja y sin grandeza, no podría mantener la intensidad de todo lo grande y sublime que existirá en un tiempo futuro, donde esos atributos serán más pronunciados que los de los ángeles. Pero la verdad es que el alma, en su esencia y en su origen, es exaltada en grandeza; pero, para que pueda entrar en el cuerpo, Dios disminuye su luz y su poder, hasta que alcanza un nivel adecuado para el cuerpo de este mundo. En ese momento se la puede comparar a la Luna, a la que se le dijo (Julin 60b): “Vé a empequeñecerte”, mientras que en relación al tiempo futuro, está escrito (Isaías 30:26): “La luz de la Luna será como la luz del Sol”. El alma tiene la capacidad, según la perfección de sus acciones, de ascender más y más, hasta alcanzar su altura suprema. Pero, debido a la magnitud inferior que se le asigna en este mundo, permanece encerrada y confinada dentro de este cuerpo, durante todos los días que se le concedieron en este mundo, para ser probada y examinada mediante las pruebas de la Mala Inclination. Fue precisamente con este propósito que se le dio al hombre una Mala Inclination, tal como afirmaron los Sabios (Zohar 1, 106b): “La Mala Inclination fue creada únicamente con el propósito de probar al hombre”. Y, en conformidad con la calidad de sus actos, el alma se hace meritoria del ennoblecimiento de ascender de un nivel a otro. Y así en el momento de la recompensa todas las almas cargan con sus acciones y se elevan de estado en conformidad con ellas. Y es en este plano que regresan y refinan sus cuerpos en el momento de la resurrección, luego de lo cual se regocijarán en una superabundancia de

perfección, por toda la eternidad, tal como explicamos antes.

En suma: el alma en sí debe estar arraigada en la grandeza y debe surgir de una fuente extraordinariamente noble a fin de adecuarse a toda la gloria que se le reserva para un futuro. Pero está degradada en su estatura para su elevación y bien últimos, por cuanto Dios la circunscribe –“Vé a empequeñecerte”- para que entre en este cuerpo indeseable y se quede allí todos los días de esta vida de vanidades. Y allí, Él prescribió para ella toda esta Torá, para que la cumpla y la guarde. Estas son las cosas que le pertenecen mientras se encuentra dentro del cuerpo. Sin embargo, debido a que su poder se ha debilitado y su luz se ha atenuado debido a este empequeñecimiento, el cuerpo sigue siendo indeseable, como lo es hoy, si bien el alma está dentro de él. Pero, de acuerdo con la rectitud de sus acciones, el alma será juzgada en un futuro, ascendiendo en su escala de grados, de modo que cuando regresa al cuerpo por segunda vez, con su nueva luz, lo habrá de afectar de un modo en que no puede afectarlo ahora: un refinamiento total, una transformación en un ser glorioso y resplandeciente. Porque mientras que en un comienzo, a fin de ingresar en el cuerpo, tuvo que disminuir su luz, en la segunda entrada, por el contrario, habrá de llegar con todo su brillo, para que el refinamiento sea completo.

Y el alma propia también se beneficia en virtud del perfeccionamiento del cuerpo. Se eleva más y más, y tiene cada vez más fuerza y más gloria. Y lo que es más, incluso encontrándose en este mundo, dentro del cuerpo, obtiene un ascenso y un ennoblecimiento que están en conformidad con sus acciones. Porque no hay comparación entre el alma de un hombre que se ha ocupado del estudio de la Torá y los preceptos, y ha obtenido conocimientos de la gloria de su Creador, y el alma de alguien carente de todo esto. Pero su ascenso no llega al punto en que puede cambiar al cuerpo al grado en que el refinamiento se hace evidente, excepto en el caso de unos

pocos selectos, los elegidos del Eterno, tales como Moisés, Janoj y Elías. Sin embargo, con respecto a los demás, si bien se ennoblecen por medio de sus actos, su ennoblecimiento no llega a tal grado como para que se haga evidente en el cuerpo. No obstante “no se privará del bien a sus dueños” en un futuro... cada uno de acuerdo con sus actos.

ALMA: Por favor, haz una síntesis de lo dicho.

INTELECTO: Esta es la idea general: el cuerpo, en su creación, es oscuro y defectuoso, pero logra el refinamiento por medio del alma. El alma tiene un origen majestuoso, pero se contrae al entrar en el cuerpo, para no saturarlo de refinamiento en un instante y alterar así la función para la que fue creado. Sin embargo, poco a poco, por medio de actos virtuosos, el alma efectúa la corrección del cuerpo, tras lo cual asciende en conformidad con sus actos, y su poder se incrementa en proporción a su ascenso, y logra refinar al cuerpo en proporción al incremento de su poder, hasta que el cuerpo es apto de presentarse junto con el alma para gozar del deleite del Eterno y para habitar en Su santuario por toda la Eternidad.

ALMA: He comprendido lo necesario en relación a la resurrección de los muertos y la recompensa futura. Ahora deberíamos completar los temas ya iniciados.

INTELECTO: Ahora que ya hemos analizado la esencia del hombre y su naturaleza, en términos tanto de alma como de cuerpo, con respecto a los distintos períodos y al orden de tiempos establecidos para él, ahora debemos comprender cómo Dios se relaciona con el hombre en todas estas instancias, tanto en relación al cuerpo como en relación al alma.

ALMA: Ciertamente el orden es apropiado. Todo debe comprenderse en

sus distintos aspectos, y según los diferentes momentos y circunstancias. Ahora, por favor, continúa con lo que estabas diciendo.

INTELECTO: Existen entes materiales y entes espirituales. Tú bien conoces la diferencia entre ambos, pues el material es evidentemente inferior al espiritual, cuya naturaleza es noble y sublime. Y tú bien conoces el brillo de lo espiritual y la oscuridad y defectuosidad de lo material. Tenemos, entonces, ante nosotros, dos tipos diferentes de creación: una creación de gran iluminación y amplia proyección, y una creación de poca iluminación y proyección limitada. Y estas dos modalidades, la de la creación con iluminación y la de la creación sin iluminación, tienen distintas procedencias, la primera de Su bien, y la segunda de la ausencia de Su bien. Observarás que todo lo espiritual tiene santidad, mientras que lo material es mundanal, degradado y vil. Todas las labores del hombre bajo el Sol no son más que algo vano, y es nula la superioridad del hombre sobre la bestia. Comer, beber y ocuparse del comercio: todo esto es bajo e insignificante. En síntesis: todos los aspectos de la materia y de la naturaleza son oscuridad, no luz. Ellos surgen del ocultamiento de la presencia de Dios del mundo y de que la Luz de Su santidad no brilla sino que, por el contrario, los hombres se encuentran en medio del vacío, de la degradación. Pero en cuanto a lo espiritual, este camino está irradiado con la luz de la presencia de Dios, que brilla en toda Su santidad. Esto es claro. Sabe, entonces, que estos son los dos cimientos y la raíz de la conducta de Dios con todas Sus criaturas: el ocultamiento de Su presencia, donde Él no revela Su gloria, y el brillo de Su presencia.

Y, así como ocurre con la conducción divina, así es con la creación: las creaciones toscas e indeseables proceden únicamente del ocultamiento de Su presencia, de que Él no las ilumina con Su santidad, mientras que las creaciones nobles y espirituales proceden del brillo de Su presencia. Y es

sobre estos cimientos que se efectúa la fusión de cuerpo y alma: el cuerpo y todas sus operaciones proceden del ocultamiento de la presencia, y el alma y todas sus operaciones proceden de su luminosidad. Y el propio hombre es el perfeccionador y el perfeccionado. Porque él se perfecciona a sí mismo por medio de su servicio Divino, tal como lo interpretaron nuestros Sabios (Sanhedrin 99b) sobre la frase escrita “y las cumplirás” (Deuteronomio 29:8), vale decir: “y os haréis”. Porque está en poder del hombre dar preponderancia a lo material o a lo espiritual de sí mismo. Si se deja llevar por las tentaciones materiales de sus ojos y su corazón, entonces su alma, en vez de cumplir con su función asignada de refinar el cuerpo, sufrirá una gran pérdida y deterioro, sumergiéndose en la oscuridad. Si, por el contrario, el individuo supera su Mala Inclinação y se aleja de los caminos de la vanidad para transitar por el sendero de la Torá y los preceptos, el alma obtendrá preponderancia sobre el cuerpo y podrá refinarlo.

Observemos ahora el progreso del mundo, la diferencia entre las generaciones pasadas y las actuales. Porque, en verdad, el que analice esto se maravillará ante el fenómeno de los hombres que corren de un lado para el otro, sin cesar, día y noche, cada uno por su propio camino, cansados y fatigados. ¿Y para qué trabajan? ¿Para obtener comida y bebida? Para cosas vanas, para un mundo que no es nada: hoy aquí, mañana en la tumba. Pero el que observe bien notará que no para esto fue creado el hombre; mejor es que se dedique por completo a la contemplación de la gloria del Creador que fue para eso para lo que fue creado y para lo que se le concedió tanta inteligencia y tantos conocimientos, y no para que se dedique a comerciar y a realizar otros emprendimientos igualmente irrelevantes. Pero el hombre pervirtió sus acciones y se condujo a sí mismo al estado en que se encuentra actualmente. El mundo sufre una constante regresión en este sentido, pues las generaciones pasadas estuvieron mucho más cerca de la sabiduría y le dieron más prioridad al intelecto, mientras

que las generaciones posteriores se alejaron del intelecto y se dedicaron a la materia y a la naturaleza, al comercio y a las empresas, que no dejan nada tras de sí. La raíz de todo es como dijimos antes: Dios creó el cuerpo por medio del ocultamiento de Su presencia, razón por la cual es oscuro e indeseable por naturaleza; el alma, por el contrario, fue creada en la luminosidad de Su presencia y con proyección para el bien, razón por la cual es eterna y pura en su esencia. Pero si el hombre le da preponderancia al cuerpo, Dios, medida por medida, se relaciona con él únicamente en el ocultamiento de Su presencia, y él estará alejado de la Luz de la Vida, de la sabiduría y del conocimiento, y sumergido en la contaminación material y las vanidades de este mundo.

Y es esto precisamente lo que le ocurrió a Adán en el comienzo, ya sus descendientes después de él, hasta el día de hoy. Debido a que se descarriaron, yendo tras sus ojos y dándole precedencia al cuerpo y no al alma, Dios les respondió con el ocultamiento de Su presencia. A Adán le dijo (Genesis 3:9): “Con el sudor de tu frente te ganarás el pan” y a partir de aquel día (Eclesiastes 6:7): “Todo el trabajo del hombre es para su boca, y sin embargo su apetito no se sacia”. Progresivamente, la sabiduría se ha atenuado y ha abandonado al hombre.

Y éste es un gran principio: los límites del intelecto del hombre dictaminan cuáles son los límites de sus pensamientos y sus deseos. El niño pequeño no reconoce la sabiduría y no la desea. Al contrario, todos los niños sólo buscan escaparse del colegio, seguros de que no hay nada mejor que las vanidades de las que se ocupan. Pero cuando el niño crece en conocimientos y se expanden sus horizontes, empieza a querer cosas más sofisticadas, de acuerdo con su progreso. Lo mismo se aplica a los hombres en general: cuando su intelecto recibe el estímulo de una abundancia de iluminación, halla placer únicamente en la sabiduría y en lo que es verdaderamente bueno. Pero cuando su intelecto no es estimulado, lo único

que aprecian son las vanidades de este mundo. Y ése es el mal que resultó de la transgresión de Adán: el alejamiento de la influencia y el brillo de la especie humana, de modo que el hombre sólo se encuentra en medio de elementos materiales. Dios corrigió este estado de cosas al entregar la Ley - la Torá- pero los hombres volvieron a la situación anterior con el pecado del Becerro de Oro y otros, y así fue como el mundo permaneció en la oscuridad de los ilusorios procesos naturales.

No sería éste el caso si el hombre diera preeminencia al alma.

Porque entonces Dios haría que Su presencia brillara sobre ellos y esto los elevaría al nivel de los Serafim; pues los justos son más grandes que los ángeles. Y esto, en verdad, fue lo que experimentó la Generación del Conocimiento en el Monte Sinaí, y lo que se experimentará nuevamente en un futuro, como está escrito (Joel 3:1): “Derramaré Mi espíritu sobre toda carne...”.

Incluso con respecto a este bien hay distintos niveles, que Israel y el mundo en general lograron en distintos grados, y en las distintas generaciones. Recordemos las generaciones de Moisés, de David, de Salomón, etc. El bien que alcanzaron esas generaciones consistió en el brillo de la presencia de Dios de acuerdo con el ennoblecimiento de sus almas por medio de la fuerza de sus acciones.

Se deduce que cuando se comprenden los detalles de la existencia de cuerpo y alma, y sus condiciones bajo el ocultamiento de la presencia y el brillo de la presencia respectivamente, cómo fueron creadas en sus distintos detalles dentro de este contexto, se podrán entender también los principios con los que Dios gobernó y sigue gobernando el universo, a veces para bien y a veces, Dios no lo permita, para mal. Se verá, además, la imponente sabiduría inmanente a este orden, así como la posición central del hombre, alrededor del cual gira todo el mundo y todo lo que en él se hace, de principio a fin.

ALMA: Todo esto es muy gratificante para el entendimiento. Ver la enorme sabiduría con que Dios gobierna el universo, las interrelaciones de las cosas, la creación del hombre y todo lo que le ocurre, la creación del universo y todo lo que hay en él.

INTELECTO: Sí, y de todo ello oirás todavía mucho más de modo que cuando nos adentremos en los detalles del alma y el cuerpo comprenderemos cómo todos ellos se relacionan con esta raíz de las dos cualidades que hemos mencionado, donde cada una de ellas es gobernada por su fuente, que es suficiente razón para todas ellas. Además, la sabiduría de Dios decretó que las obras de estas cualidades se revelarían por medio del cuerpo y del alma que en ellas se originaron. Vemos, entonces, que el cuerpo, además de sí mismo y de sus accidentes que resultan del ocultamiento de la presencia, es, en su conformación y en sus partes, un paradigma de todo el orden de ocultamiento de la presencia; y el alma, asimismo, es un paradigma de todo el orden de brillo de la presencia. Esta es una dimensión específica de la forma del hombre, de quien se dice (Genesis 1:26): “A nuestra imagen y semejanza”, pues él refleja todos los órdenes de las cualidades de Dios.

Has de saber que la esencia del cuerpo es la oscuridad, y que incluso si se ha hecho efectivo todo su potencial de refinamiento, se sigue distinguiendo del alma, y esa distinción consiste únicamente de esta diferencia: el alma es un ente noble y luminoso, que emana del brillo de la presencia de Dios, mientras que el cuerpo no lo es, es un ente oscuro, que resulta del ocultamiento de la presencia de Dios. De todos modos, es susceptible de ser refinado en el grado de su naturaleza, incluso en ese grado extremo donde hay muy poca diferencia perceptible entre el alma y el cuerpo. Pero, a pesar de esto, el alma sigue siendo alma, no susceptible al defecto, y el

cuerpo, por el contrario, que es algo defectuoso por naturaleza, puede lograr el refinamiento si lo busca.

Además debes saber que el cuerpo se divide en órganos y partes, cada uno de los cuales cumple una función: el ojo ve pero no oye; el oído oye pero no ve. No es eso lo que ocurre con el alma. Ésta, si bien comprende todas las funciones, lo hace sin esa división de órganos característica del cuerpo. Verás ahora que esto es consecuencia lógica de nuestro prefacio de que el cuerpo fue creado por medio del ocultamiento de la presencia y el alma por medio de su brillo.

Y esto, en sí mismo, nos lleva a otra introducción de suma importancia. Se sabe bien que la perfección es una, que la perfección absoluta no es susceptible de adición o sustracción.

Pero cuando Dios no quiere actuar mediante Su perfección, no le faltan recursos para recompensar o castigar, cada uno de acuerdo con sus actos. Y como fue decreto de la Sabiduría Suprema que mediante la creación se mostrara la manera y el orden de su creación, por eso, con el ocultamiento de la presencia, y así como sus operaciones son múltiples, así Él quiso proveer a esta creación de muchas partes y órganos diferentes, que corresponderían exactamente a todos los aspectos de Sus ordenanzas. Esta es la idea expresada anteriormente, sobre la cual está escrito: “Hagamos al hombre a nuestra imagen y semejanza”. Porque, en relación a todas las cualidades exaltadas con que distinguimos a Dios en Su desempeño al nivel de Sus criaturas, vemos cualidades correspondientes en la figura del hombre. Por ejemplo: el ojo del hombre corresponde al ojo de la influencia, que ejerce supervisión sobre todos los habitantes de la tierra para juzgar todos sus actos, como está escrito (Génesis 18:21): “Descenderé para ver”: “Esto nos enseña que el juez debe guiarse completamente por la evidencia que ven sus ojos” (Sanhedrin 6b). Los oídos del hombre corresponden a Dios cuando Se sienta y escucha las plegarias de los hombres y todas sus

alabanzas, como está escrito (Éxodo 2:24): “y el Eterno oyó sus lamentaciones”. Y nuestros Sabios dijeron (Avot 2:1): “Conoce lo que está por encima de ti: un ojo que mira y un oído que escucha”. La boca del hombre corresponde a Dios cuando habla en una visión a Sus profetas, y hace que la Gloria de Su voz sea oída por Sus ángeles, poderosos, ejecutores de Su palabra. Y de igual modo, todos los otros componentes del cuerpo pueden entenderse como partes correspondientes en forma y en función a las cualidades a las que recurre Dios para llevar a cabo Sus creaciones.

Y la estructura general del hombre: derecha e izquierda, con una duplicación de cada lado (dos ojos, dos oídos, dos manos, dos pies) corresponde a la naturaleza dual de las cualidades del Eterno: para bondad o para castigo; a la derecha, el mérito; a la izquierda, culpabilidad.

Y así como las partes del cuerpo se distinguen y se diferencian en términos de sus funciones, así todos los demás accidentes del hombre dentro del orden del ocultamiento de la presencia son aspectos de los recursos particulares que emplea Dios en Su gobierno del universo, según todo lo que observamos de las vicisitudes del tiempo, día tras día.

No obstante, la perfección, tal como he mencionado, es una, que se impone por sobre toda la imperfección, para perfeccionada, y en sí no sufre disyunción, sino que efectúa la perfección indiscriminadamente, en todo lo que la requiere. Y lo mismo ocurre con el alma, que fue creada en el brillo del rostro de la perfección del Eterno, donde la intención fue que ganara primacía por sobre el cuerpo y lo refinara, para que Dios respondiera en especie al revelar Su propia perfección para corregir todas las distorsiones y defectos del universo, tal como explicamos antes.

Pero el cuerpo es presa del infortunio todo el tiempo que domina al hombre. Porque Dios ocultará el rostro de Su perfección, para que el mundo y el hombre permanezcan bajo la ordenanza de la siempre giratoria rueda de la vida, a la manera de todas las criaturas temporales, que están

sujetas a lo que la fortuna del paso del tiempo les tenga reservado. Por eso, el cuerpo contiene todo lo que esta “rueda de la vida” puede contener en ausencia de la perfección del bien. Todo eso le ocurrirá al cuerpo si éste obtiene total primacía. Y en la perfección del alma está presente aquello que puede ejercer la perfección allí donde haga falta, para ejercer sobre sí misma una influencia positiva correspondiente en caso de que el hombre enderece su camino y coloque la corona del reino sobre el alma, para que sólo ella reine en la bondad de su sabiduría y su naturaleza.

Esto se ha explicado muy bien en el *Midrash de Rabí Shimon Bar Iojai* (Zohar, Pinjas 257b): “Debe saberse que Él es llamado sabio de todas las clases de sabiduría”. Porque además de las Interpretaciones de los concedores de la verdad -Cabalá- según sus modos sagrados, incluso a partir de una lectura superficial de esta enseñanza podemos deducir lo que ya afirmamos antes: que Dios posee muchos epítetos, y que éstos se relacionan a Él no en términos de Su propia naturaleza, sino en términos de la naturaleza de Sus creaciones, como está dicho (Ídem): “(Seré conocido) por los nombres de las criaturas que están destinadas a ser creadas”. “Por los nombres de las criaturas” ciertamente no significa la manifestación de algo nuevo en Él, puesto que Su esencia no es susceptible de novedades o cambios. Debe entenderse, más bien, en el sentido de que siempre estuvo en Su poder generar esas cualidades, pero que ellas siempre representan lo que se aplica a Sus criaturas y nunca lo que se aplica a Su esencia (Idem): “De esa manera Él creó el alma -una alusión al hecho de que la esencia del alma apunta a la perfección del Eterno, por medio de la cual fue creada- así también al Amo del mundo... se Le atribuyen todos los nombres en conformidad con las cualidades que Él manifiesta... y así como el Amo del mundo no tiene un nombre específico, tampoco el alma...”. Esta idea debe ser analizada con sumo cuidado si ha de entenderse correctamente la esencia del cuerpo y el alma y todo lo relacionado a ella.

A Dios, en Su perfección, no se Le puede atribuir ningún nombre o epíteto, pues no podemos conceptualizar Su perfección, y es imposible nombrar aquello que no puede ser conceptualizado pues el nombre define al objeto, y lo que no se conoce completamente no puede Ser definido. Lo que sí percibimos en la gloria de Dios son cualidades específicas, tales como compasión, soberanía, poder, juicio, piedad, enojo, fuerza, etc. Todas estas cualidades, que percibimos en Él a través de Sus acciones, son las mismas cualidades que perciben los profetas en Él de un modo activo, pues el Eterno les ha concedido esa percepción. Y en la medida en que percibimos Su gloria, Le adjudicamos epítetos tales como “Misericordioso”, “Soberano”, “Todopoderoso”, “Juez”, etc. Y si bien Dios, en Su perfección, no tiene límites, en estas cualidades que El quiso, les creó límites específicos. De este modo, una cualidad se denomina “compasión”; la otra, “soberanía”; la otra, “poder”; la otra, “amor”, etc. De modo que en la compasión, sólo hay compasión; y en la soberanía, sólo hay soberanía. Y hay solamente ese grado de compasión y ese grado de soberanía que decretó el Eterno, y así con todas las demás cualidades. Y no por esto debe decirse que Dios posee estos atributos solamente en estas proporciones, sino que todo se ajusta a Su voluntad, tal como explicamos. Porque está en Su poder modificar todo esto. Por el contrario, Su propia perfección no está sujeta a limitaciones en absoluto. Pero debido a que El quiso adoptar estas cualidades y actuar por medio de ellas, Le atribuimos los epítetos correspondientes. No creamos que cuando llamamos al Eterno “misericordioso”, El lo es en esencia, como diríamos de un ser humano que posee la característica de la misericordia, como un atributo arraigado a su naturaleza. No pensemos que podemos percibir de algún modo la esencia del Eterno, Dios no lo permita. No tenemos derecho siquiera a albergar tal presunción, pues nos resulta imposible formar una idea de Su verdadera esencia. Cuando Lo llamamos “misericordioso”, debemos entender que Él

desea esa cualidad llamada “misericordia”, que no corresponde a Su esencia, sino a la de Sus creaciones, y que, por lo tanto, está limitada. Debido a que Él quiere esa cualidad y actúa por medio de ella es que lo llamamos “misericordioso”, pero Su esencia pura y perfecta ciertamente que está alejada de todas estas consideraciones. Ésta debe ser la naturaleza de nuestra fe en el Eterno.

La relación cuerpo-alma debe entenderse del mismo modo. El cuerpo consiste de partes y órganos específicos, a cada uno de los cuales se le asignó una función específica y limitada. El alma, empero, es una, y está completamente alejada de todos los aspectos del cuerpo, pues su naturaleza es diferente, incluso en relación a las sensaciones. Pero debido a que realiza todas las acciones del cuerpo mientras se encuentra dentro de él (es el alma la que oye por medio de los oídos del cuerpo, la que ve por medio de los ojos del cuerpo, etc.) se dice que ella ve, oye, etc. No debe entenderse, sin embargo, que posea intrínsecamente tales atributos. Porque si bien es solamente el alma la que ve -y no el cuerpo, que es inanimado- y es así el agente por medio del cual el hombre ve las cosas como las ve, no por eso debemos pensar que este es su modo natural de ver. Pues su modo es completamente diferente de todos los modos de realización de las funciones corporales, y es absolutamente insondable para el hombre mientras existe en el cuerpo. Pero debido a que adopta la modalidad del ojo, para ver a través de su mecanismo, se dice que “el alma ve”, y lo mismo ocurre con todas las demás funciones.

En síntesis: el alma es una creación única, completamente, divorciada en su esencia de todas las conductas del cuerpo, pero creada de modo tal que puede realizar todas las funciones de los órganos del cuerpo de acuerdo con su naturaleza. Y debido a que adopta estos mecanismos y realiza estas acciones en el cuerpo, todos ellos le son atribuidos al alma. Es precisamente la misma relación que existe entre Dios y las cualidades

específicas que Él quiso. La perfección no posee ningún aspecto de estas cualidades en absoluto, pues todas ellas son cualidades específicas que Él deseó y que Él sujetó y limitó en conformidad con Su voluntad. Pero debido a que Dios, a pesar de ser la quintaesencia de la perfección, actúa por medio de estas cualidades, nos referimos a Él con los nombres y los epítetos correspondientes, y Le atribuimos los actos y descripciones correspondientes. Sin embargo, en virtud de Su perfección, Él está completamente alejado de todo esto, pues, en términos de Su esencia, no tiene ninguna conexión con estas modalidades y estos actos.

ALMA: Esta formulación es muy lógica con respecto al cuerpo y al alma, y es como una gran puerta que se abre hacia el entendimiento de todos los actos del hombre en todos sus momentos.

INTELECTO: Ahora llegamos a la categorización de los distintos períodos del alma y el cuerpo y sus diferentes estados. Pero antes, un prefacio muy necesario. Es evidente que existen muchas leyes y modalidades de ordenanza que forman parte del panorama total de todos los estados del hombre y de la creación, en todas sus instancias, como está escrito (Salmos 40:6): “Muchas cosas has hecho, oh Eterno, Dios mío. Grandes son Tus obras y Tus pensamientos”, (Ídem 92:6): “¡Cuán grandes son Tus obras, oh Eterno!”. Pero, de cualquier modo, lo específico deberá, necesariamente, entrar en reglas generales que no sean muy numerosas, al revés de las específicas, que necesariamente serán numerosas, para que basten para toda la creación.

ALMA: Es lógico. No hay instancias particulares que no surjan de leyes generales, y mientras que la mente se cansa de las primeras, es receptiva a las segundas, por lo que debemos estudiar los principios y no las instancias.

INTELECTO: Esa es la actitud de los Sabios (Sifrei, Haazinu 32:2): “Que tus palabras de Torá sean siempre principios y no detalles”.

Volvamos, entonces, a nuestro tema. Ya hemos visto que Dios emplea dos modalidades -el ocultamiento y la iluminación de la presencia- que son la raíz y causa del cuerpo y el alma, respectivamente. Debemos entender ambas modalidades, cada una por sí misma, en sus muchos detalles, que derivan de sus principios regentes, si hemos de comprender los estados de cuerpo y alma, cada uno por sí mismo, con todos los detalles. Una vez establecido esto, debemos saber también que estas dos modalidades operan en forma conjunta en el gobierno de todo el mundo y sus habitantes. No hay área en que no operen: el ocultamiento, de modo manifiesto; la iluminación, de modo encubierto. Luego, debemos comprender las consecuencias de la conjunción de dichas modalidades, cuando alguna de las dos gana primacía.

En una palabra, debemos entender tres cosas: las dos modalidades, cada una por sí misma; su operación conjunta constante; y las distintas consecuencias de dicha conjunción, cuando priman ya sea el ocultamiento o la iluminación.

ALMA: Me quedé pensando, en virtud de lo que dijiste acerca de que Dios quiso hacer manifiestas las órdenes y modalidades de Su creación, que, entonces, las dos modalidades que rigen la conducta del hombre, y en conformidad con las cuales fue creado, se reflejan en el propio hombre, en las dos partes de que está compuesto y construido: cuerpo y alma. Esto corresponde al primer aspecto del conocimiento que mencionaste. El segundo también tiene un paralelo en el hombre, pues el alma se une al cuerpo, penetrando en todas sus partes, de modo que todos los actos resultan de su operación conjunta. En cuanto al tercero, te pregunto:

¿Acaso tú encuentras un paralelo? Yo no.

INTELECTO: Aquí también encontrarás un paralelo, si observas detenidamente la construcción humana. Pues además de la figura del cuerpo, y además de la forma del alma, hay algo que resulta de la unión de ambos: el brillo del rostro. Es esto lo que distingue los muertos de los vivos. Y no solo esto; porque incluso un cambio en la disposición del alma dentro del cuerpo se refleja también en el rostro. Fíjate en el rostro alicaído de los enfermos. Hasta lo que pasa por el corazón se refleja en el rostro. Una expresión sonriente, una expresión enojada, una expresión cordial: ellas nos revelan los pensamientos ocultos en lo más recóndito del corazón. Y esta expresión no existe en el corazón solo -pues se manifiesta en el cuerpo- ni en el cuerpo solo -pues el cuerpo no tiene expresión sin el alma- sino que nace de la unión de ambos.

Y esto no es poca cosa. Pues los profetas comparan la forma a su creador, tal como explicamos. Por eso, cuando la Gloria Suprema se les aparece por medio de Sus cualidades, presentándolas con visiones alegóricas - apareciéndoseles una vez como un joven guerrero, otra vez como un anciano lleno de compasión, tal como explicaron los Sabios (Jaguigá 14)- el ojo del profeta imagina, y su corazón concibe. Y así capta en su visión profética el ocultamiento de Su presencia, la iluminación de Su bondad y las consecuencias de Su conjunción, ya sea cordial, sonriente o enojada, para que sepa todo lo que Dios da a Su mundo, ya sea para bien o para mal.

ALMA: Esto me basta en cuanto a paralelos. Volvamos al conocimiento del poder directivo en sus distintas etapas.

INTELECTO: Lo que se debe considerar en primer lugar con respecto a las consecuencias de la unión de ambas modalidades es la etapa ulterior que debe alcanzar el hombre en el momento de la perfección final que se le ha

destinado.

No hace falta decir que la etapa final, el fin de toda la ascensión del hombre, es lo que se anticipó en el comienzo. Pues, si se considera la noble extracción del alma, se desprende que en su naturaleza debe haber aquello que posibilita el logro de la más grande perfección posible al final. Es solo que desde arriba le dicen: “¡Ve a empequeñecerte!”, hasta que retorna a su status original elevándose por medio de sus actos. Pero no debe entenderse que es de menor estatura en su creación y que llega a la grandeza subsecuentemente, pues no hay nada nuevo bajo el Sol. Ocurre justamente lo contrario. Es noble en la grandeza de su origen y luego disminuye para regresar finalmente a su estado original. De cualquier modo, el final del proceso es lo que primero se contempla. Asimismo, es la perfección del hombre la que se proyecta primero, tras lo cual sigue la disminución, para ser seguida a su vez por una ascensión gradual y llegar así a la perfección establecida en el comienzo.

La perfección del hombre es, entonces, lo que surge primero. Éste es el estado y el tiempo en que sólo el alma predomina, y el cuerpo no ejerce ningún tipo de dominio en absoluto, como si no existiera. Pues está totalmente sujeto al reino del alma en su pureza, hasta tal punto que ni siquiera tiene un nombre, sino que simplemente posee existencia sin dominio. Y esto es obvio, pues el dominio del cuerpo no es más que oscuridad y opacidad para el alma, pues la corporalidad no es más que el ocultamiento de la presencia, donde la más mínima fracción de ésta ejerce una influencia negativa. Pues es imposible que la más mínima preponderancia del cuerpo no dé por resultado una disminución de luz y del poder del alma. Por eso, cuando el alma reine con toda su fuerza, cuando su perfección sea completa, ése será el momento en que el cuerpo no ejercerá ningún dominio en absoluto, razón por la cual el alma no tendrá frenos. Sin embargo no debe pensarse que en ese momento el cuerpo no tendrá

existencia -pues ya explicamos que tanto el cuerpo como el alma deben recibir su recompensa- mas no poseerá el dominio, ya que estará completamente sujeto al alma y será inseparable de ella. No hará nada por cuenta propia, y por lo tanto será casi imposible distinguirlo como un ente en sí mismo, sino que estará asimilado, por así decirlo, entre los poderes puros del alma.

Una etapa inferior es aquella en que el cuerpo todavía puede ser discriminado en su dominio, y el alma experimenta la falta correspondiente al no efectivizar toda la gloria de su perfección. Este dominio leve sólo producirá una falta leve; pero en la medida en que el dominio aumente, en esa misma medida aumentará la deficiencia.

En síntesis, hay tres situaciones generales: dominio completo del alma, dominio parcial del cuerpo y dominio completo del cuerpo. Si, no obstante, avanzamos paso a paso en la consideración de los estados de dominación del cuerpo, podremos distinguir cinco etapas:

Primera Etapa: El cuerpo posee existencia más ningún tipo de dominio, de modo que no ejerce la más mínima inclinación a la corporalidad. En tal estado, el hombre está completamente libre de todas esas cualidades que posee ahora, en que lo domina el cuerpo. Se trata del estado más exaltado que existe.

Segunda Etapa: El cuerpo experimenta una cantidad mínima de dominio, de modo que hay en el hombre un recuerdo de lo que era cuando poseía un cuerpo. No se trata, empero, de un recuerdo específico, sino de una remembranza general de lo mucho que experimentó. Este estado es análogo al del hombre que sufrió mucho y trabajó y se extenuó en una sucesión de situaciones difíciles, y finalmente le quedó una sensación general de debilidad y de fatiga. Del mismo modo, el dominio del cuerpo produce una deficiencia general que no puede ser discriminada del todo, así como el hombre que lleva pena en el corazón no puede sentir una alegría completa,

aunque no existan motivos para esa pena. Igualmente, el alma, en esta etapa no tiene la fuerza suficiente para expandirse en todo su poder, sino que siente una ligera pesadez, cuya naturaleza exacta no se conoce.

Tercera etapa: El cuerpo ejerce un dominio específico, aunque no en todos sus aspectos, sólo en algunos de ellos, de modo que quedan algunos elementos de corporalidad en el hombre, que son mínimos, pero corpóreos. Es evidente, empero, que con todas estas condiciones no hay ramificaciones sustanciales de dicha corporalidad, tal como explicaré más adelante, con la ayuda de Dios.

Cuarta etapa: El cuerpo ejerce dominio en todos sus aspectos, pues están presentes todas las propiedades corporales. Pero así como el alma en este mundo es una “extranjera” y debe seguir los dictámenes del cuerpo, igual será el cuerpo “extranjero”, pues el alma será soberana, y el cuerpo deberá someterse a ella, como está dicho (Shemot Rabá 47:6): “Cuando vayas a una ciudad, sigue sus costumbres”. ¿A qué puede compararse esto? A la situación de Moisés, nuestro Maestro, que fue a recibir la Torá para Israel. Él no perdió el cuerpo ni tampoco cambió, pero debido a que su cuerpo era como un invitado en el mundo de las almas, abandonó su conducta acostumbrada y emuló el comportamiento de las almas, tal como dijeron nuestros Sabios (Bava Metzia 86b): “El hombre no debe desviarse de las costumbres del lugar”. Vemos, entonces, que el cambio del cuerpo en ese momento no es intrínseco, sino más bien una adaptación a un lugar en particular, de modo que el cambio no es un cambio absoluto. Todavía no hay ramificaciones de estos aspectos de corporalidad -pues, tal como dijimos, el cuerpo es como un extranjero, que tiene que hacer lo que dice el alma pero en esta cuarta etapa todos los aspectos del cuerpo son distinguibles y conocidos. Es sólo que no se encuentran en su lugar de origen, y deben suspender el obrar de su naturaleza en deferencia al alma. A partir de este nivel, hacia arriba, todos los aspectos del cuerpo no pueden

siquiera distinguirse, y resta decir que no tienen ramificaciones, pues deben adaptarse al alma.

Quinta etapa: El cuerpo ejerce dominio en todos sus aspectos, como el hombre que es el amo de la casa, y todos sus aspectos se manifiestan en todo su poder y con todas sus ramificaciones. Esta etapa se divide en dos partes, mas sigue siendo una sola etapa. Esto se debe a que los aspectos del cuerpo, incluso como cuerpo, pueden manifestarse de dos maneras: de un modo mundanal, a la manera de las bestias, típico de la mayoría de los hombres, o a la manera de la santidad del servicio Divino (Proverbios 3:6): “En todos tus caminos ten presente a Dios”, donde todos los actos del hombre proceden de la intención correcta, tal como ocurrirá en un futuro, acerca del cual está dicho (Ezequiel 36:26): “Os daré un corazón de carne”, como habría ocurrido con Adán si no hubiera pecado. Pero, de cualquier modo, ambos son aspectos de la corporalidad, pues es necesario comer y beber, y no se puede no hacerlo. Ya sea que se trate de un comer y beber mundanales o sagrados, ambos son aspectos de la corporalidad.

Pero como sabemos que todas estas cosas son resultado de ya sea el ocultamiento o la iluminación de la presencia de Dios, por eso decimos que Dios varía Su poder directivo con las demandas de la creación, en términos de estos cinco niveles. Porque en el nivel más bajo, el quinto, Él dirige Su universo en gran medida mediante el ocultamiento de la presencia, y en medida muchísimo menor, mediante la iluminación de la presencia. En el cuarto nivel, Él disminuye el ocultamiento e incrementa la iluminación. En el tercero, reduce el ocultamiento poco a poco y aumenta la iluminación más y más, etc. hasta llegar al primer nivel, en que la iluminación es tan fuerte y el ocultamiento tan insignificante que el dominio recae únicamente en el alma, y el cuerpo no ejerce ningún dominio en absoluto.

ALMA: ¿Por qué es necesaria esta división en cinco etapas?

INTELECTO: Pues resulta evidente que todos estos estados son posibles, y que proceden por etapas, uno tras otro: existencia sin dominio, dominio en general, dominio parcial, dominio total pero como extranjero fuera de la propia esfera, dominio total en la propia esfera, como el hombre que es dueño de casa. Estas cinco etapas proceden de la misma naturaleza del proceso; no están sujetas a porqués o cómo.

Lo que sí debes saber es la división que te mencioné en el comienzo (dominio total del alma; dominio parcial del cuerpo y dominio total del cuerpo) que es lo que se necesita para comprender el poder directivo de Dios en su totalidad. Y, con respecto a las cinco etapas que te mencioné, deberás recordarlas muy bien, pues sé que hallarás mucho en las palabras de los Sabios, un entendimiento apropiado de lo que hemos tratado en este prefacio.

ALMA: En ese caso, hablemos de esos tres estados.

INTELECTO: Nuestros Sabios nos enseñaron que este mundo existirá durante seis mil años, después de los cuales -en el año siete mil- quedará desolado y luego Dios lo renovará (Sanhedrin 97b). Además dijeron, con respecto al año siete mil (Ídem 92a): “¿Qué hacen los justos? Dios les hace alas y ellos flotan por encima del agua... como está escrito (Isaías 40:31): “El Eterno les haga recobrar sus fuerzas””. A primera vista, detectamos tres estados: los seis mil años, el año siete mil y la renovación del mundo. Durante seis mil años el mundo permanece en su estado actual. En el año siete mil el mundo todavía no se ha renovado y los justos se encuentran en la forma en que fueron resucitados, excepto que Dios “les hace alas”. En el año ocho mil Dios renueva Su mundo completamente.

En el mundo tal como es ahora, vemos al cuerpo en un estado de dominio completo, como un hombre dueño de casa, pues éste es su lugar y no otro.

Sin embargo, en el año siete mil los justos se levantan de la tierra y el cuerpo permanece fuera de su esfera natural, como un hombre que deambula o un invitado que sólo se queda a pasar la noche. Por este motivo no manifestará dominio, sino que corresponderá, en su status, al de Moisés, nuestro Maestro, cuando ascendió al Monte Sinaí. Una vez que se elevó de la tierra, ya no se comportó como un ser terrestre. Es en ese sentido que nuestros Sabios se refirieron al año siete mil como (Sanhedrin 97a) “Un día que será todo Shabat, descanso eterno”, pues el cuerpo descansa de todas sus funciones corporales, que están representadas por los otros días de la semana. Sin embargo, en esta etapa el cuerpo todavía no ha abandonado su naturaleza, pues la creación aún no se ha renovado. Pero a partir de esta renovación, período denominado (Eruvin 22a) “mañana para recibir su recompensa”, ya no hay necesidad del dominio del cuerpo -pues tal dominio sólo es necesario para la realización del servicio Divino a su debido tiempo- mas su esencia se somete a la del alma, y así se regocija eternamente en el bien Celestial.

ALMA: ¿Pero acaso el año siete mil y la renovación del mundo no están fuera de nuestra esfera de conocimiento? ¿Cómo podremos, entonces, hablar de ellos?

INTELECTO: En verdad, no hablaremos de ellos. Pero la existencia de estos estados y su carácter general se conocen con certeza. Y es de ellos que hablamos con respecto al cuerpo y al alma. Pero ciertamente no podemos conceptualizar ni saber los detalles de estos tiempos. El período de seis mil años, empero, sí lo conocemos, y muy específicamente, y es en torno a este período que se centra nuestro análisis. Los dos otros estados sólo podemos conocerlos como generalidades, como estados en los que el cuerpo pierde primacía y el alma reasciende a su preponderancia original.

ALMA: Entonces hablemos de lo que podemos concebir.

INTELECTO: El próximo paso es comprender el primer estado del hombre, en este mundo, durante el período de su servicio Divino. La naturaleza de dicho servicio ya la explicamos: la eliminación de toda imperfección hallada en esta creación, el mal que existe actualmente y que está destinado a desaparecer. Sin embargo, es tarea del hombre erradicar primero el mal de sí mismo y luego de toda la creación, tanto como pueda. Como dijeron nuestros Sabios (Sanhedrin 37a): “El hombre debe decir: “El mundo fue creado para mí””. Los Sabios explicaron esto en el Midrash (Yalkut Shimoni) sobre el versículo (Oseas 14:2): “Porque tropezaste en tu iniquidad”: “Dijo Rabí Simai: “Esto se parece a una roca alta que hay en un cruce y hace que el transeúnte se tropiece. El rey ordena: Empiecen a picarla, poco a poco, hasta que llegue el momento que la elimine del mundo””. Lo que debemos explicar ahora son los detalles de este servicio y la manera en que esta perfección se logra para el hombre y para el mundo. Lo que debemos aclarar en primer término es la idea de la existencia de este mal -la causa de todo este régimen tan laborioso- todas sus limitaciones, su naturaleza y ramificaciones, la fuente de su gran poder, el proceso por el cual se “pica” -según la formulación de los Sabios- y la manera en que se elimina del mundo.

El mal es un fenómeno completamente nuevo que el Creador quiso crear para poner a los hombres a prueba y darles así la posibilidad del servicio Divino. No había ningún indicio de este fenómeno, ni nada que se le pareciera, antes de que Dios lo creara. Porque el Eterno es la esencia del bien y la perfección. Todo lo que es bueno, si bien tuvo un origen, se considera atribuible al Eterno y de algún modo cercano a Su naturaleza; pero el mal, por el contrario, es algo completamente opuesto a Su naturaleza, ya que ni él ni nada que se le parezca tuvo un nombre o un recuerdo antes de

que los originara el Creador. Pero es parte de la omnipotencia de Dios crear algo que es absolutamente opuesto a Su naturaleza para hacer saber que Su poder es completamente ilimitado, como está escrito (Isaías 45:7): “Yo formo la luz... y creo el mal. Soy el Eterno, que hace todas esas cosas”. Sin embargo Dios sólo creó el mal para que fuera erradicado, tal como indicamos en la cita de los Sabios. Y lo creó sólo dentro de estos límites, y con la naturaleza que Él quiso. Porque en un análisis final la intención es únicamente arrancar del mal frutos buenos para los justos, para que disfruten de una justa recompensa en el mundo.

ALMA: Esto debe entenderse muy bien, porque veo que comprende varias ideas.

INTELECTO: Primero debo hacer una introducción muy importante.

ALMA: Adelante.

INTELECTO: Debes saber que todo lo que posee ser o existencia lo posee únicamente en virtud de la influencia del Eterno, pues lo primero se halla en correlación directa con lo segundo. Este concepto fue explicado por el gran sabio Maimónides, de bendita memoria, en su *Guía de los Perplejos*. Este concepto se ilustra en la influencia de las estrellas, que se sabe que engendran todas las actividades de este mundo terrestre, según afirmaron nuestros Sabios (Bereshit Rabá 10:6): “No hay brizna de pasto en la Tierra que no tenga una estrella en el Cielo que la golpea diciéndole: ¡Crece!”. Las estrellas, empero, actúan únicamente gracias a los poderes que les confirió el Creador, y ejercen influencia sólo dentro de los límites de lo que reciben de Él, pues Él es la fuente de toda la influencia. Es en ese sentido que (en el cap. 12): Maimónides interpreta (Jeremías 17:13): “La fuente de

las aguas vivas, el Eterno” y (Salmos 36:10): “Pues junto a Ti está la fuente de la vida”, en referencia a la provisión de la existencia. La idea general, según Maimónides, es que cuando resulta claro que Él es incorpóreo y se ha establecido que todas las obras son Suyas, podemos hablar de un mundo que se origina en Su influencia y que Su influencia da origen a todo lo que ocurre en él. Asimismo, decimos que Dios es providencial en Su sabiduría. Ya has oído que de todo lo que el Creador hace por nosotros no hay un solo acto que se relacione con Su esencia pura, que es exaltada por encima de toda bendición y alabanza. Porque Él en Sí Mismo está por encima de todo lo que se aplica a Sus criaturas. Pero todos Sus actos son aspectos de lo que el Eterno originó en Su deseo y Su voluntad. Son variedades de la influencia que Él dispuso y originó para ejercitar su influencia dentro del orden por Él creado con Su sabiduría insondable, donde todo está relacionado con la naturaleza de los entes que Él quiso crear. Vemos, entonces, que tanto causa como efecto se originan en la voluntad de Dios, donde la causa son las variedades y los caminos de la influencia, y el efecto son todas las creaciones. Y el Eterno dio origen a variedades y modalidades de la influencia en conformidad con las variedades de los entes que Él quiso crear, pues cada forma de influencia diferente da origen a una forma de creación diferente. Eso es claro. La influencia de la sabiduría es de un tipo, la de la fuerza es de otro tipo, la de la riqueza, de otro, etc.

ALMA: ¿Eso quiere decir que el Eterno no puede crear todas las cosas con una sola forma de influencia?

INTELECTO: Al hablar de influencia nos referimos a lo que llega a las criaturas desde el Creador cuando Éste hace algo para ellas. Lo que nosotros percibimos no es en virtud del Hacedor -pues nosotros no sabemos cómo actúa Dios- sino en virtud de lo que se ha hecho. Y cuando el poder y

la fuerza llegan desde el Creador hacia lo creado, la influencia por medio de la cual llegan es la influencia de la fuerza. Cuando llega sabiduría, llega mediante la influencia de la sabiduría, que la genera.

Volviendo ahora a nuestro tema, el bien y el mal, vemos que en el mundo hay bien y hay mal. ¿Cómo puedes definir los canales de su influencia?

ALMA: ¿No es obvio, acaso? Lo que es bueno procede de la influencia del bien, y lo que es malo, de la influencia del mal.

INTELECTO: Te diré dos cosas. Primero, que no hay influencia del mal, Dios no lo permita, con respecto al Eterno. Pues Él es la fuente del bien, y el mal no puede proceder de una fuente de bien.

ALMA: Entonces... ¿de dónde surge el mal? ¿Acaso no está escrito (Isaías 45:7): “Yo hago la paz y creo el mal”?

INTELECTO: Está escrito “crear el mal”, no “hacer el mal”. Él hace que el mal exista, mas no hace el mal en forma activa.

ALMA: Entonces, ¿cómo se hace?

INTELECTO: Está escrito (Salmos 30:8): “Tú habías establecido, oh Eterno, que mi montaña sería una fortaleza; ocultaste Tu rostro y yo estaba acongojado”; (Ídem 104:29): “Ocultas Tu rostro y ellos se esfuman”; y Moisés nuestro Maestro dijo (Deuteronomio 31: 17): “Les ocultaré Mi rostro y serán aniquilados”. La idea es que el Eterno hace el bien en forma directa, por medio de Su influencia de bien, pero el mal no es más que la ausencia y la suspensión de Su influencia, en mayor o menor grado. La influencia del bien tiene todo lo que se necesita para beneficiar a su objeto, y su suspensión completa y su ausencia darían por resultado la anulación

total de su objeto. Pero si la propia influencia no se suspende del todo, sino que únicamente se suspenden ciertos aspectos de su perfección, el objeto reflejará esa imperfección, mas no será completamente eliminado. Por ejemplo, la influencia de la existencia y la vida, cuando está completa con todas sus características, le proveerá a su objeto vida y salud. Y si se la elimina por completo, el objeto perecerá. Pero si no se la elimina del todo, sino solamente algunos de sus aspectos y características de perfección, entonces el objeto no perecerá, mas se enfermará y vivirá una vida de sufrimientos. Esto es claro. Por eso no podemos hablar de bien y mal como dos variedades de la influencia, tal como pensaste en un principio, sino que ambos son producto de la manifestación de la influencia o de su ausencia, ya sea total o parcial.

ALMA: Ese es el primer punto. ¿Cuál es el segundo?

INTELECTO: Si observamos la naturaleza de las cosas, veremos que los males no son más que la falta de los bienes correspondientes. Si tomáramos todas las variedades de bien del mundo y las comprendiéramos a fondo, y lo mismo con todas las variedades del mal, veríamos que los males no son más que la ausencia de los propios bienes. Por eso no podemos hablar de dos variedades de influencia, sino de la presencia o la ausencia -total o parcial- de la influencia.

ALMA: En ese caso, el mundo, que es ciertamente un compuesto de ambos, fue creado de dos maneras: por medio de la influencia y por medio de la suspensión de la influencia.

INTELECTO: ¿Te sorprende? Es obvio e indiscutible que todo lo que es bueno procede de la influencia de Dios, y que todo lo que es malo procede

de la ausencia y suspensión de esa influencia. Y si vemos que hay bien y mal, debemos comprender que el Eterno obró dos cosas, que manifestó y también retuvo Su influencia, para que se crearan estas dos cosas.

ALMA: Pero no entiendo. Dices que las creaciones proceden de la influencia, y me parece lógico. Pero ¿cómo pueden proceder de la ausencia de la influencia? ¡La existencia no puede ser producto de la no existencia! Me parece que nos hallamos ante una única alternativa: o que el mal fue creado en forma directa por Dios, o que no pudo haber sido creado en absoluto.

INTELECTO: Cuando decimos que Dios creó este mundo, debemos comprender que primero hubo una creación general y luego una creación específica. Es decir, primero la naturaleza y luego sus constituyentes. Cuando Dios quiso originar la naturaleza con bien y con mal, por cierto que hubo una influencia surgida de Él que dio origen a la naturaleza, y ése es el bien. Pero parte de esa misma influencia era carente -es decir, le faltaban sus orientaciones positivas y sus aspectos de perfección, que le dan a la naturaleza su carácter de bien- y es esa falta la que dio origen a la correspondiente falta de bien, que es toda la generalidad del mal. Pues la naturaleza sufre los defectos originados por la ausencia de influencia.

Ahora bien, una vez que se originaron estos dos estados en la naturaleza en general, se crearon sus constituyentes individuales, algunos dentro del orden del bien y otros dentro del orden del mal. Por cierto que estos constituyentes también fueron creados a través de la influencia pues, tal como dijimos en el comienzo, no hay nada que pueda existir sin influencia. Pero esta influencia se rigió por la antes mencionada, la influencia que engendró la existencia y el defecto en la naturaleza como un todo. Se desprende, entonces, que se podía tomar de la naturaleza en general -del

bien y del mal que ya se habían originado- lo necesario para la composición de sus constituyentes individuales. Observa que no hablo de la suspensión completa de la influencia, pues esto incuestionablemente provocaría la eliminación completa de los objetos. Pero esta influencia fue eliminada sólo en parte, con respecto a algunas de las características y elementos de perfección. Esto es comparable al hombre que enferma pero no muere. Del mismo modo, la naturaleza en general se torna defectuosa debido a esta eliminación parcial de la influencia, a partir de la cual se origina el mal, que no es más que una falla en la perfección de la naturaleza. Pero nuestro axioma permanece inviolable: Dios sólo hace el bien. Él no hace el mal. Este procede únicamente de la ausencia de Su influencia.

ALMA: Finalmente comprendo cómo se creó el mal. Ahora debemos completar este tema explorando todas sus delimitaciones.

INTELECTO: Primero debemos hacer una introducción. Si bien ya existía antes en la naturaleza del Eterno la realización de todos estos actos -pues Él no es susceptible de ningún cambio en el tiempo- no se puede decir que estas cosas hayan existido en potencia, aguardando el momento de su materialización en la práctica. Ese es uno de los errores en que cayeron muchos que creían en la eternidad del universo. La verdad es que todo lo relacionado con Dios antes de la creación del universo es absolutamente insondable y no puede ser explicado en los términos que conocemos. Y no podemos hablar de potencia o acto, con todas las implicaciones que surgen de una relación potencia-acto. Pero cuando Dios quiso crear el mundo, Él Mismo dio origen a los fenómenos de potencia y acto, y Él Mismo hizo el mundo y todas sus criaturas, en el comienzo, en potencia y luego, en acto, dando origen así al orden de potencia-acto. Pues a través de su primera locución en la creación del universo, el mundo existió en potencia más no

en acto. Mas fue precisamente cuando el mundo fue creado sólo en potencia que se crearon todos estos elementos de la influencia que mencionamos, tras lo cual se crearon en acto de acuerdo con su status en potencia. Te revelaré otro concepto muy profundo relacionado con este tema: la esencia general del mundo en todas sus épocas. La raíz de todo es que Dios quiso y deseó conceder Su bien a los seres que dispuso crear. Y con ese fin dio origen a un orden de iluminación e influencia surgidos de Él y adaptados al nivel de estos seres que Él quiso crear. Lo que quiso Dios de esta influencia fue que constituyera una influencia de santidad, surgida de Él-pues Dios es la esencia y fuente de toda la santidad- y que sólo tuviera consecuencias de santidad, tal como ocurre con los ángeles, que no experimentan más que absoluta santidad. Del mismo modo, la intención exclusiva tras la creación de esta influencia fue que parte de la santidad del Eterno fuera impartida a Sus criaturas, para que pudieran finalmente regocijarse en el esplendor de Su santidad.

Pero debido a que Él quiso una existencia en este mundo inferior, Él decretó asimismo que Su influencia fuera de un orden inferior, para poder dar origen a estos seres terrestres inferiores. Esto ciertamente que la degrada, pues ella no fue creada con este propósito. Se desprende, entonces, que los aspectos terrenales e inferiores de Su influencia, que nosotros presenciamos, constituyen una disminución y degradación de la propia influencia. Porque está forzada a vestirse con estas formas, que son para ella una degradación, pues ella es la influencia del Eterno, la fuente de la perfección y la santidad. Pero así lo concibió Dios: vestir a Su influencia con estas formas oscuras hasta que llegue el momento en que se libren de estas vestimentas y aparezca en su forma clara y pura, cuando la creación y todo lo relacionado con ella se consagren por completo al Eterno.

Mientras dure el servicio Divino del hombre, esta influencia se vestirá con estas formas, pero cuando concluya el servicio, se librá de ellas. Dios

ideó grandes mecanismos y ciclos causativos para el logro de este fin. Así es como la raíz de las variaciones de las épocas del mundo está en la influencia, donde Dios varía esta influencia de ascenso en ascenso, hasta llegar a su forma esencial, en cuyo nivel todo lo que surge en la creación será completamente santo, tal como explicamos.

En suma: Dios dio origen a una forma de influencia, canalizada a partir de Él mismo hacia Sus creaciones, cuyo fin esencial es la emanación de Su santidad para ellos. Además dio origen a distintas formas para esa influencia, que son bajas e inferiores, en relación a su nivel de santidad. Y también dio origen, dentro de esta propia influencia, a los factores negativos y obstructivos que he mencionado. Y todo esto es una función de la revelación de la unidad antes mencionada. El ocultamiento de la presencia da origen a todas estas cosas dentro del orden de Su influencia, mientras que la iluminación subsecuente quitará todos estos mantos de Su influencia. Ya hablaremos más de esto, con la ayuda de Dios. Lo que debemos saber, por ahora, es que el decreto Supremo creó todo aquello que se encuentra dentro de esta influencia, y que es la fuente de lo que aparece luego en el mundo. Porque recién después de todos estos preparativos, Dios creó este mundo inferior, estructurado sobre estas bases, y compuesto de todos estos elementos, para que girara de una condición a otra en conformidad con la voluntad Suprema.

ALMA: Veo que esta introducción resulta esencial para la comprensión de los muchos prerequisites de la existencia del mundo, cuyo carácter no estuvo completo hasta que se cumplieron todos ellos. Volvamos ahora a nuestro tema.

INTELECTO: Ya hemos mencionado que el mal se creó solamente dentro de los límites que dispuso la voluntad Suprema. Y aunque el Creador dio

origen a la anulación de los entes creados, lo hizo únicamente con respecto a entes imperfectos. Los entes perfectos no serán anulados, sino que existirán eternamente. Es por este motivo por lo que observamos ahora tal anulación de los entes del mundo, fenómeno que no se repetirá en el futuro. Porque es solamente debido a que la creación es ahora imperfecta que Él decretó la anulación. Pero en el futuro se originarán “un nuevo Cielo y una nueva Tierra”. Su creación será perfecta y no será sujeta a anulaciones.

Vemos, entonces, que la primera influencia, que creó a la naturaleza en general, y su obstrucción, que creó los defectos correspondientes de la naturaleza, no era un tipo de influencia que pudiera crear cosas perfectas, tales como el Cielo y la Tierra nuevos que están destinados a surgir, pues ellos no serán anulados. Sino que la naturaleza de esta influencia era crear solamente cosas imperfectas, y es por este motivo que se le proveyó la instrumentación de la anulación, que es requisito para la existencia de un defecto de la naturaleza. Y la segunda influencia, que dio origen a los constituyentes individuales de la naturaleza, compuestos de bien y de mal, aísla los males para que no eliminen la creación. Se los mantiene dentro de límites mediante el poder del decreto de Dios, y Su mandato los restringe para que su fuerza no crezca y aniquile todo lo existente, y por el contrario actúe en tal grado y se lo sujete lo necesario para que establezca el carácter de la existencia. Y se los ajusta para que crezcan en fuerza en los momentos en que se necesita esa intensificación, según los dictados de la necesidad del momento, en conformidad con el decreto de la voluntad Suprema. El resultado es que hay ciertamente imperfecciones y defectos en la naturaleza, pero no son tan grandes como para eliminar la creación. Los males son afinados para que ulteriormente se intensifiquen en el grado en que sus objetos serán aniquilados -pues todo lo que existe es destructible- y su existencia pende de un hilo muy fino dentro de la tela que es la Sabiduría Suprema.

Cabe destacar que el entendimiento Supremo que se originó en la primera influencia de que hablamos, dictó el origen de la anulación. Es por este motivo por lo que esta influencia no fue creada perfecta desde el comienzo, para que hubiera negación y mal en el mundo, y no, Dios no lo permita, debido a alguna falta de capacidad o de fuerza del Creador. Lo que está destinado con respecto al Cielo y Tierra nuevos podría haber sido hecho desde el principio. Pero el Cielo y la Tierra fueron creados expresamente como objetos imperfectos, para que pudieran ser anulables. Sin embargo, en la segunda influencia, destinada a dar existencia a las creaciones individuales, la intención del pensamiento Supremo fue rescatarlos verdaderamente de la anulación y aguardar hasta el momento indicado. La anulación no se anuló, pero los males fueron limitados y ubicados dentro de los confines necesarios para el establecimiento del carácter del mundo, hasta que llegue el momento en que se elimine todo el mal y todas las creaciones permanezcan perfectas y eternas.

Debes recordar, de todos modos, lo que te dije antes, que los cimientos de la conducta que Dios tiene con nosotros consisten de dos cualidades: el ocultamiento de la presencia y la iluminación de la presencia, cuyos resultados son la perfección y el defecto y, a partir de ellos, el bien y el mal. La existencia del mal, sin embargo, procede del ocultamiento total de la presencia del Eterno. Porque la Voluntad Suprema, en su deseo de crear al hombre con un alma y un cuerpo, hizo que Sus cualidades operaran en forma conjunta, aplicando una sin dejar de aplicar la segunda, a fin de establecer todas las características del hombre en su debida proporción, las fuertes y las débiles, las nobles y las innobles, todo lo que se necesita para su existencia en términos de su propósito subyacente.

Aquí, sin embargo, hace falta una introducción. A una criatura en particular no se la llama “malvada” simplemente porque carezca de perfección. Porque puede haber una imperfección que, si bien no puede considerarse

como perfección y bien absolutos, tampoco se considera como un mal. Por ejemplo, a los ángeles les falta la perfección completa, que es un estado atribuible únicamente al Creador. Y entre ellos hay muchos rangos y niveles, pues un ángel puede ser inferior a otro y carente en relación al segundo. Sin embargo, la imperfección de los ángeles no es tan grande como para crear en ellos un mal absoluto. Pues en ellos no existe la envidia ni el odio; ni la Mala Inclinação; ni la fatiga ni el sueño; ni tampoco están sujetos a las enfermedades o a la muerte. Pero los seres humanos son inferiores que los ángeles y carentes, en comparación a ellos, y su deficiencia es tan grande que en ellos existe el mal, pues poseen la Mala Inclinação, y están sujetos a las enfermedades y a la muerte. Los animales son más imperfectos todavía, pues les falta intelecto y habla, y son hoscos. Y luego están los agentes destructores, los ángeles de la destrucción, y los espíritus de impureza que son el mal en sí mismos, el opuesto exacto del bien, de los cuales el Nombre Bendito se oculta por completo, según estudiamos (Bereshit Rabá 3:6): “Dios no asocia Su Nombre al mal”. Sin embargo es la cadena de imperfección la que finalmente produce el mal. Porque cuando esta cadena se extiende, y se suma imperfección a la imperfección, eventualmente habrá de generar el mal absoluto. Antes de que Dios diera origen al orden especial de conducta para los fines de Sus criaturas, no había lugar para la imperfección; pero al originar este orden, eso equivalió a que Él produjera un orden que, en su resolución, produciría el mal. Porque una vez que existe la imperfección, el mal absoluto está a tan sólo un paso.

Uno de los principales fenómenos creados por el Eterno es la medición y los límites, pues en Su estado abstracto no hay límites ni medidas. Mas en conformidad con Su deseo de que hubiera un orden de niveles, Él creó todo con medida, y dispuso las criaturas por nivel, una debajo de la otra, de la primera a la última. Y en cada nivel, Él midió cuánto habría de

imperfeción y cuánto de bien y de perfección. Y según esa medición, así fue la naturaleza de cada nivel en particular con todas sus facetas y modalidades, donde todas operan dentro de sus propios contextos, cada una dentro de su propio marco.

Debido a que el Eterno manifiesta conjuntamente dos cualidades -el ocultamiento y la iluminación de la presencia- se engendran el alma y el cuerpo, siendo éste último inferior en su naturaleza al alma, al poseer imperfecciones que están ausentes en el alma. Pero como Dios quiso dar origen a la entidad del mal, que es el opuesto exacto de Su perfección, ocultó Su presencia en el mayor grado posible hasta que estuvo oculta por completo, y entonces surgieron los entes absolutamente malignos y creó “el corruptor, para destruir”. El mal, por lo tanto, consiste en el alejamiento de Dios del gobierno directo del mundo, dirigiéndolo desde lejos, en la intensidad de la oscuridad de Su presencia, invirtiendo en esta naturaleza todos los obradores del bien, todos los mecanismos jurídicos, a fin de ejercer el juicio sobre todo aquello que está oculto y sobre los malvados. Pero la ira del Eterno es sólo momentánea. Él “Se enoja” únicamente en el grado necesario para que se creen esas serpientes feroces, destinadas al Infierno -*Gehenom*- con las cuales castigar al pecador en la medida del mal que haya causado.

Posteriormente, Dios dirigió Su presencia hacia las creaciones individuales: para que surjan, existan y no sean aniquiladas, aunque sí son susceptibles de tal aniquilación. Dios marcó así el sendero para la perfección de la creación y giró e iluminó con el brillo de Su presencia al mundo, que aguardaba ser creado. Si hubiera generado una iluminación muy grande, las criaturas se habrían creado en su perfección máxima, es decir, en la forma de su existencia eterna. Pero Él no obró de ese modo, sino que creó criaturas que existen y perduran, más no eternamente. Sin embargo, Dios determinó, como parte de Su poder directivo, que todo lo que creó para Su

gloria se perfeccionara en Su perfección, a fin de que Él ilumine Su universo con una luz grande e intensa, cuyo producto será la existencia perfecta y eterna del mundo. El mal que Él creó será eliminado de la Tierra. Y lo que es más, todas las criaturas reconocerán que Él las benefició con todo lo que les hizo en una época anterior, como está escrito (Isaías 12:1): “Te agradeceré, oh Dios, por Tu ira contra mí”. Ya he hablado de esto antes.

ALMA: Por favor, sintetiza lo que has dicho.

INTELECTO: Dios, en Su deseo de dar origen a una creación general de bien y mal, para que Sus criaturas estuvieran compuestas de ambos, manifestó una influencia al crear la presencia del bien en la naturaleza; y el bien quedó sellado en ella. Luego Se volvió y eliminó la perfección de esa influencia ocultando completamente la presencia de Su bien, y el resultado fue que todos los defectos de la naturaleza quedaron sellados en ella. Luego, volvió a girar, y por medio de la iluminación de Su presencia, creó Sus criaturas, los constituyentes de la naturaleza, en un compuesto único de bien y mal, en sus características actuales, para que existieran, más sujetos a la eliminación, sin ser eternos. Y cuando llegue el final, Él hará que Su rostro brille con una luz poderosísima, y eliminará todo el mal de la creación, y Sus criaturas permanecerán perfectas y eternas.

Ahora te explicaré la esencia del hombre en relación a la existencia del mal que te mencioné.

ALMA: Prosigue, que te escucho.

INTELECTO: Pero antes una introducción.

ALMA: Habla, pues.

INTELECTO: La existencia del hombre procede de una sabiduría profunda e insondable. Pues el Creador hizo muchas grandes creaciones, una más grande que la otra. Todas ellas son indispensables, pues no hay nada que se haya creado en vano, pero todas se basan en un mismo cimiento: lo que Dios espera que haga el hombre en su servicio Divino: corregir todas las imperfecciones de la creación y elevarse nivel tras nivel hasta unirse a la santidad de Dios. Con este fin Dios colocó en el universo todos estos agentes que promueven el alejamiento del hombre del Eterno, con todas sus ramificaciones, y también todos los agentes que promueven la unión del hombre con el Eterno, con todas sus ramificaciones. Todos ellos son de una profundidad inimaginable, y todos están destinados a alcanzar la perfección universal.

Y la Voluntad Suprema quiso que el hombre se relacionara con todos ellos, para que todos se adaptaran a los movimientos y las acciones del hombre. Se los podría comparar a un gran mecanismo, una especie de reloj, cuyas ruedas se unen de manera tal que una rueda pequeña mueve muchas ruedas grandes. Así Dios unió a todas Sus creaciones con grandes lazos; y las conectó al hombre, para que, por medio de sus actos, él las mueva, y todas se muevan por su intermedio. Y Él ocultó todo detrás de esta cubierta terrenal de piel y carne, para que sólo fuera visible su capa corpórea. Pero en verdad, detrás de esta capa hay cosas muy grandes, mecanismos que creó el Eterno con este fin, junto con las acciones y el servicio Divino del hombre, hacia su ascensión o su descenso, Dios no lo permita, y todos los demás estados. Pero esto sólo puede captarlo el alma y todas sus partes y todas sus raíces, que Él incluyó en el cuerpo. Es a eso a lo que se refería el rey David (Salmos 40:6): “Muchas cosas has hecho, oh Eterno Dios mío. Grandes son Tus obras y Tus pensamientos” y (Ídem 139:14): “Yo Te

alabaré, porque he sido maravillosamente formado. Prodigiosas son Tus obras, y eso lo sabe muy bien mi alma”. Pues el cuerpo no puede concebir todas estas cosas, como el alma; pues sólo son perceptibles mediante la espiritualidad.

Uno de los aspectos de este mecanismo, según explicamos, es el mal en todas sus facetas, y todo lo que resulta necesario para la primera etapa del hombre en este mundo. Y todo esto está al servicio de la revelación de la unidad de Dios, la revelación de la luz a partir de la oscuridad. Y a partir del ocultamiento inicial de la presencia en todas sus ramificaciones, habrá en el final una revelación de la unidad. Ahora bien, debemos comprender que la Voluntad Suprema quiso la manifestación activa de la verdad de Su unidad, y esto, mediante todos los ciclos que Él pone en movimiento en Su universo, según lo indica el versículo antes citado (Isaías 43:10): “Para que sepáis y Me creáis y comprendáis que Yo soy Él” y (Deuteronomio 32:39): “Ved, pues, que la Roca soy Yo”. Porque en el comienzo Él desea manifestar esto en la realidad, y pone en movimiento todo el ciclo. Pero cuando esto se haya logrado, o sea, cuando se haya manifestado en la realidad, a partir de ese momento habrá unificación y logro, y Sus criaturas alcanzarán la unión con Él y la alegría de la perfección de Su unidad, que se habrá revelado entonces. Todos ellos se regocijarán en el esplendor de Su presencia, y por medio de esa perfección alcanzarán estados más profundos que el primero, sin fin, por toda la eternidad.

Vemos, entonces, que hay dos variantes de acción con respecto al Eterno. La primera es aquello que Él hará después que Su unidad se revele y sea comprobada por todos los mortales. Esto incluye la generalidad del castigo y la recompensa, cuya esencia y detalles no pueden ser captados ahora por el cuerpo. Sin embargo, lo que se sabe con certeza es que el carácter general de esta recompensa puede describirse como “regocijarse en el esplendor de la santidad del Eterno”, según afirmaron nuestros Sabios (Berajot 17a):

“Los justos están sentados, con coronas en la cabeza, y se regocijan en el esplendor de la Presencia Divina”. E, incuestionablemente, habrá muchas variedades diferentes de placer: a fortiori de lo que vemos en este mundo, que es como una sombra pasajera y sin embargo tiene muchas variedades diferentes de placer, que el Creador concedió para que el ser humano gozara, si bien en su generalidad son placeres únicamente de los sentidos. Cuánto más será así en el mundo que es todo bien, si bien allí sólo gozarán de un solo tipo de placer: el bien espiritual de la comprensión y la unión con Dios. No obstante, las facetas del bien serán muy variadas. Esto fue lo que te dije de la influencia del Eterno: que se originó sólo con el fin de engendrar los estados de santidad espiritual.

La segunda variedad es lo que hace el Eterno mientras se revela esta verdad, y el proceso de revelación no se ha completado aún, es decir, desde el comienzo de la creación hasta la redención final -¡que sea pronto, en nuestros días!- tiempo acerca del cual se ha dicho (Zacarías 14:9): “y será el Eterno Rey sobre toda la Tierra. En aquel día el Eterno será Uno y Su Nombre Uno”.

Mas todos estos mecanismos que mencionamos antes se relacionan con la segunda variedad, la revelación de la unidad de Dios, y esto por medio del ocultamiento de la presencia que antecede a la revelación. Y dentro de estos mecanismos se encuentra la idea de mal que hemos mencionado. Así, mientras que el mal en sí mismo no es más que defecto, pérdida y destrucción, aún así, en conjunción con los otros mecanismos, por el contrario, es la fuente del bien del hombre. Porque a él se relacionan todos los méritos y posibilidades del servicio Divino. Y esto se debe a su destino de ser conquistado, y no de conquistar. Es decir que existe únicamente para que el hombre lo domine, igual que la piedra de la parábola que mencionamos antes.

El mal, entonces, fue creado para ser destruido, y se lo puede considerar de

dos maneras: en virtud de su existencia o en virtud de su erradicación, es decir, en términos de su comienzo o de su final. En términos de su comienzo, es ciertamente un mal; mas en términos de su fin es únicamente para bien. Porque al mismo tiempo que aún es poderoso, actúa como precursor del bien. Porque ésa es la oscuridad a través de la cual se reconocerá la luz de la Perfección Suprema cuando se revele en el futuro. Además, ésta es la elucidación de la verdad de Su unidad en toda su vividez. Y, a partir de este aspecto, cuanto más oscura sea, mayor será la revelación de la verdad de Su unidad cuando Él destruya este mal. Y por otra parte, este mal le rinde beneficios a quien se somete a la prueba, igual que en la parábola de los Sabios, de la ramera y el príncipe (Berajot 32a). Y, además, le da al hombre la oportunidad de un servicio y una acción verdaderos, pues, al perfeccionar la creación con sus propias manos, el hombre elimina del mundo las imperfecciones y se convierte en socio de Dios, por así decirlo, en la formación del mundo.

Otro factor adicional es la prueba que el mal les presenta a los justos, no en el sentido de la tentación de transgredir, de la que ya hablamos, sino de la propia prueba que presenta el ocultamiento de la presencia de Dios. Pues, ¿acaso Dios no declaró a través de todos Sus profetas, que es Él Quien supervisa a todas Sus criaturas y que son Sus ojos los que observan el comportamiento de los hombres, para recompensar a cada cual de acuerdo con sus actos y en conformidad con el fruto de sus acciones; que Él es un Dios de fe, sin fallas? Y, después de decimos todo esto, Él dirige Su mundo por medio de una profunda manipulación y “consejo desde lejos”, hasta aparentar que, Dios no lo permita, ocurre lo opuesto de todo lo dicho. Porque hay veces que parecería que todo está en manos del más fortuito azar, y otras, como si los hacedores del mal se elevaran, y los hombres de valor, los sirvientes de Dios, no recibieran la justa recompensa a sus esfuerzos y labores. ¡Cuántos hay que exclaman sin que nadie los oiga! Y

consideremos todas las otras situaciones que creó Dios con las que probar el corazón de los hombres. Esto es lo que dijo el rey David (Salmos 73:2-3): “Mas en cuanto a mí, mis pies estuvieron a punto de apartarse... porque envidiaba a los arrogantes”. Y ésa es precisamente la prueba: ver si los hombres permanecen firmes en su fe sin desviarse de la convicción de su corazón, que les permitirá decir: “Él es un Dios de fe, sin fallas, aunque nosotros no comprendamos Sus caminos”. Y es en este sentido que está escrito (Habacuc 2:4): “y el justo vivirá por su fe”.

Por esta razón es muy beneficioso el ocultamiento de la perfección Suprema, por lo cual Dios permitió que el mal pudiera oscurecer el rostro del mundo para una prueba tan grande como ésta. Considera, a la luz de este hecho, cuánto amará el Eterno a aquellos que pasan semejante prueba, y cuán grande será su recompensa por su servicio Divino en el futuro. Y es en la esfera del honor del Eterno que hasta la más grande oscuridad del ocultamiento de Su bondad redunda en su gloria y en una cuantiosa recompensa para los justos.

El mal, sin embargo, está destinado a producir bien sólo cuando actúa mediante estos mecanismos que mencionamos, las ruedas de causa y efecto que hacen que todo se transforme en bien. Mas el mal, cuando está aislado de dichos mecanismos, es verdaderamente un mal amargo, pérdida y destrucción. Sin embargo, dentro del marco de estos mecanismos, se lo puede considerar como una de las necesidades del hombre y uno de los componentes esenciales de su ser. Porque si bien en términos de su naturaleza esencial es realmente una fuerza para la realización del mal, cuando se combina con todos los mecanismos que estableció el Creador para el logro de la perfección, sólo existe para ser aniquilado, tal como explicamos. El hombre debe poseer una Mala Inclinación y todos los malos vicios, no para dejarse arrastrar tras ellos, sino para conquistarlos y librarse de ellos. Con todo esto, el mal no pierde su mala naturaleza pero esto

también es un bien, ya que así el mal forma parte del ser del hombre. Y este mal, por sí mismo, no le causa al hombre pérdidas o fallas, en virtud de los componentes positivos de la naturaleza del hombre. Finalmente, cuando el verdadero fruto de estos mecanismos, para el cual fueron establecidos originalmente, surja eventualmente, se revelará como la erradicación del propio mal de la existencia y la perfección de toda la imperfección.

Vemos, pues, que cuando el Creador estableció Su mundo, le confirió todo lo necesario para esta primera etapa del hombre, que es el período del servicio Divino. Entonces dio origen independientemente al mal en toda la intensidad de su naturaleza y sus poderes, hasta provocar que el mal posea tantos poderes y partes como los del servicio Divino y el perfeccionamiento relacionado con el hombre. Luego, Él completó Su obra al crear todos los mecanismos que mencionamos, diseñados para hacer todo lo necesario a fin de eliminar el mal, y elevar al hombre por medio de sus ascensos, y cumplir con todas las otras necesidades de su perfección y su bien. Y es dentro de este contexto que luego se creó este mundo inferior y esta humanidad. El resultado es que toda la cualidad del bien -la generalidad de todos estos mecanismos celestiales que mencionamos- así como la cualidad del mal, ambas son instrumentos de bien para la construcción del hombre. El resultado final de todo esto es el fruto de todo el proceso: la perfección universal. Pero mientras este proceso no se complete, si bien el mal fue diseñado para el bien del hombre, también puede resultar en su detrimento, si es que el hombre no puede dominarlo. Porque entonces es el mal, y no la perfección, el que obtiene primacía. Pero al final del proceso, cuando el mal se haya erradicado, la quietud de la creación será eterna, sin fin.

ALMA: Hasta ahora hablamos del mal en general. Ahora deberíamos ser más específicos.

INTELECTO: El mal se divide en dos categorías: la primera, su bajeza y su vileza; la segunda, la susceptibilidad de las creaciones al deterioro. Nos referiremos a ambas.

En cuanto a la primera, incluso los propios ángeles se clasifican en un orden de rangos descendente. A pesar de esto, son todos puros, nobles y apreciados. La bajeza de la que hablamos se aplica únicamente al cuerpo del hombre, y a lo que hay debajo de él, todo lo cual conduce, por medio de canales corpóreos y terrestres, al “polvo de la Tierra” (Génesis 2:7). Sin embargo, debemos comprender que si el hombre estuviera en el nivel adecuado para él, esta característica corpórea no le resultaría baja y avergonzante. Porque aquel que se halla en un nivel adecuado a su naturaleza está en el sitio apropiado y no se puede decir que se halle “degradado”, aunque el propio nivel sea bajo. La “bajeza” y “vileza” son en verdad atribuibles a quien podría haber alcanzado un nivel superior, mas se quedó en un plano inferior y degradado con respecto a ese nivel.

Pero sigo hablando en términos generales. Pasemos ahora a los detalles y así podrás comprender la esencia del hombre en su superioridad, su inferioridad y todos los demás niveles. Hallarás en este análisis una sabiduría muy profunda, pues Dios creó una gran variedad de condiciones para que el hombre experimentara todo lo necesario con respecto a su servicio Divino y la recompensa. Explicaremos esto en detalle.

El hombre actúa, y sus actos tienen consecuencias. Pues a la luz de los mecanismos que mencioné se comprueba que el más insignificante movimiento del hombre pone en acción muchos grandes sistemas, la generalidad de todas las creaciones terrestres y celestiales, físicas y espirituales, todos los poderes operativos, y la influencia del Eterno para cada uno de ellos, según hemos explicado. Y, con todo esto, no todos los hombres son iguales, ni todos los actos iguales; porque Dios estableció grandes límites entre Sus criaturas, con una precisión enorme e infinita. Y

así es que puede haber dos personas sentadas a la misma mesa, hablando, comiendo, bebiendo, y aun así, los actos de uno de ellos alcanzan alturas celestiales en sus ramificaciones mientras que los del otro no ascienden y ni siquiera se acercan a los del primero. Te probaré esto en forma muy clara: “Ionatan ben Uziel se sienta a estudiar... y todos los pájaros que vuelan por encima de él se queman” (Suká 28a). Miles y miles de personas se sientan a estudiar y no ocurre nada por el estilo. Eso en cuanto al agente, es decir, quien actúa.

En cuanto al objeto sobre el que se actúa, el mismo principio es ilustrado con el ejemplo de la comida santificada, donde el acto de comer constituye un gran precepto, mientras que comer comida no santificada no es un precepto, aunque en ambos se coma de la misma manera. El sacerdote que come comida que ha sido santificada está cumpliendo un precepto, mientras que el no-sacerdote que la come incurre en la pena de muerte. Otro ejemplo son los propios preceptos. Dijeron nuestros Sabios (Avodá Zará 3a): “Más grande es quien hace cuando le ordenan que el que hace cuando no le ordenan”. El primero perfecciona toda la creación, mientras que el segundo no alcanza este nivel. Sin embargo, ambos realizan el mismo acto, y con la misma intención.

Pero la verdad del asunto es que las condiciones del agente y del objeto y todo lo incumbente a ellos son los que alteran y cambian los resultados de esos actos. Debido a que Ionatan ben Uziel era una persona de tan imponente santidad, con el alma coronada con una luz brillantísima, cada uno de sus actos ascendía hasta alcanzar las mismísimas alturas celestiales, moviendo todas las “ruedas” de santidad. Las acciones de otro hombre no tan santo, que no está coronado con estas luces, no experimentan una ascensión semejante. Hay aquí una gran variación de la escala, dependiendo del estado de preparación del individuo, de las acciones mismas, del tiempo, y de demás factores relacionados. Este es, en verdad,

el estado general de preparación que el Eterno confirió a Su pueblo, Israel, en el comienzo, para que cumplieran y realizaran toda la Torá y todos los preceptos. Porque sin esto no podrán ejercer, por medio de sus actos, el gran perfeccionamiento que logran para el universo en general, como explicaremos más adelante. Con todo esto, sin embargo, esta variación de la escala que mencionamos ocurre incluso en ellos, y no hay comparación entre los actos de alguien que no estudia Torá y los de quien sí estudia Torá pero no es tan santo, y los de quien estudia Torá y además es un gran santo; o entre alguien santo y alguien más santo, como son alguno de los pocos elegidos por el Eterno, y hasta llegar a Moisés, nuestro Maestro.

Ahora debo explicarte algo en relación al género humano en general, que descende de Adán, y que está sujeto a grandes diferenciaciones y a una variedad de épocas. Pues Adán, antes de la transgresión, estaba coronado con grandes adornos de santidad, hasta el punto de que los ángeles quisieron cantar “Santo” ante él, según enseñaron nuestros Sabios en el Midrash (Bereshit Rabá 88:6). Y él poseía conocimientos y santidad y todas las nobles cualidades en muy alto grado, siendo, como era, la obra del Eterno. Y por eso sus acciones sacudieron mundos, porque así como era él, así fueron sus acciones, incuestionablemente más majestuosas y exaltadas que cualquier acción que hubo luego. Y con todo esto él podría haber ascendido a alturas todavía más grandes si sólo hubiera cumplido con la orden de Dios. Pues es evidente que lo que está destinado a ocurrir tras la resurrección podría haber ocurrido en el comienzo mismo, incluso sin necesidad de la muerte. Pero no olvidemos que, si bien era exaltado mucho más que lo que es hoy la raza humana, era igualmente susceptible al deterioro, al pecado y a la muerte, como surgió de los eventos que ocurrieron luego. Si él hubiera obedecido al Eterno, habría logrado la perfección absoluta, la existencia eterna, y la inmunidad a todos los males. Pero al transgredir, no sólo no obtuvo lo que podría haber obtenido, sino

que además perdió lo que ya poseía, convirtiéndose así en el hombre degradado y humillado que es ahora. Como dice la Biblia (Salmos 49: 13): “Pero el hombre (Adán) no perdura en su honor. Es como las bestias”.

Vemos, entonces, tres variaciones en el nivel del hombre: su nivel antes de la transgresión; su nivel después de la transgresión y lo que podría haber sido su nivel si no hubiera transgredido, como será en el futuro. Su nivel antes de transgredir es un estado intermedio entre lo que fue después y lo que podría haber sido si no hubiera transgredido. De cualquier modo, vemos que el hombre no fue creado completo, sino que sufrió una degradación preliminar a manos del Creador, pues fue creado en un estado inferior al que le corresponde, y fue sujeto a una nueva degradación en caso de transgredir, que fue justamente lo que ocurrió. Todas estas condiciones preparadas por el Eterno se originaron para la conducta necesaria del mundo.

Ahora procederemos a realizar algunas distinciones sobre este tema, a fin de comprenderlo a fondo. Nuestros Sabios dijeron (Tanjuma, Ajarei Mot): “El talón de Adán hacía empalidecer la órbita solar”. Y enumeraron seis cosas que Adán perdió por culpa de la transgresión (Bamidbar Rabá 13:11), entre ellas “altura” y “brillo”. La idea es que Dios hace todo con máxima precisión, y todos los aspectos de las cosas se determinan según la perfección que reside en ellos. Y, según se aplica a nuestro tema, incluso la constitución y la forma del hombre y la forma de todo lo que se relaciona con él, son determinados por su importancia y significación. Ya hemos citado el versículo (Génesis 1:26): “Hagamos al hombre a Nuestra imagen y semejanza”. Porque Él quiso que el hombre fuera superior a todas las criaturas, también quiso que su apariencia externa reflejara esa superioridad. Y no sólo su forma y su constitución. También quiso que todo lo que le ocurre y todo lo que está relacionado con él estuvieran en conformidad con su estado superior. Observa cuánta limpieza y cuántos

arreglos decorativos invirtió en la creación del hombre que no invirtió en la creación de los animales. Y esto, dentro del contexto de la profundidad de la gran sabiduría que caracteriza a todos los actos de Dios, pues Él hace todo del mejor modo posible, mediante el establecimiento de paralelos e interconexiones dentro de relaciones adecuadas.

Notemos que el hombre sólo puede estar en un lugar en un momento determinado, y tarda un tiempo en desplazarse de un lugar a otro. Los ángeles, debido a que son exaltados sobre este cuerpo, no están limitados como el hombre, sino que se les atribuye el vuelo en su eterealidad. Los sentidos del hombre funcionan únicamente dentro de la medida y los límites que lo circunscriben. No ocurre así con los entes espirituales. En suma: los accidentes de un objeto, en todos sus aspectos, son siempre relativos a la naturaleza esencial de ese objeto.

Se desprende que hay dos distinciones que debemos hacer en relación al hombre y a todas las demás creaciones. Primero, el establecimiento de todas las cosas que son afectadas por su existencia y sus accidentes, es decir, los resultados de su ser y sus acciones. Segundo, el modo de operación, es decir, su forma y la forma de sus actividades. Porque lo que mueve al cuerpo también puede mover al alma o a un ángel, pero a cada uno a su manera en particular.

Y estos dos factores constituyen consideraciones fundamentales en las actividades del Eterno. Primero, el establecimiento de lo que resulta de la actividad de las criaturas, lo cual incluye todas las ordenanzas de Su conducta y los órdenes de Sus mecanismos. Segundo, el establecimiento del modo en que esas creaciones producen esos resultados. Y en este área también hay grandes órdenes que son apropiados y necesarios para el cumplimiento de sus funciones.

Así es como en el comienzo, antes de transgredir, Adán estaba en un nivel muy alto. Primero, en virtud de su existencia, es decir, en términos de los

resultados de sus acciones, que se elevaban a las alturas del mundo; y segundo, en virtud de su forma y la forma de sus acciones, en la propia estructura de su cuerpo. Porque la pureza de su cuerpo correspondía a la naturaleza de los ángeles, por lo cual su lugar de residencia era el Jardín del Edén que es donde ahora también habitan los ángeles y los espíritus. Nuestros Sabios se refirieron a esto en su afirmación (Bereshit Rabá 20: 12): “En la Torá de Rab Meir se halla escrito: “vestimentas de luz””. Esto ya fue comentado por nuestros Sabios muchas veces en el sentido de que viene a enfatizar la pureza del cuerpo de Adán antes de la transgresión, un cuerpo que después de transgredir se hizo tosco y burdo, como lo es en la actualidad.

Presenciamos un paralelo a la condición original de Adán, en los casos de Janoj y Elías, cuyos cuerpos estaban purificados y exaltados a la condición de ángeles celestiales. Y resta decir que sus movimientos y sus acciones también eran de un orden más espiritual, como los de Janoj y Elías, hasta nuestra época.

Veamos entonces que: lo que fue el Jardín del Edén, seguirá siéndolo incuestionablemente -un sitio espiritual donde viven los espíritus, incluso ahora- y la Torá atestigua en relación a Adán, que él vivió allí y gozó de los frutos que allí crecían. Pero como para nosotros, es el lugar donde viven las almas, deducimos que esos frutos no eran frutos terrestres, sino muchísimo más delicados, como el aire al lado de la Tierra. Y el acto de comerlos, además, no lo llevaba a cabo un cuerpo tosco y burdo como el nuestro, sino un cuerpo no común, casi espiritual, como el de Elías o Janoj.

En conformidad con la naturaleza de los resultados a alcanzarse por medio de las acciones, así son los modos en que se realizan las acciones; y existe una correspondencia exacta entre la naturaleza y las condiciones de todas las creaciones, en términos de acciones, resultados, ubicación, y agente. Esto es claro.

Cabe destacar que la corporalidad de Adán antes del pecado correspondía prácticamente a la espiritualidad del hombre actual. Tratemos de imaginar, entonces, lo que sería su espiritualidad, y lo que deben haber sido las ramificaciones de sus acciones. Baste con recordar lo que afirmaron nuestros Sabios (Bereshit Rabá 8:10): “Los ángeles querían cantarle “Santo””. Y de esto podemos deducir lo que hubiera sido si no hubiera transgredido. Habría logrado el gran ascenso destinado a él. Porque así como vemos que la corporalidad de Adán corresponde a la espiritualidad actual, también podemos deducir que su corporalidad, si hubiera ascendido, podría haber correspondido con su espiritualidad original. Porque ésa es la naturaleza de las cosas: progresar en una ascensión continua.

Y ésta es la idea general encerrada en los dos árboles: el árbol de la vida y el árbol del conocimiento. Por cierto que la Biblia no debe separarse de su significado simple. Los árboles eran árboles; los frutos eran frutos, y el comer era comer; pero los frutos eran diferentes y el comer era diferente, en un grado que nuestra mente no puede concebir, pues nuestra mente sólo comprende lo corpóreo. ¿Pero acaso no observamos incluso frutos terrestres que poseen propiedades curativas y demás? Y las propiedades naturales de esos frutos, ¿acaso no obran maravillas? Del mismo modo, los frutos de estos árboles también poseían ciertas propiedades que les confirió el Creador. Los frutos del árbol de la vida poseían la propiedad de implantar en el corazón del hombre el conocimiento correcto, la unión y el amor por el Eterno, y el conocimiento de Su santidad; y además eliminaban los deseos físicos del cuerpo. Los frutos del árbol del conocimiento, por el contrario, llenaban el corazón de deseos físicos y terrenales, y de transgresiones. Si Adán hubiera comido del árbol de la vida, en vez del árbol del conocimiento, se habría acercado muchísimo más a la santidad de su Creador y había gozado eternamente sin cesar. Pero al comer del árbol del conocimiento, cayó presa de los deseos físicos y del amor por lo terre-

nal. Por eso, medida por medida, perdió la gloria de su espiritualidad y permaneció material por naturaleza para la cantidad de días que se le decretaron, hasta que expiara su transgresión y se arrepintiera y se curara, dentro del contexto del gran principio (Makot 23a): “Una vez que lo golpean, es como tu hermano”. En ese momento él regresará a su fuerza original y completará todo lo necesario para alcanzar su perfección. Esto en cuanto a la primera categoría del mal.

La segunda categoría del mal es la de deterioro y destrucción. Debes saber que el deterioro es propio únicamente de esta forma degradada y terrestre, y no existe en las formas superiores. Y cuando el propio Adán fue más perfecto, y más exaltado, era inmune a la enfermedad o al daño. Pero ciertamente que todo esto fue dispuesto desde el comienzo, y en la creación del propio mal se lo estableció dentro del orden general de la naturaleza. Y, a la luz de la degradación original de Adán en su creación, más obvio nos resulta esto.

Se desprende, entonces, que Dios creó primero la influencia necesaria para el estado perfecto y exaltado de Adán, que constituye la existencia suprema del hombre en potencia. Subsecuentemente, Él quiso degradar a Adán, para que no se hallara en el estado exaltado apropiado para él, sino en una condición inferior, y así tuviera la oportunidad de perfeccionarse elevándose nuevamente a ese nivel supremo. Fue la influencia la que se degradó primero. Su poder se debilitó y su nivel y su naturaleza bajaron de rango, para que ya no pudiera crear al hombre en el estado exaltado ya mencionado, sino en su bajeza y su defectuosidad. Aquí el factor crucial es que la influencia se vio impedida de crear criaturas exaltadas y perfectas, no en virtud de una deficiencia de su poder, pues eso no se considerara “degradación”, sino de un impedimento externo. O sea, que a pesar de que en virtud de su naturaleza debería producir la creación perfecta, no puede hacerla debido al mal que se ha originado, el cual ejerce esta degradación

dentro de ella. Existe una alusión a este punto en la Torá (Deuteronomio 32:18): “Has debilitado la Roca de tu nacimiento” y (Números 14:16): “Debido a que el Eterno no puede...” que nuestros Sabios interpretaron (Berajot 32a) en alusión a que Su poder se debilitó como el de una mujer, por así decirlo. Y en la degradación de esta influencia por medio del debilitamiento de su poder, se da lugar al mal absoluto, tal como explicamos antes.

Llegamos así al punto que mencioné en el comienzo: el Creador no implantó la negación y el deterioro en la naturaleza de sus criaturas perfectas, sino en la naturaleza de las imperfectas, para que cuando esas criaturas se perfeccionen en un futuro, no estén sujetas a la negación. Lo que debo explicarte ahora es la naturaleza de este defecto de la perfección el cual produce la negación. Hallarás aquí una profunda sabiduría, tanto en la ordenanza del Eterno como en la extraordinaria preciosidad de Israel.

ALMA: Mi único deseo es saber todos estos puntos en su totalidad y a fondo. Me alegraré de que me los explique.

INTELECTO: Quien observa en forma superficial las partes que constituyen esta creación las encontrará a primera vista dispersas y separadas, es decir, no unificadas con un único fin, sino que cada una se le aparecerá como una entidad en sí misma, sirviendo su fin particular, completa en sí misma e independiente de los elementos contiguos. Porque hay tantos elementos entre lo inanimado, lo vegetal o lo animal, que se podría decir que no puede haber ninguna interrelación, ninguna interdependencia ni objetivo común entre todos ellos, y que cada uno debe haber sido creado para su propio fin y que todas sus características deben servir para conseguir ese fin particular y para nada más. Con todo, no podemos pasar por alto la jerarquía de niveles en la naturaleza y quien

reflexiona acerca de las creaciones las encontrará a todas representadas en esta jerarquía. Si comienza desde las alturas celestiales y hace su camino hacia abajo, hasta los más profundos abismos de la Tierra, reflexionando constantemente acerca de todas las creaciones, las encontrará a todas apropiadamente escalonadas una debajo de la otra.

Pero quien es más sabio, puede entender que todas las creaciones están estrechamente conectadas entre ellas, siendo todas necesarias para cumplir el designio del Saber Supremo en la creación y fueron reunidas con un objetivo que comprende una multitud de condiciones y una profundidad de órdenes, cuya forma es la forma de las partes constitutivas de la creación. Por lo tanto, están todas interrelacionadas en el orden deseado por la Suprema Inteligencia y de todas juntas surgirá esa fruta del bien que es el resultado digno de la creación. Ya he mencionado que se trata de un asunto profundo, porque en este lugar el saber debe expanderse y sondear el infinito para conocer la función de cada creación y su lugar en ese intento universal mencionado.

Nuestros Sabios han dicho (Tratado de Padres 6): “Todo lo que el Santo, Bendito Sea, creó en su mundo Lo creó en Su honor”. Ahora debemos entender la idea de honor, porque también ella fue creada por el Bendito, como todos Sus otros atributos, como lo expliqué anteriormente. Comprendiendo este atributo, podemos comprender todas esas creaciones cuyo fin es la realización de ese honor. Por el momento, es suficiente que comprendamos solamente esta introducción general: todos los aspectos de la creación están efectivamente interconectados y operan en forma conjunta con un sólo propósito. Un corolario de esta comprensión es que su perfección no se logra en forma individual, sino todos a la vez con el fin mencionado.

Y realmente podéis advertir que incluso en Sus acciones no hay mal en el mundo salvo en los elementos aislados, antes de ser vistos como elementos

que contribuyen al proceso en su totalidad, y nada completo es malo. Y esto es entendido al saber que todo lo que ha hecho el Creador es extremadamente bueno; aquello que a veces nos parece defectuoso en algún aspecto, en alguna de sus condiciones, es compensado por una condición diferente: el defecto original consistía en la falta de la comprensión de todas sus condiciones. Cuando ese modo de entenderlo como un todo es conseguido, el resultado es indudablemente bueno. Esto es vigente para cada acto en sí mismo, y el acto universal, el ciclo total del mundo finalmente confirmará esto, con el cumplimiento de la afirmación profética (Isaías 12: 1): “Te agradeceré Dios, por Tu ira contra mí”. Porque en ese entonces todos los aspectos de cada acción serán completados y podrán ser reconocidos como enteramente buenos.

Esto explica nuestra afirmación de que en el principio, el Creador ordenó la naturaleza tal como lo hemos explicado, cada especie separadamente dispuesta a lo largo de una escala graduada. Y es con respecto a esto que hablamos de negación y deterioro, es decir, en lo que se aplica a cada especie en sí. Pero su interconexión y conjunción para lograr un fin universal, por el contrario, es una corrección de lo anterior porque por virtud de ello dejan la esfera del mal y son rescatados del mismo. Y esto es lo que mencionamos anteriormente, que todo lo creado por el Santo, Bendito Sea, en Su mundo, Él lo ha creado sólo por Su honor. Y este honor es que el Creador se deleita en sus creaciones y permite que todas Sus obras se deleiten en Su bien. Y el último propósito de todas Sus acciones es que todo acceda a la perfección absoluta, de modo que el mal no tenga ningún tipo de existencia. Pero este resultado se realiza solamente en la conjunción de todos los actos. Encontramos, entonces, que en las especies de la naturaleza en sí mismas y no en su interrelación se encuentran la negación, la degradación y el deterioro. Más en su interrelación está arraigada su perfección y la liberación del mal.

ALMA: Se trata de conceptos claros y sencillos de interiorizar. Más aún me debes aclarar el valor de Israel, lo cual no logro relacionar con estos temas.

INTELECTO: Ya he explicado las variaciones de la influencia, que conducen a las correspondientes variaciones en sus resultados, es decir, en los eventos del universo. Pero la primera causa detrás de todo esto y la razón de las variaciones de la influencia tienen su origen en Israel, como te dije antes. Ahora te explicaré por qué.

Dios e Israel son como padre e hijo, o un hombre con la mujer de su juventud. Todo el deseo de Dios es para nosotros, como está escrito (Cantar de los Cantares 7:11): “Yo soy de mi amado y su deseo es hacia mí”, y (Salmos 40:6): “Tus obras y Tus pensamientos sobre nosotros”, y (Levítico 26:9): “Yo os protegeré... para que os multipliquéis”. Es decir que Dios desea, por así decirlo, regocijarse junto con Sus creaciones y gozar junto a ellas, como está escrito (Salmos 104:31): “Regocíjese el Eterno en Sus obras”. Y en Su verdadero deseo hacia ellas, en Su amor por ellas, y en la alegría que Él recibe de ellas, por así decirlo, Dios maquina pensamientos y nunca deja de beneficiarlas y de hacer que se multipliquen. Y Él constantemente renueva Su bondad hacia ellas, influencia sobre influencia, de la manera óptima en pos de su perfección y su bien, así como piensa el padre con respecto a su hijo. El factor esencial en todo esto es Israel pues es a Israel que desea Dios, tal como lo expresa el versículo antes mencionado: “Yo soy de mi amado y su deseo es hacia mí”. Y el resto de la creación depende exclusivamente de ellos. Porque cuando Dios se dirige hacia ellos con amor, Él no hace más que originar un bien tras otro para todo el mundo: un bien perfecto y verdadero.

Pero la transgresión es grave, porque hace que el Eterno, Dios no lo permita, se aleje de Israel, como un marido enojado con su mujer o un padre con su hijo. De tal situación se dice (Génesis 6:6): “Lamentándolo en

Su corazón”. Pues en tales circunstancias, Él no goza con el mundo y sus creaciones, Dios no lo permita, y toda la influencia y todo el éxito se alejan, Dios no lo permita. Entonces se ve que el mal se crea sólo mediante el ocultamiento de la presencia, pues el Creador no se dirige con amor a las creaciones terrestres y no se regocija con ellas, y ésa es la causa del alejamiento de la influencia que mencionamos.

En verdad, Dios previó los actos de los justos y los de los malvados. Así nos enseñaron nuestros Sabios en el Midrash (Bereshit Rabá 2:5): “En el comienzo de la creación del mundo, Dios previó los actos de los justos y de los malvados” y (Ídem 8:4): “¿Qué hizo Dios? Alejó los actos de los malvados de Su presencia, unió Su compasión a Su justicia, y creó el universo”. Es decir que toda la creación del mundo, desde el comienzo, se llevó a cabo a través de canales de previsión del futuro, pues Dios previó lo que estaba destinado a ser y perfeccionó los órdenes según las necesidades del futuro. La previsión de los actos de los justos constituyó una dicha para el Eterno, y por medio de ella se creó todo el orden de influencia benéficial; y la previsión de los actos de los malvados dio origen a todo el alejamiento de la influencia y a la destrucción. Y a partir de ese momento, toda la ordenanza de Dios permaneció con ese carácter: los actos de los justos causan alegría a Dios y son la fuente de todo el bien, mientras que los actos de los malvados entristecen Su corazón, por así decirlo, y son la fuente de todo el mal.

Debemos remarcar que si el Creador se hubiera concentrado en los hechos de los malvados, el mundo no habría subsistido. Mas Él alejó la vista de ellos, en virtud de que no son eternos, sino transitorios y evanescentes y tomó los actos de los justos, que están destinados a durar para siempre; y con la fuerza de estos actos creó el mundo, permitiendo que subsistiera. Además Él le implantó a la dinámica del universo que el bien se fortalecería y obtendría primacía, hasta que se eliminara el mal y se lo

anulara por completo del universo.

Vemos que, en verdad, todos los órdenes del gobierno Supremo y todas sus ramificaciones están fundados exclusivamente sobre Israel, dependiendo de si Dios dirige Su bien hacia ellos o si Se aleja de ellos, Dios no lo permita. Por eso sólo ellos surgen como base de toda la creación, y todo lo demás depende de ellos. No me explayaré sobre este tema ahora. Lo que sí debemos saber es lo que dije al comienzo: que todas las perfecciones de la influencia surgen del hecho de que Dios Se dirige con amor a las criaturas terrenales, y que todo lo malo surge de Su alejamiento de ellas.

Hasta aquí hemos completado todo lo que debemos saber acerca de la creación del mal. Ahora explicaremos lo que el Creador dispuso para su corrección y eliminación de la creación, a fin de que todas las creaciones se perfeccionen con la perfección quintaesencial del tiempo futuro.

Lo que debemos entender en primer lugar es que, si bien la Voluntad Suprema creó la deficiencia, su intención no fue que ésta permaneciera, sino que se la eliminara y se la suplantara con la perfección absoluta. Por eso decretó que esta deficiencia no exigiera una eliminación total, para que no quedara ningún recuerdo de lo que se eliminó, sino que hubiera defectos que fueran susceptibles de enmiendas y que la esencia de las creaciones perdurara incluso en medio de la deficiencia, hasta que recobrará su fuerza original, igual que una persona enferma que se cura. Observa la verdad de todo esto en los eventos del mundo: la deficiencia no se instituyó para que destruyera el bien, sino para que lo desgastara, tras lo cual se eliminará la deficiencia y el bien recobrará su fuerza original. Incluso la muerte, que es la más grande negación del mundo, no es una negación completa, pues hay resurrección. Así que aunque el cuerpo retorne al polvo, permanece, según sabemos, un hueso llamado “luz”, del cual ha de reconstruirse el mismo cuerpo. Por eso, lo que es menos que la muerte no es ciertamente una negación completa, sino una deficiencia sujeta a enmiendas.

Israel en el exilio fue degradado hasta el polvo, pues de ellos se ha escrito (Lamentaciones 3:6): “Me hizo habitar en medio de tinieblas como los que han muerto hace mucho tiempo”. Sin embargo, está escrito (Levítico 26:44): “Es que ni siquiera por todo eso cuando estuvieren en Tierras ajenas los desearé totalmente ni Me dejaré llevar por Mi ira para anular Mi pacto” y (Malaquías 3:6): “Porque Yo, el Eterno, no cambio y vosotros, oh hijos de Jacob, no estáis consumidos”. Dios no Se arrepiente de Sus creaciones para aborrecerlas, y aunque Él las haga vulnerables a los defectos, Él no las abandona ni las desecha, Dios no lo permita, sino que deja que sufran puesto que será para su bien. Por esta razón Él sustenta su existencia pero deja que se refinen mediante las pruebas de las muchas y amargas aflicciones. Luego ellas florecerán como el viñedo y surgirán retoños nuevos, así como la Tierra hace brotar sus frutos y el jardín, sus plantas. Esto surge de la acción de las propias semillas. Si bien ellas se descomponen bajo la Tierra, no se pierden completamente, sino que vuelven a brotar del polvo. Vemos, entonces, que Dios no desea la eliminación irrevocable para Sus criaturas, sino sólo una deficiencia sujeta a enmiendas. Y así como explicamos que Dios no asocia Su Nombre a la negación, es decir, al mal, es la naturaleza de Su perfección dar sustento a todo lo bueno, incluso en medio de la deficiencia, en el momento del deterioro, y no deja de rondar por encima de ellas a fin de mantener el bien, para que no sea anulado completamente.

Esto se ve con claridad en el caso del hombre, según explicamos antes en el paralelo entre los procesos del hombre y el poder directivo Supremo. Cuando el hombre muere, el alma lo deja y el cuerpo retorna a la Tierra de donde vino. Las alusiones y la idea son una misma cosa. El hombre está constituido por la oscuridad de la Tierra -el cuerpo oscuro se originó mediante el ocultamiento de la presencia de Dios, tal como dijimos anteriormente- y la espiritualidad que lo anima y lo refina, que es resultado

de la iluminación de la presencia con el fin de la corrección de la imperfección de Sus creaciones. Mientras el Creador siga este poder directivo, el hombre vivirá en su mundo. Pero cuando el Creador deje de hacer brillar Su presencia sobre el hombre, para que únicamente le quede la oscuridad de su naturaleza, el alma abandonará al cuerpo, que estará muerto igual que una piedra sin vida. Además será sujeto a la disolución y al decaimiento, pues el Eterno alejó Su presencia de él. Y está escrito (Salmos 104:29): “Ocultas Tu rostro y ellos se esfuman. Les retiras el aliento, y ellos perecen, volviendo al polvo”. Pero gracias a que el Creador no ocultará completamente Su presencia para siempre, pues una chispa de Su luz iluminará la oscuridad del ocultamiento de Su presencia para que así perdure el universo, el cuerpo tampoco se disolverá del todo y el alma no lo abandonará totalmente, sino que ocurrirá lo que nuestros Maestros recibieron por tradición: hay en los huesos un elemento revividor denominado “vapor óseo” que mantiene a los muertos hasta la resurrección, para que los que resuciten no sean nuevas creaciones, sino las mismas que murieron, como está escrito (Isaias 58:11): “y el Eterno colmará tu alma en tiempos de sequía y reforzará tus huesos”.

ALMA: Me parece lógico. Por cierto que el Creador no desecharía Su obra, sino que la sustentaría y la libraría del mal en la resolución de Sus recursos.

INTELECTO: Ahora iniciaremos el análisis del poder directivo de la perfección universal. Ya dijimos que cuando Dios dio origen a la influencia para esta naturaleza, en el comienzo, cuando la negación de esta influencia todavía no existía, la intención, en verdad, no era que esta influencia subsistiera, sino que se la negara, como explicamos antes. Sin embargo, en Su deseo de crear una influencia perfectamente perdurable, que produciría esos resultados que requiere el universo, la verdadera intención fue alejar

de ella el mal que ya se había originado para ella, que es exactamente lo contrario de la primera intención. Y ése es el móvil de la perfección de la creación: la inversión de la intención a fin de hacer y mantener el bien y protegerlo del mal.

Luego el Creador dio origen a todos los aspectos de Su influencia y sus distintos niveles, cada nivel con su perfección correspondiente, donde la intención global fue producir el bien y protegerlo del mal, es decir, la negación que ya se había originado para que operara en relación a ese nivel. De este modo Dios ordenó todos los niveles de Su influencia, y en cada nivel ocurre lo mismo; primero, invertir la intención hacia el perfeccionamiento del bien sólo para la creación de las criaturas; segundo, detener la negación ya creada. En verdad, el Creador no quiso negar el mal, sino tan sólo detenerlo, para que existiera y perdurara mientras resultara necesario para las creaciones. Por eso la subsistencia del mal también es posible únicamente por medio del poder del Eterno, pues Él es el único creador del bien y del mal. Pero ésa es la función más mundanal atribuible a Su influencia y supervisión.

Vemos, entonces, que Dios dispuso todos los niveles de Su influencia en conformidad con las demandas del universo, un nivel tras del otro, después de lo cual Él permitió la producción del mal y de todos sus componentes y aspectos. En ese mal existe aquello que se corresponde con todos los componentes de la influencia positiva, pues la negación se originó para cada uno de ellos, y se la apartó de todos los componentes que se le asignaron, mas no se la negó totalmente. Sin embargo, todas las negaciones asignadas a todos los componentes de la influencia positiva son de un solo tipo: un mal general. Y toda esta categoría es atribuible a la influencia del Eterno sólo en el estrato más inferior de todo lo que contiene. Así, por ejemplo, cuando el nivel más alto de influencia recibe su perfección, se aísla su negación y se la aparta de ella. De cualquier modo, no se la negó

por completo, sino que se la hizo existencial y operable únicamente en el nivel más bajo que le sigue, y que es atribuible a Su influencia. Cuando este segundo nivel, a su vez, recibe su perfección, se aísla su negación y ésta se hace existencial a través de todos los otros órdenes de sucesión, hasta alcanzar el más bajo. Pero con respecto a los niveles de la influencia, se hace más pasible de materialización en los niveles sucesivos que en el comienzo, en el tercer nivel más que en el segundo, y progresivamente hasta llegar al último nivel.

Por eso puede decirse que el Creador, en Su deseo de conferir Su influencia con perfección completa, se encargó de disponer los poderes directivos de bien y de mal; los de bien perfeccionándose en sus distintos niveles y los de mal permaneciendo en un estado de suspensión, desde el ápice del poder directivo de la influencia hasta su nivel más bajo, donde todas sus características residen en sus detalles. Pues la intención es forzar al mal a que descienda para que se convierta en el más insignificante de todos los elementos de la creación. Esa degradación del mal constituye una de las mayores fuerzas de perfección del universo, que hace que el atributo del bien obtenga gran preponderancia por encima del mal. Es por este motivo por lo que en el establecimiento mismo de los órdenes, el Creador aisló los órdenes del bien para su disposición y perfeccionamiento, y los del mal para su descenso progresivo de nivel. Porque en la medida en que se perfeccione cualquiera de los órdenes del bien, en esa misma medida se degradará uno de los órdenes del mal; y cuando los órdenes del bien alcancen el nivel de perfección completa, el mal se habrá reducido por completo, y el mundo alcanzará su perfección destinada. Esto nos proporciona una nueva comprensión de (Ezequiel 26:2): “Yo me llenaré con ella que está desolada”, que nuestros Sabios explicaron (Meguilá 6a): “La santidad “se llena en la medida en que el mal” está desolado”. Porque de eso se trata el servicio Divino, donde Dios creó el bien y el mal, y el

descenso del mal depende por completo del ascenso del bien, y viceversa, Dios no lo permita. Dios nos hizo conocer todos los actos que son necesarios para el ascenso del bien en todos sus órdenes, de lo que naturalmente surgirá el descenso del mal en todos sus órdenes, y la perfección última y total del universo.

ALMA: Ahora entiendo. Y en verdad se trata de un orden muy apropiado para la comprensión de la conducta de Dios, que está arraigada en Su sabiduría, y revela las características del mundo y cómo todo lo que allí ocurre no es arbitrario y fortuito, sino perfecto con una sabiduría muy profunda, a fin de alcanzar un perfecto fin.

INTELECTO: Finalicemos el análisis del poder directivo de Dios diciendo que una vez que la Voluntad Suprema fijó el límite del mal, estableciendo y delimitando su dominio, estableció un poder directivo beneficioso, apropiado para el mundo en el que se había creado el mal. Pero lo que quiere la Voluntad Suprema con la existencia de este mal es, en síntesis, que permanezca el tiempo que se le asignó y luego desaparezca de la existencia. Y desde el mismo comienzo del mundo Él condujo el mal hacia su fin providencial, en que el mal será erradicado por completo del mundo. Esto constituye un poder directivo en particular que ya mencionamos antes al referirnos a la revelación de la unidad de Dios. Pero mientras Él quiera que el mal exista, hace falta otro poder directivo, pues su creación no fue en vano, sino en pos del servicio Divino del hombre. Por eso hace falta un poder directivo para tal servicio en todos sus aspectos.

No te quepa duda de que los actos virtuosos no benefician en nada al Eterno, ni los actos de maldad Le resultan de ningún modo perjudiciales. Ya se ha dicho (Job 35:6-7): “Si tú has pecado, ¿qué haces contra Él? ... Si tú eres recto, ¿qué obtiene Él de ti?..”. Mas el Eterno ha creado una especie

de poder directivo con características y rasgos particulares que Él sabía que conducirían a este fin. En dicho poder directivo se estableció un sistema de méritos y obligaciones, por el cual es posible calificar de “beneficioso” al cumplimiento de los preceptos y de “perjudicial” a la transgresión de los mismos, no en referencia a beneficiar o perjudicar a Dios, sino a lo que Él desea obrar con nosotros. Esa es la intención de la frase “Cuando Israel cumple con la voluntad de su Creador, agrega poder a la fuerza del Cielo...” que nuestros Sabios explicaron (Yalkut Shimoni, Haazinu 945). De igual modo el significado no es que Él puede actuar sólo por medio de las acciones de las criaturas terrenales, sino que Él no desea actuar de otro modo. Y es por ese motivo por el que los actos virtuosos equivalen a Su “honor” y los actos de maldad, a lo contrario, Dios no lo permita. Vemos, entonces, que lo que Dios creó en el comienzo de esta ordenanza referente al servicio Divino es la posibilidad del beneficio por medio de la realización de actos virtuosos y la del perjuicio, por medio de los actos de maldad, todo lo cual fue creado y dispuesto únicamente por la voluntad del Eterno. Y esto se denomina “el poder directivo del bien y del mal”, donde “bien” se refiere a todos los órdenes perfeccionados y a todos los beneficios que resultan de los actos virtuosos, y “mal” a lo contrario, a todos los perjuicios que resultan de la transgresión.

Después de esto es necesario establecer los elementos de recompensa y de castigo, es decir, el bien que se le acordará a quien realice un precepto y el castigo que recibirá quien lo transgreda. Y la recompensa y el castigo deben ser de dos tipos: los de este mundo y los del Mundo Venidero. Además debe crearse un orden jerárquico para los seres humanos, el status del bien y del mal, relativo a la cercanía o distancia de ellos con respecto al Eterno, en un orden estricto y correlativo con sus actos. Además debe permitirse la corrección de los defectos -la institución del arrepentimiento- y el sufrimiento en este mundo o en el que viene. Todo esto constituye un

poder directivo necesario para todo el período de la existencia del mal. Se puede observar cuánta y cuán profunda es la sabiduría necesaria para el ordenamiento apropiado de todas estas cosas. Y todo esto además del profundo poder directivo que dirige la generalidad de la existencia hacia la perfección completa, y hacia la total erradicación del mal de la creación, y todo lo que dicho poder directivo requiere. Ese es el poder directivo fundado sobre el ocultamiento de la perfección Suprema y subsecuente revelación. Y el término de ese poder directivo es el término del ciclo, es decir, de todo el ciclo, desde el ocultamiento de la perfección Suprema hasta su revelación, tal como explicamos antes. Son estos dos poderes directivos los que debemos elucidar; si no todos sus detalles, que son infinitos, al menos sus principios generales, en la medida en que podamos.

ALMA: Se trata de dos fundamentos de gran importancia, y no cabe duda que allí subyace una gran sabiduría y un profundo conocimiento.

INTELECTO: En primer lugar explicaremos el poder directivo de la recompensa y del castigo, por ser el más evidente.

ALMA: Habla, que te escucho.

INTELECTO: Primero te diré algo acerca de dos -que son tres- fundamentos básicos de este poder directivo, después de lo cual analizaremos sus detalles en forma individual, para que se te abra el camino a su entendimiento.

Dentro de los actos que el Eterno obra para nosotros mediante los poderes directivos y caminos particulares que Él desea, debemos distinguir dos variedades de gobierno. La primera tiene que ver con todo lo relacionado con los actos de Dios y comprende todos los modos y características de Su

influencia. La segunda incluye todo lo relacionado con el efecto que esa influencia ejerce sobre nosotros, y comprende todos los modos y características de la influencia del Eterno sobre nosotros.

La primera variedad, la de Su influencia, puede a su vez dividirse en dos partes. Pues está escrito (Deuteronomio 8:5): “Así como el padre reprende a su hijo, así el Eterno tu Dios te reprende”. Es decir que la reprimenda de Dios no se origina en la venganza, ni tampoco es el golpe de un enemigo, sino que procede de Su amor a Sus hijos, como está escrito (Proverbios 13:24): “El que escatima la vara odia a su hijo, pero el que le ama le castiga de vez en cuando”. El castigo, entonces, surge del amor verdadero, y vemos que el castigo abierto proviene de un amor oculto. De esta raíz se desprenden dos resultados positivos: el primero, que el castigo mismo, incluso cuando se lo suministra, no se lo suministra con gran ira sino con una gran atenuación, debido al amor oculto que no permite que el enojo domine en toda su crueldad. El segundo, puesto que cuando Dios lleva a Sus criaturas a juicio, la intención oculta sólo es clemente y buena, a veces, si Él halla que ellos no tienen la fuerza suficiente para soportar el veredicto, obra con ellos con piedad, y quita Su mano del juicio por completo, como está dicho (Avodá Zará 3b): “Se levanta del trono del juicio y Se sienta en el de compasión”. Ahora estamos en situación de comprender estos tres resultados y de explicar sus detalles y las condiciones que los complementan. Sin embargo, primero debo hacer una introducción, que resultará muy obvia a quienes son bien versados en la sabiduría y sus demostraciones.

ALMA: Continúa.

INTELECTO: El gran maestro, Maimónides, comentó acerca de la idea de “nacimiento” que aparece en la Biblia en situaciones que no guardan

relación con el nacimiento de seres humanos (Guía de los Perplejos 1:7): “La idea de “nacimiento” se usó en sentido figurado en relación a la creación de los objetos naturales, (Salmos 90:2): “Antes de que nacieran las montañas”. También se usa del mismo modo en relación a la creación de pensamientos y a las opiniones y conclusiones que necesariamente se desprenden de ellos, como en (Salmos 7:15): “Da luz a la falsedad” y en (Isaías 2:6): “Se placen con enlazarse con hijos de extraños””. Esta expresión y todas las otras expresiones similares se pueden utilizar de modo figurativo con relación al pensamiento. Así como respecto de aquello que ha sido creado puede decirse que “ha nacido”. Del mismo modo aquello que se encuentra en estado potencial, a la espera de su efectivización, puede denominarse con el término “concepción”, como lo ilustra la propia Biblia (Salmos 7: 15): “Él concibe el engaño y da luz a la falsedad”. Porque a todo lo que se puede atribuir un término, también puede atribuirse cualquiera de sus aspectos.

Ahora sabemos que toda conclusión deducida en forma válida tiene sus progenitores, es decir, sus premisas originales. El pensamiento generado se encuentra en un estado de potencialidad dentro del progenitor, antes de que sea generado. Y cuando se lo genera, pasa de la potencia al acto. Además, como en todos los objetos perfeccionados su perfección se sobreañade a su existencia -pues el objeto puede existir sin esa perfección-de cualquier modo la causa generadora de ese objeto contiene dos factores: su existencia y su perfección. Pues la causa de la existencia es la causa de la perfección y la causa de la perduración de la existencia, pues la perfección del efecto no es más que la perfección implícita en la causa generadora. Una vez que genera todo lo que su naturaleza puede generar, el objeto generado será completamente perfecto. Todo esto lo saben muy bien aquellos que transitan por el sendero de la sabiduría.

Ya se ha explicado que todos los aspectos de la creación están

interrelacionados, pues todos surgen los unos de los otros, y todos juntos forman un lazo y una creación general, que no está completa si no se cumplen todos estos detalles. Y en esto reside la belleza y la perfección del mundo. Esto nos proporciona una perspectiva muy amplia para la contemplación y el análisis de la sabiduría del Creador en Su creación. Porque debemos recordar que todos los factores del poder directivo del Eterno tienen, en este propio poder directivo, un factor anterior del cual debe surgir necesariamente, y que puede considerarse como su causa y progenitor. Y es esta causa la que genera y perfecciona el factor que genera por necesidad. Todo esto está comprendido en los mecanismos a que nos referimos antes, que circulan en el universo, desde las alturas celestiales hasta las profundidades más grandes: todas las creaciones celestiales y terrestres, superiores e inferiores, están conectadas entre sí, pues las unas generan a las otras, y necesariamente proceden las unas de las otras. Y así cuando Dios ejerce alguna de Sus influencias, debemos distinguir no sólo lo que la influencia influye en el mundo, sino también cualquier factor adicional que su naturaleza deba generar inexorablemente. Lo que surja de ella en la creación será siempre un reflejo de eso mismo que está en su naturaleza. Sin embargo, si Dios así lo desea, y hace que ese factor inexorable pase de la potencia al acto, entonces también en este mundo producirá un efecto más pronunciado y más claramente delineado, resultado de haberse originado en la influencia en forma activa. Porque en el comienzo fue sólo un reflejo de lo que incluyó la primera influencia, pero ahora su esencia se originará en la realidad. Y aquí también su esencia se dividirá en imperfección y perfección. Todas estas consideraciones le resultan evidentes a quienes conocen la sabiduría empírica.

Cuando nos detenemos a reflexionar acerca de las creaciones del Eterno de esta manera, descubrimos una sabiduría enorme y de gran profundidad. Es entonces cuando se comprenden muchos de los secretos de la Torá, y se

resuelven muchas dudas y cuestiones relacionadas con el poder directivo de Dios y la fe en general, que poseen aquellos que no están familiarizados con estos temas.

ALMA: No me cabe duda de que es imposible adquirir siquiera un mínimo de conocimientos si no es por medio de los caminos del estudio y la sabiduría, y que quien quiera adentrarse en estos estudios sin la necesaria preparación es absolutamente irresponsable y no puede tener éxito.

INTELECTO: Hablemos ahora de la época actual, que es la época del juicio justo y perfecto del Eterno. La existencia de este mundo en este tiempo, que corresponde a todo el período del servicio Divino del hombre en todos sus aspectos y ramificaciones, depende por completo de la justicia de Dios; porque éste es el mundo y el momento que dispuso el Eterno para la revelación de la justicia de Su juicio. Y el fin de este mundo se alcanza únicamente a través de la ejecución adecuada de dicho juicio, como está escrito (Salmos 9:17): “El Eterno Se ha hecho conocer. Ha impartido justicia” y (Isaías 5:16): “El Eterno de los ejércitos es exaltado por la justicia” y (Proverbios 29:4): “El rey establece la Tierra por la justicia”. Es decir que no es para beneficio del mundo que Dios permite que los malvados se rebelen y obtengan primacía, mientras que los justos sufren la opresión y prevalece el mal. Por cierto que esto no es bueno para el mundo. El bien, por el contrario, reside en que Dios ejerce el juicio, humilla a los malvados y hace descender a los orgullosos, al tiempo que eleva a los justos y hace ascender su honor, como está escrito (Proverbios 21:15): “Proceder con justicia es alegría para el justo” y (Ídem 11:10): “En la destrucción del malvado hay alegría”.

Vemos, entonces, que el tiempo en que Dios les da sogas a los malvados y ellos se ponen fuertes y destruyen la justicia y la rectitud, puede llamarse

“sueño”, por así decirlo, con respecto a Él. Y en cuanto al momento en que Él Se despierta de este sueño está escrito (Salmos 78:65-66): “y el Eterno despertó como de un sueño... e hirió a Sus enemigos”. Porque si Dios hubiera querido verdaderamente dirigir Su mundo sólo en bondad y beneficencia, para que en el mundo no hubiera mal, sino tan sólo bien, esto se habría considerado el perfeccionamiento del mundo. Pero esto además exigiría que no hubiera lugar para la transgresión en absoluto y que no se hicieran actos que minaran el bien, que es lo que ocurrirá en el futuro, acerca del cual está escrito (Salmos 104:35): “Los pecados desaparecerán de la Tierra”, donde nuestros Sabios enfatizan (Berajot 10a) que está escrito “pecados” y no “pecadores”. En ese momento se dirá que el mundo es dirigido con bondad solamente. No existirá la Mala Inclinación, sino que los hombres necesariamente servirán al Eterno, como está escrito (Ezequiel 36:27): “y haré que caminen en Mis estatutos”. Pero que Dios aguarde a que se derrame la copa de los malvados -pues de todos modos el mundo está destinado al caos, y los malvados a ser destruidos- eso no sería ciertamente bondad sin un juicio extremadamente grave. Pues, por el contrario, tal como indicamos en el versículo antes mencionado (Proverbios 13:24): “El que le ama le castiga de vez en cuando” y (Amós 3:2): “Sólo a vosotros he conocido de entre todas las familias de la Tierra, por lo que haré recaer sobre vosotros todas vuestras iniquidades” y nuestros Sabios explican (Avodá Zará 4a) que el Eterno castiga a Israel poco a poco, para que el mal no los cubra y cause su muerte, Dios no lo permita. Por el contrario, Dios desea que se enmienden, como dijimos antes.

Vemos, entonces, que cuando Dios se inclina positivamente hacia Su mundo, Se sienta en el trono, por así decirlo, para dirigirlo en juicio constante, para purificarlo, poco a poco, de todo el mal que hay en él. Bajo ese régimen, los elementos del mundo se perfeccionan y bendicen, y todo

prospera en gran medida. Pero si, Dios no lo permita, no hay mérito en el mundo y la maldad aumenta en alto grado, Dios dice (Deuteronomio 32:20): “Les ocultaré Mi rostro” y (Ídem 31:18): “Ese día ocultaré Mi rostro”, por lo que de inmediato aumentan la oscuridad, la maldad y la ignorancia, se degrada a la sabiduría y se hace a un lado a la verdad, y todos los elementos del mundo sucumben al defecto y al deterioro. En ese sentido dijeron nuestros Sabios (Sotá 49a): “No hay día en que la bendición (eufemismo por "maldición") no sea mayor que la del día anterior”. Hasta el sabor de las frutas se pierde (Ídem 48a), y no hay éxito, ni material ni espiritual.

Ahora bien, si la única intención del Eterno fuera castigar a los malvados, el mundo ya se habría destruido por culpa de ellos. Pero como Su intención es únicamente hacer el bien, Su castigo y Su reprimenda sólo surgen del amor ya que, según explicamos antes, Él quiso establecer una existencia duradera para el mundo, incluso en la ausencia de méritos. Él Se presta a este fin y pone a disposición Su exaltada majestad y soberanía, Su total independencia de toda ley o fuerza, lo cual Le permite sustentar el universo incluso cuando faltan hombres de mérito.

Pero debes entender esto muy bien, porque debemos hacer muchas aclaraciones. Pues a primera vista parecería que el transgresor tiene ventajas, ya que el mundo perdura sin necesidad de méritos, gracias a la bondad y al amor de Dios incluso en medio de las transgresiones de los malvados. Pero si te fijas bien, verás que hay una gran sabiduría en las obras de la influencia del Eterno. Pues ya has oído que fue Dios Mismo quien creó, sólo mediante Su voluntad, el fenómeno del defecto producido por las transgresiones y el del beneficio, producido por los actos virtuosos, y que estableció ordenanzas justas y perfectas centradas en torno a este punto. Es de ellas que depende la prosperidad de este mundo en todos sus aspectos. Cuando Dios ejerce Su juicio por medio de todas estas orde-

nanzas, el mundo prospera en todas sus partes. Pero si las transgresiones llevan al Eterno a despreciar a las criaturas del mundo y a alejarse de ellas, Dios no lo permita, entonces estas ordenanzas caerán en el desorden pues el Eterno no Se regirá por ellas, y todas las obras del mundo se arruinarán, Dios no lo permita. Pero si Él sí Se rige por ellas, en grado total, todas las creaciones lograrán sus objetivos.

No obstante, existe una ordenanza para un tiempo distinto, cuando Israel tenga muchísimos méritos, y cuando el mundo adquiera la perfección absoluta. Es decir que Dios modificará la situación del mundo para bien y erradicará de él todo el mal. No existirá la Mala Inclinación en las almas de los hombres, ni defecto o pérdida en ninguna criatura, y el mundo será dirigido con gran perfección. Y ésa será la perfección del mundo, pues será adecuada a esa ordenanza. Pues el mal ya habrá sido erradicado y no habrá necesidad de más juicios, mas el mundo será dirigido con absoluta compasión y completa bondad. Y todo lo que ahora está oculto de los habitantes de la Tierra, debido a que Dios así lo dispuso -que la Tierra sea un lugar oscuro a los fines del servicio Divino, para presentarles pruebas a los hombres- en el futuro todo esto será revelado, como está escrito (Isaías 40:5): “y se revelará la Gloria de Dios”.

Sin embargo, hay un tiempo en que el Eterno Se aleja, por así decirlo, de Su mundo, y Su juicio no se realiza y Su soberanía no se revela, que es cuando el mundo merece la destrucción. Pero incluso en esa época Dios desea la existencia del mundo y lo mantiene únicamente con el poder de Su soberanía. Porque con el criterio de justicia no sería digno de existir, mas Él pone a disposición Su majestad, que no es minada por las transgresiones de los hombres, para mantener el mundo y que éste no se pierda. Sin embargo, Él no multiplica el bien, sino que, por el contrario, le da una existencia restringida, proveyendo únicamente lo estrictamente necesario para que pueda subsistir. Pues el mundo no se ha perfeccionado para que

merezca ser dirigido por medio de dicha beneficencia, sino que, por el contrario, no sólo que el mal no se alejó de él, sino que hasta creció en intensidad. Es sólo que Dios desea que Su obra no sea destruida y sustenta el mundo, si bien dentro de una gran restricción, por medio del poder de Su soberanía, aunque la justicia dictamine que debe ser destruido. Entonces se reconocerá que es para beneficio del mundo que éste es dirigido por medio del juicio de Dios y que su perfección depende de él, como resultado de la restricción que hemos mencionado, y del aumento de la maldad. Porque la naturaleza por sí misma no asciende hacia la bondad, como ocurrirá en el futuro, sino que, por el contrario, permanece dentro de los límites que fija el Eterno en cumplimiento de Su poder directivo de juicio. Pero cuando Dios Se aleja y Se oculta del mundo, no se ejerce el juicio, y el mundo se queda vacío y hueco, y los malvados reinan con toda su osadía, como bestias salvajes en la selva, sin rendir cuenta por nada. Todo es defectuoso y distorsionado, y sólo Dios mantiene el mundo, mediante la fuerza de Su voluntad que no depende de ninguna ley, hasta que Su juicio llegue a la luz, como está escrito (Isaías 51:4): “y en la luz de Mi juicio las naciones hallarán descanso”.

Al examinar todos los distintos estados del mundo con respecto a la revelación o al ocultamiento del juicio de Dios, vemos que se disponen en niveles, en el orden exacto. Existen cinco niveles, tal como explicaré cada uno en su momento, cómo fueron y cómo serán, hasta la perfección última del universo, en el futuro.

La primera época fueron los dos mil años de desolación (Sanhedrin 97a), como vemos especialmente en el exilio de Egipto. Esa es la época en que Dios Se oculta por completo de Su mundo como si, Dios no lo permita, hubiera abandonado la Tierra y no viera ni oyera los actos de los hombres. En esa situación, el atributo de justicia es como si no actuara, sino únicamente se hallara en un estado potencial, necesario para la existencia del

mundo, exigido por el orden según el cual Dios estableció Su poder directivo. Pues en Su amor por Sus creaciones, Él las mira y las contempla, por así decirlo, para saber qué hacer con ellas a fin de que alcancen la perfección total. Sin embargo, Él sólo piensa, pero no actúa, y oculta Su juicio perfecto, dejando al mundo en el vacío y la inanidad.

ALMA: Lamento interrumpirte, pero hay algo que no me queda claro, y que ya mencionaste en más de una ocasión.

INTELECTO: ¿Y qué es?

ALMA: Dijiste que cuando el Eterno oculta Su presencia, el mundo se encuentra en medio de la deficiencia, la vacuidad y la inanidad. Dime una de las dos cosas: el poder directivo ¿es de bondad o bien de justicia? Si es de bondad, debe haber bien para todo, ¿y cómo puede existir una raíz de existencia para el mal? Y si es de justicia, ¿cómo puedes decir que se oculta el juicio? ¿Acaso todas las deficiencias de este mundo no son el resultado del juicio de Dios y de Su atributo de justicia? Y te daré dos pruebas. Primero, que el mal y la deficiencia sólo pueden surgir del atributo de justicia de Dios y del ocultamiento de Su bien. Eso ya me lo explicaste en detalle. Segundo, ¿no atribuyes este ocultamiento a las transgresiones, que hacen que el Eterno oculte Su presencia del universo? Pues en ese caso, ¡claro que se trata de justicia!

INTELECTO: Has hecho una excelente pregunta. Y te la responderé enseguida. Ya te dije que la raíz de toda la existencia del mal en este mundo es el ocultamiento de la presencia del Eterno, y de que Él se rige por este atributo, que permite la existencia del mal a través del ocultamiento de Su presencia, como está escrito (Salmos 18: 12): “Hizo de

las tinieblas Su escondite”. Existen dos manifestaciones de este atributo. La primera permite que los males se fortalezcan y adquieran gran dominio, sin que la justicia de Dios se alce contra ellos y los elimine del mundo al castigar a los malvados (en cuyo caso, “Una vez que lo golpearon, es como tu hermano” [Makot 23a]), pero es una consecuencia del ocultamiento de la presencia permitir que el mal del mundo aumente y no se cure. La segunda manifestación es también una función del ocultamiento de la presencia del Eterno, pero es beneficiosa para el mundo y sus habitantes. Este es un orden en el cual las obras del poder directivo de Dios se canalizan en un juicio justo, en virtud de lo cual el mundo se ha de purificar de los males, no mediante la agencia de la bondad, que borra los pecados y los devuelve a la nada, sino por medio de la agencia de la justicia, que elimina todo el mal por medio del castigo. Porque mientras no llegue el momento en que Dios borre los pecados, no hay manera de purgar al mundo excepto mediante la rectitud del juicio. Por eso, cuando hablo del atributo de justicia, me refiero a la justicia recta que purga al mundo del mal. Pero el ocultamiento de la justicia es un aspecto de la deficiencia y no de la perfección, pues las transgresiones no se borran, sino que, por el contrario, es como si el mundo fuera despreciado y el mal se amontonara en él. Este poder directivo es una función del mayor ocultamiento de la presencia de Dios de Sus creaciones, como resultado de lo cual el mundo es relegado a la vacuidad y la inanidad.

De todos modos, debo hacer una aclaración. En verdad, Dios jamás desprecia Su obra, Dios no lo permita, y jamás abandona el mundo. Pero cuando parecería que lo ha abandonado, Él en realidad busca el bien para Su mundo, y Sus maravillas y pensamientos están dirigidos constantemente hacia la perfección del universo y no a su destrucción. Mas Él oculta Su consejo en tan gran medida que parecería que el mundo fue abandonado y los hombres sufren castigos por sus pecados. Y así dijeron nuestros Sabios

con respecto a Jacob (Bereshit Rabá 91:10 sobre Génesis 43:6): “Y dijo Israel: “¿Por qué me hiciste mal?”. Dijo Rabí Leví en nombre de Rabí Jama ben Janina:

“Nuestro padre Jacob jamás dijo nada en vano excepto en este caso”. Dios dijo: “Estoy ocupado haciendo a su hijo rey de Egipto”, y él dice: “Por qué me hiciste mal?” Esa es la intención de (Isaías 40:27): “Mi camino está oculto al Eterno...””. Es decir que todo el tiempo que Jacob estuvo desesperado por estar separado de José, Dios “hacia girar las ruedas” para hacer que José fuera rey y así permitir que Jacob viviera con tranquilidad. Pero debido a que esto estaba oculto, Jacob sintió gran aflicción. Y esto es axiomático: con respecto a cualquier ascenso que Dios desea conferirle a algún individuo o al mundo en general, todo el tiempo que el bien está en camino de materializarse, se genera sólo en las profundidades del consejo oculto, razón por la cual va precedido de sufrimiento. Es como dijeron nuestros Sabios (Berajot 5a): “Tres buenos regalos le dio Dios a Israel, y los tres fueron dados sólo con sufrimiento”.

Volvamos ahora a nuestro tema. El primer nivel en las situaciones de este mundo es el ocultamiento del juicio de Dios, que no se revela para purificar los males de la Tierra. En ese momento Dios no es conocido en Su mundo. Y ya dijimos cuándo fue eso: durante el exilio de Egipto.

La segunda situación es la época en la que no hay profetas ni visionarios ni señales ni maravillas que nos obliguen a reconocer la grandeza de Dios. De cualquier modo, (como en el caso del exilio en Babilonia) hay una revelación mayor que en el estado precedente, y cierto conocimiento de la grandeza del Eterno. Advertirás que jamás hubo un exilio como el de Egipto, ni antes ni después, en que los judíos cayeron en la esclavitud y no había Torá, e Israel no era una nación que se distinguía por sus leyes y sus preceptos, como lo es hoy. ¡Si hasta había quienes no reconocían siquiera el Nombre del Eterno! Hoy, por lo menos, tenemos Torá, y aunque estamos

en el exilio, no es una época de vacuidad como fueron los primeros dos mil años (Sanhedrin 97a). Pues tenemos Torá, como dije antes, que nos dio el Cielo, y el Nombre de Dios se ha hecho conocer entre las naciones.

La tercera situación es la época en que Dios ejerce Su reino sobre Su universo con señales y maravillas, manifiestas a todas las naciones para que sepan que Dios está en Israel, tal como ocurrió durante la época del primero y del segundo Templo. Debes saber, sin embargo, que incluso esta revelación es sólo superficial, vale decir que es una revelación en virtud de actos únicamente, de maravillas visibles, en cuya ausencia la verdadera fe no sería manifiesta. Pero no es ésta la revelación esencial: cuando Dios desea que Su gloria se revele en Su universo.

La cuarta situación es cuando Dios Se revela a toda Su creación por medio del conocimiento y la conceptualización. No por medio de maravillas, sino porque la gloria de Dios se ve y se alcanza a través de una abundancia de conocimientos y sabiduría. Ese es el significado de (Isaías 11:9): “La Tierra estará llena del conocimiento del Eterno”; (ídem 52:8): “Verán con sus propios ojos, el Eterno retornando a Sión”; (ídem 40:5): “y será revelada la Gloria del Eterno y a una la verá toda carne”. Porque entonces no habrá necesidad de señales ni maravillas para sustanciar la fe, sino que ésta se confirmará por medio del conocimiento y la percepción, tal como ocurre con todos los profetas y todos los ángeles, que reconocen a Dios a través de los poderes de su percepción. Y este es un conocimiento claro y verdadero, que no está sujeto a dudas. Ésta, en verdad, fue la percepción de todo Israel en el Monte Sinaí, pues está escrito (Deuteronomio 5:4): “Cara a cara habló el Eterno con vosotros en el monte, en medio del fuego” y (Éxodo 20:22): “Vosotros visteis que desde el Cielo os he hablado” y (ídem 19:9): “Para que oiga el pueblo mientras hable contigo y también en ti creerán para siempre”. Es así como la creencia no dependerá de maravillas, que es una situación en que algunas dudas concernientes a las maravillas pueden crear

confusión en la propia creencia, sino que el conocimiento será totalmente claro, producto de la visión y la percepción, y no sujeto a ningún tipo de dudas.

Pero hay ascensos en la naturaleza del hombre; y en conformidad con el ascenso de su naturaleza y su refinamiento, así crecerá su percepción y su conocimiento. Eso es evidente. Y ésta, en general, es la quinta situación, la época de los ascensos, el ascenso de la naturaleza del hombre y su percepción. Porque mientras el poder directivo de Dios y Su reino no se hayan revelado con una claridad perfecta, es decir, por medio del conocimiento, aunque sea una sola vez, en el primer nivel, se considera que esta justicia no se ha revelado aún, y el reino de Dios no se ha establecido con claridad. Pero una vez revelados, esta justicia se ha reconocido. A partir de ese momento, sólo hay sumas y ascensos, que tienen lugar después de la primera revelación. Porque entonces Dios refinará la naturaleza del hombre, y en conformidad con ese refinamiento se le darán a conocer nuevas revelaciones de la gloria y la grandeza del Eterno.

Este es, entonces, el orden de los niveles que estableció el Creador para el atributo de Su justicia, desde el comienzo hasta su finalización. Al comienzo es sólo en estado potencial, no real. Luego, se revela un poco, pero no se considera aún que se haya revelado, pues todavía requiere la adición de elementos que atestiguarían su presencia, es decir, de señales y maravillas. La revelación por medio de las señales completa lo necesario para la revelación de la justicia, pero sólo con respecto a lo que Le es externo. Existe otra revelación con respecto a Dios Mismo, que es por medio del conocimiento y la percepción por las cuales Él es percibido. Y hay además una adición de revelaciones de Dios en conformidad con el ascenso de la naturaleza de los que aspiran a percibirlo. Y ahora te demostraré algo muy hermoso: cómo cada uno de estos niveles tiene su contraparte en el mundo.

ALMA: Me encantaría oír eso.

INTELECTO: Observa la formación del hombre en sus distintos niveles. Dios ciertamente habría podido crear al hombre completamente formado en todos los aspectos que Él hubiera querido el hombre cuando nace está incompleto, y se va desarrollando poco a poco. Verás que esto es una precisa analogía de la gloria de Dios y Su poder directivo en la revelación de Su soberanía, que corresponde a Su dirección y manejo del mundo en estas cinco situaciones que hemos mencionado, y que corresponden, a su vez, al crecimiento del mundo, que es paralelo al crecimiento del hombre. En este gran orden de niveles se descubre la gloria de Dios.

El comienzo mismo del hombre resulta de la conjunción de los que son socios en su formación, es decir, su padre y su madre -que corresponden a los progenitores de cualquier objeto generado. Pero él está oculto en el vientre de su madre durante todos los meses de su gestación. Luego nace e ingresa en el medio de este mundo, continuando su proceso gradual de crecimiento. Sin embargo, no está completo, ni en estatura ni en intelecto, hasta una vez finalizado el proceso de crecimiento. Primero se desarrolla intelectualmente hasta que debe cumplir los preceptos, a la edad de trece años. Pero aún entonces no está completo, sino que es tan sólo un joven. Entonces el proceso de desarrollo continúa hasta que se efectiviza por completo. A partir de ese momento experimenta un ascenso tras otro, a medida que va envejeciendo: la gloria de los ancianos, la corona de las canas, la sabiduría de los mayores. Todo esto es contraparte del orden de Sus acciones según los niveles antes mencionados. Vemos, entonces, que es el propio hombre, guiado por el Eterno, quien refleja esta guía en sí mismo, tal como mencionamos antes.

ALMA: Me parece lógico que la forma del hombre refleje los misterios

supremos de los actos del Eterno.

INTELECTO: Lo mismo ocurre con todas las demás creaciones del mundo. Cada una de ellas corresponde a uno de los misterios de la ordenanza de Dios. La Inteligencia Suprema diseñó para cada uno de los órdenes contrapartes en el mundo. Ésa es fuente de la multitud de creaciones que existen, donde cada una refleja uno de los órdenes de Su ordenanza. Y todos los accidentes de una creación en particular, en todas sus formas y propiedades, son juzgados en relación con los aspectos de ese orden que reflejan. Es como si todos los atributos del Eterno fueran raíces, y las creaciones fueran sus ramas. Pues la esencia de las creaciones deriva de la esencia de dichos atributos. Y ésta es la base de las visiones proféticas en que, cuando el Eterno quiso revelar alguno de Sus atributos a los profetas, les mostró, en una visión profética, un león o un buey o alguna otra imagen característica de estas visiones.

Ahora completaremos nuestro tema. A partir de lo que explicamos vemos que para cada atributo de la conducta de Dios existe la esencia del atributo y la actuación de ese atributo, es decir, el agente por medio del cual se revela esa esencia. Pues el juicio -la generalidad de la recompensa y el castigo, ya sea para bondad o para “la vara”- se resume bajo tres títulos: el atributo de bondad, el atributo de justicia y el atributo de compasión. Pero la actuación de este juicio, en sus distintos aspectos, varía de época en época, aumentando o disminuyendo, y así la revelación es mayor o menor. Esto se puede comparar al caso de los hombres, quienes, si bien se parecen en sus miembros, sufren grandes variaciones en su fuerza los unos de los otros, y así puede ocurrir que un hombre puede hacer aquello que su vecino no puede, y en un mismo individuo hay una variación de fuerza de un tiempo a otro. Esto es evidente. Aquí también el Eterno dirige el mundo constantemente por medio de este atributo de juicio y mantiene todas las

leyes de la creación arraigadas en los modos de Su juicio, pero a través de una revelación mayor o de un ocultamiento. Y en esto residen las diferencias existentes entre los distintos días del año, los días sagrados y los días no sagrados, en que la diferencia consiste de una mayor o menor revelación de la influencia de Dios en la agencia de Su santidad, tal como explicaremos más adelante, con la ayuda de Dios. Pero ya que todos los aspectos de Su ordenanza están así establecidos, cada efecto con su causa, es obvio que las causas deben contener en sí mismas todo lo que debe distinguirse en los efectos. Por eso debemos comprender en detalle la naturaleza de las causas y el modo en que producen sus efectos, para poder así entender los distintos estados del efecto. Pero a fin de comprender esto bien, debemos analizarlo más profundamente.

ALMA: ¿No basta con lo que ya se dijo? ¿Estas ideas no son suficientes para la comprensión de la conducta de la creación?

INTELECTO: Lo que dijimos es correcto, mas debemos comprender que es la Guía Suprema la que determina la esencia de las criaturas guiadas. Y ésta es la profundidad adicional necesaria a la que aludí antes, es decir, el conocimiento de la esencia de las creaciones y todos sus variados accidentes como funciones de dicha ordenanza.

Ya hemos analizado el tema de este mundo degradado, un lugar oscuro y deficiente, cuyos accidentes son oscuros y deficientes. Además explicamos que todo lo que existe se origina en Su voluntad y depende por completo de Su decreto y Su palabra. Por eso la oscuridad de este mundo es producto de la palabra del Eterno, que la establece en este carácter. Si Él así lo hubiera deseado, habría podido iluminar esa oscuridad, elevando y ennobleciendo al mundo. Esto es evidente. Pero en cuanto a la esencia del mundo y del hombre, ya sea alta o baja, tenemos un amplio espectro de observación o

reflexión, pues hay una profunda sabiduría en la comprensión de los grados de ascenso y descenso que son posibles en el hombre dentro de su mundo. En verdad, no hay fin a todos los detalles de este tema, mas los principios generales no son tan numerosos, y pueden servir de claves para la comprensión de los profundos misterios de los actos del Eterno.

Digamos ahora que la decisión de Dios de gobernar Su mundo por medio del atributo de juicio -el agente de la recompensa y el castigo- requirió la presencia del bien y del mal en el mundo, y, como consecuencia natural, el hombre está formado de una naturaleza tal que está sujeto a ese poder directivo y es susceptible de ambos: del bien y del mal, en igual medida. Lo opuesto ocurriría si el Creador hubiera querido gobernar el mundo en Su bien y la luz de la presencia de Su bondad. En ese caso todas las creaciones deberían ser completas y perfectas en virtud de la iluminación de la presencia del Eterno, y no habría mal en el mundo, y la naturaleza del hombre sería tan pura que sería inmune al mal, y susceptible únicamente al bien, a la gloria, a la iluminación, y a la sabiduría. Vemos, entonces, que la naturaleza del hombre, ya sea en sus ascensos como en sus descensos, depende completamente del poder directivo que Dios estableció para el hombre, que busca en la esencia del hombre lo que busca en Su poder directivo. Es en el atributo de juicio, entonces, que reside la degradación del mundo, el hecho de que el mundo y sus accidentes son degradados y deficientes. Eso es lo que ya te expliqué con relación a la influencia de Dios: que en virtud de ser la influencia del Eterno debería haber sido una influencia de enorme santidad y de manifestaciones nobles y elevadas. Pero Dios quiso vestirla con prendas oscuras, que le son inapropiadas, ya que así lo exige el objetivo al que aspira el mundo.

Pero aunque este mundo es degradado y oscuro, si lo observamos con cuidado comprobaremos que no es tan oscuro hasta el punto de no poseer ninguna luz, sino que dentro de él también hay aspectos de luminosidad. Es

decir, que la terrenalidad corporal que se atribuye a la animalidad que reina en este mundo constituye la oscuridad que reconocemos en él. Pero no es totalmente carente de aspectos de luz, es decir, lo que no es terrenalidad sino espiritualidad. Porque, de cualquier modo, en los hombres hay conocimientos y sabiduría y, todavía más, hay Torá, y está el espíritu divino: todo lo que no pertenece a lo terrenal. Todos ellos nos enseñan que en este mundo hay una mezcla de luz con oscuridad, y que al comprender los niveles de oscuridad y de luz en todos los lugares y los momentos, y sus niveles de oscuridad y de luz aislados, podremos entender la naturaleza de todos sus distintos estados. Ya hemos hablado de la naturaleza y la fuente de la oscuridad y de la iluminación. La oscuridad es toda terrenalidad y corporalidad natural; la iluminación es toda espiritualidad, y es eso lo que separa todas las criaturas terrestres, degradadas y profanas, de las sagradas criaturas celestiales, que son pura iluminación sin terrenalidad. La fuente de la oscuridad está en que Dios manifiesta la influencia espiritual no como correspondería a la influencia Divina, sino al nivel de este mundo degradado. La fuente de iluminación es la manifestación de la propia influencia Divina, en su espiritualidad y santidad.

Cuando Dios quiere dirigir Su mundo con juicio, Él hace que Su influencia se someta, por así decirlo, a los actos de las criaturas terrestres, y así sus actos virtuosos activan Su influencia para el bien y sus actos de maldad excluyen la beneficencia de Su influencia, como ya explicamos antes. Y cuando Él desea dirigir Su mundo sólo con amor, Se hace valer de Su soberanía, que no depende de ninguna ley y es absolutamente independiente de las creaciones, como está dicho (Isaias 48:11): “Por Mí, por Mí lo haré”. En ese caso, no hay lugar para el mal, sino únicamente para el bien. Entonces cuando dirija Su mundo con amor y con soberanía, proyectará una influencia Divina y sagrada sobre todas las criaturas, por medio de la cual ellas se santificarán, como está escrito (Isaias 4:3): “y sucederá que lo

que quede en Sión y lo que quede en Jerusalén será llamado “santo””. Pero cuando Él desee dirigir el mundo con juicio, no proyectará una influencia espiritual, sino únicamente lo que corresponde a la corporalidad.

Hallamos, entonces, tres niveles en la influencia Divina.

Primero, la influencia de corporalidad, que crea objetos degradados; segundo, la influencia de pura espiritualidad, que mueve todo el universo en el sendero de la santidad, completamente, en todos sus aspectos; tercero, la influencia que combina luminosidad con terrenalidad, es decir, que permite la existencia de esencias espirituales incluso en esta época de corporalidad. Estas esencias no modifican lo corporal, como ocurre en el segundo nivel, pero le confieren luminosidad de acuerdo con sus respectivos niveles. Esta tercera influencia no es, entonces, del segundo tipo; pues la segunda clase de influencia elimina la oscuridad de la terrenalidad, mientras que la tercera no. Por eso es inferior a la segunda clase y deriva de ella: su dominio también es el de la espiritualidad y la iluminación. Pero el Creador, que dio origen a todos los estados de la existencia, creó todas estas variedades dentro de la influencia, es decir, una variedad de influencia que santifica por completo a sus objetos; de la cual, a su vez, deriva otra variedad de influencia, que santifica a su objeto, pero no totalmente; y además dio origen a la primera variedad que mencionamos, una influencia de corporalidad únicamente. Además combinó dos variedades, la primera y la segunda, en las combinaciones particulares que Él dispuso, y en combinaciones alternadas, aumentando una vez y disminuyendo la siguiente, y produciendo resultados correspondientemente alternativos en el entretejido del mundo. Es con esta combinación que se produjeron, incluso dentro del hombre corpóreo, entes de luminosidad, como son la Torá dentro del universo y el espíritu divino dentro del hombre, tal como explicamos. Y aquí, en especial, reside la alternancia de sagrado y profano. Pues con el aumento de la mezcla de la

influencia espiritual con la influencia corporal seguirá un aumento de la luminosidad sobre la terrenalidad en el hombre. Y el Shabat sagrado es más elevado que todos los otros días porque Dios le aumentó el elemento espiritual y las influencias Divinas que mencionamos. Y todas las demás fiestas, de acuerdo con sus niveles, son similares en ese sentido: son todos días en los cuales la influencia espiritual es mayor, de acuerdo con sus respectivos niveles.

Otra aclaración esencial: ya te he explicado la degradación original de la naturaleza del hombre y la subsecuente degradación después de la transgresión de Adán, donde la corporalidad original equivale a la espiritualidad de después de la degradación. Ahora el mundo debe ascender de sus degradaciones y es en torno a este punto que gira el poder directivo de Dios. Pero antes el mundo debe perfeccionarse en su condición inferior, al producir por sí mismo toda la abundancia de luminosidad que se presta dicha situación y entonces adquirir todo lo que posibilita dicho ascenso, y así sucesivamente, un ascenso tras otro.

ALMA: Todas estas aclaraciones son fundamentales para comprender las situaciones del hombre en su mundo y lo que se le ha decretado en todos sus momentos.

INTELECTO: Ahora regresaremos al tema del juicio y amor que mencionamos antes. Ya sabes que hay dos cosas que debemos tener en cuenta respecto de los actos de Dios, y que están conectadas entre sí: los atributos del poder directivo, y la esencia y situaciones de los que están sujetos a su guía, donde las características de uno están unidas e interrelacionadas con las del otro.

Ahora finalizaremos el tema de este poder directivo. Ya sabes cómo el castigo mismo surge del amor, como está dicho (Proverbios 13:24): “Pero el

que ama a su hijo a veces lo castiga”. Porque el padre que ama a su hijo no quiere que se llene de defectos sino que, en su amor por él, establecerá un plan de conducta que le permitirá tratar a su hijo con gran comprensión, hasta que haya corregido su comportamiento. Y a partir de entonces (Idem 23:24): “El que críe un hijo sabio tendrá alegrías de él”. Será un padre clemente con su hijo y el hijo le pedirá favores a su padre y él consentirá.

Vemos, entonces, que Su amor por Su hijo ciertamente Lo hará tratar con afecto a aquel que sigue un sendero de rectitud, y a concederle una gran recompensa. Y en virtud de Su propio amor, que desea su bien y no su mal, Él querrá castigarlo si es que se descarría. Y en virtud de Su propio amor Él querrá tratarlo en un término medio: con la mano izquierda lo rechazará y con la derecha lo acercará (Sota 47a). Es de la propia fuente de amor, entonces, que brotan los tres atributos: de bondad, de justicia y el camino intermedio de la compasión. Y el amor se encarga de sazonar el castigo - incluso en el momento de su ejecución- con alguna atenuación, y no con enojo cruel ni ira irrefrenable, y que sea difícil de originarse y fácil de conciliar. Y también se encarga de ejercer a veces total indulgencia y absoluta caridad, sin prestar ninguna atención a la balanza del juicio, sino multiplicando el bien en su deseo de bondad.

Al analizar la actividad de este amor, vemos que lo caracterizan dos elementos. El primero es el amor de la bondad y el deseo de la bendición y del bien, que es su principal característica. Esto, a su vez, se divide en dos partes: la primera, que es la orientación hacia la atenuación de la justicia y el castigo incluso en el momento de la ejecución, para que el fuego del cielo y la ira de Dios no ardan violentamente, Dios no lo permita, y el mundo no se consuma. El segundo, el pasar por alto la justicia completamente cuando el mundo así lo exige, como ya se afirmó muchas veces (Berajot 7a): ““Y seré clemente con quien sea clemente” ... aunque él no lo merezca”. Ese es el concepto de los trece atributos de piedad, que jamás son activados en

vano (Rosh Hashana 17b), tal como lo atestigua la propia Torá (Éxodo 34:6): “Y mientras pasaba el Eterno por Su rostro”... Su rostro de enojo, tal como está escrito (Éxodo 33: 14): “Pasaré Mi rostro”... el rostro del enojo.

El segundo elemento a distinguirse en la naturaleza de Su amor es que de ese mismo amor surge Su juicio, en todos sus poderes directivos generales - bondad, justicia y compasión- y en sus órdenes específicos, que complementan a estos tres, tal como mencionamos. Y es el decreto para un atributo de amor el que da lugar a este atributo de justicia, y en cuyo poder está ejercer el juicio, además. Sin embargo, si el decreto no hubiera contenido en sí mismo la manifestación en acto de este atributo de juicio, tal manifestación no tendría por qué haber surgido, ya que no hay obligación con respecto al Eterno, sino que todo es voluntad pura. Sin embargo, debido a que el propio decreto dictaminó tal manifestación de juicio de la potencia al acto, la manifestación tuvo efecto.

Debes saber que para todo lo que se hace hay órdenes y condiciones específicas, únicas y necesarias para su efectivización. Está el atributo de amor y sus órdenes, que lo efectivizan; está el atributo de juicio y sus órdenes, que también lo efectivizan. E incluso este fenómeno de juicio que se manifiesta en acto a partir del amor tiene órdenes que lo efectivizan, es decir, que ponen en efecto esta manifestación. Pues la sabiduría actúa por medio de distinciones minúsculas, Ínfimas, y todos los que multipliquen estas distinciones merecen alabanzas. Y si bien no podemos conocer todas las distinciones específicas debido a su número infinito, sí nos es posible reconocer los principios generales tras ellas.

El decreto para la manifestación del juicio en acto necesita de la consideración de todas las creaciones en sí mismas a fin de determinar todo lo necesario en relación a sus naturalezas y qué tipo de juicio debe establecerse según sus necesidades. Aquí también se establecen primero los órdenes principales de juicio en general, tras lo cual se distinguen todos sus

modos en forma individual, uno tras otro, y todos ellos exigen de consideración para su adecuado establecimiento. Y esto es evidente: no hay ningún punto específico que no provenga de un principio general. Y después de esta consideración total se establecen los juicios dentro de sus órdenes; pues ciertamente no hay juicios sin suficiente razón en todos sus detalles. Sin embargo, los juicios son una cosa y sus razones son otra, y no debemos confundirlos entre sí. Pero sepamos que todos los juicios que estableció Dios para todos los ejércitos del Cielo y de la Tierra, y todo el poder directivo por la cual Él los gobierna son el resultado de que Él haya contemplado a todas Sus creaciones en Su sabiduría y entendimiento a fin de decretar lo que se necesita para ellos y de establecer este decreto en Su poder directivo. Y es dentro de esa contemplación que están incluidas todas las razones de estos juicios. El que sabe lo que contempló Dios y acerca de qué reflexionó al establecer Su juicio sabrá las razones de Su juicio. Y al revelar Su secreto a Sus profetas y darles parte de Sus juicios, les da parte primero de lo que Él contempló al establecer todos los órdenes de estos juicios.

Vemos, entonces, que es esta contemplación, en su totalidad y en detalle, la que da origen al juicio en todos sus órdenes, con todo lo que a él se relaciona, y que de ella depende la alteración del juicio y sus órdenes, según lo dicten todos los ascensos y descensos que necesita el mundo, así como todas las nuevas enmiendas necesarias con el paso del tiempo. Esta contemplación jamás se desvanecerá. Le da al mundo su existencia en todos los períodos y épocas y en cada momento, todo en el tiempo y estación correspondientes. Además origina para el mundo ascensos y aumento de su fuerza según lo exige su perfección. Pero para entender esto bien debemos analizarlo con más profundidad.

ALMA: Es evidente que la sabiduría no tiene fin, y que hace falta estudiar

mucho para entender los conceptos a fondo.

INTELECTO: En ese sentido está escrito (Eclesiastés 7:23): “Dije: “Tendré sabiduría” pero estuvo lejos de mí”. De todo lo dicho se desprende que el Eterno se encuentra totalmente más allá de la comprensión de todas Sus creaciones, y que Su naturaleza es libre por completo de todo lo que puedan concebir nuestras mentes o nuestros pensamientos. Mas Él quiso proyectar de Sí Mismo ciertas influencias que nos resultan relevantes y beneficiosas, en virtud de lo cual le adjudicamos Sus muchos atributos y decimos Sus alabanzas únicamente con nuestros escasos poderes. Y ya explicamos antes que Dios creó para Sus actos ciertos atributos y ordenanzas que se Le adjudican, así como le confirió al alma ciertas cualidades y características. Pero ya conocemos la gran diferencia entre estas características y las características del alma. Pues el alma posee estos atributos, que se le sobreañaden a su esencia, mientras que no podemos decir lo mismo del Eterno, Dios no lo permita. Pues sabemos que Él no es susceptible de accidentes ni discriminaciones adjudicables a Sus creaciones, y sólo Le adjudicamos estos atributos como una forma de expresión de Su influencia sobre nosotros mediante Su influencia y Su supervisión, pero de ningún modo Le adjudicamos realmente esas cualidades. Ya explicamos esto en su momento, y el pensador de los pensadores, nuestro maestro, Maimónides, ya se explayó sobre este tema en su *Guía de los Perplejos*.

Sabemos, entonces, con certeza, que incluso aquellas cualidades que sí distinguimos en Sus actos sólo fueron creadas para nosotros, y son representativas de nuestro nivel y no del suyo. Y la generalidad de Sus cualidades que Él originó para Sus actos son las fuentes de todo lo que se hace con Sus creaciones en todos los momentos. Ellas conforman un excelente modo de ordenanza hacia la perfección de todas las creaciones,

dispuestas según niveles, una por encima de la otra, hasta llegar al ápice de todo lo que comprenden esas cualidades. Sin embargo, la discriminación de esa jerarquía se percibe únicamente por medio de Sus actos. Es decir que cuando cotejamos todo lo que hace el Eterno con Sus creaciones y definimos todo correctamente, y consideramos estos actos los unos frente a los otros, llegamos a un estado de las cosas en el cual un acto puede considerarse más noble que otro y, en consecuencia, por encima de él dentro de la jerarquía. Y adjudicamos atributos al Eterno de acuerdo con los actos que surgen de Él. Y en conformidad con el orden de los actos, adjudicamos orden y valor a los atributos. Y sabemos de sabios que eran muy versados en los modos de las ordenanzas y que, por lo tanto, podían pronunciar ciertas cualidades -y, consecuentemente, los actos de ellas surgidos- en su mutua y variada interrelación. Porque si bien cada cualidad es ciertamente un ente en sí misma, el Eterno hizo que las cualidades estuvieran interrelacionadas, para que la efectivización de un factor exigiera la asistencia del otro, en el grado y la medida necesarios.

Existe gran sabiduría en este tema de las interrelaciones, el conocimiento de la conjunción de todos los aspectos de Su ordenanza, como eslabones de una cadena, uno inserto en el otro. Y Maimónides dice en su *Guía de los Perplejos* (I, 54): “Todo mi bien” (Éxodo 13:19) se refiere a que Dios le muestra a Moisés todas las creaciones; es decir, se las muestra de un modo tal que él puede captar su naturaleza y sus interrelaciones”. Porque entre dichas cualidades están las que pueden interrelacionarse por vía de causa y efecto, y en su unión se habrá de percibir todo lo necesario para la determinación de su relación de causa-efecto. Y están las cualidades que pueden relacionarse por vía de conjunción en una capacidad adjunta, en mayor o menor grado. O pueden relacionarse por proyección y recepción. Es decir que un cierto factor puede originarse a partir de una de las cualidades y ser recibido por la siguiente. Por ejemplo, un hombre que

piensa en algo que ve y quiere comprender su naturaleza puede utilizar primero su fuerza imaginativa y luego llevar el objeto a su mente. Pero si no utiliza ninguna otra facultad, sólo se habrá proyectado una imagen en su mente. Ahora bien, si quiere comprenderla, la facultad de la reflexión se despertará dentro de él y tomará ese objeto, lo separará, lo diseccionará y otra vez volverá a unir sus partes, dividiendo lo que es divisible y uniendo lo que debe unirse, hasta que se alcance la cognición total. Y ciertamente todo esto debe tener lugar en el alma del hombre antes de que se alcance el fin deseado. Si bien estas actividades no son corporales sino espirituales, deben tener lugar. Y aquí vemos el objeto formado por la facultad imaginativa surgir de esa facultad y trasladarse a la facultad de la reflexión para actuar como habrá de actuar. Esta es, entonces, una instancia de la conjunción de cualidades por medio de la proyección y recepción. Esto es claro.

Vemos, entonces, que en los modos del poder directivo cada nivel inferior es causado por el que está por encima de él. Y además necesita de él, pues en la efectivización del nivel inferior, de un modo oculto, hay algo de lo que proviene del nivel superior. Por eso en el nivel inferior podemos distinguir una causa inmediata -del nivel inmediatamente precedente- y una causa lejana -de los niveles anteriores al inmediato precedente. Y todo esto con el refinamiento más preciso, con la exactitud de la sabiduría más profunda. En suma: Dios creó variedades de influencia, dispuestas en carácter, orden y nivel, a partir de cuya generalidad -de acuerdo con la naturaleza de cada una, sus interrelaciones y todas sus etapas- surge el poder directivo perfecto, el poder directivo por medio del cual Dios gobierna a Su mundo desde el día de la creación hasta el momento en que se alcance el objetivo final. Y debemos comprender en relación a todo esto cuál es la función del orden de los niveles en su disposición jerárquica y cuál es la función de las distinciones de su carácter. Pues hay cualidades e

influencias dentro del poder directivo de recompensa y castigo que dan existencia al bien y al mal, y otras, dentro de lo que es la soberanía de Dios, que perfecciona todos los defectos. Y entre las propias cualidades de recompensa y castigo están las que se ubican dentro del marco de Su bondad y otras que están dentro del marco de Su justicia. Y otras más que están dentro de un marco intermedio de compasión. Y todas ellas operan en muchas combinaciones diferentes. Están las variedades de la influencia que hay dentro del marco de la oscuridad y la terrenalidad, cuya naturaleza es oscurecer y vulgarizar todo lo que surge en el mundo. Y están las que se encuentran dentro del marco de lo espiritual, la iluminación Divina, cuya naturaleza es iluminar la oscuridad y llenar de luz a las creaciones. Y dentro de este marco hay muchos niveles, uno superior al otro. El que busca comprender, tanto como sea humanamente posible, el poder directivo del Eterno, debe tener en cuenta todas estas cosas. Debe comprender las raíces y las ramificaciones, es decir, estas variedades de influencia y sus órdenes, y sus ramificaciones, tanto en las propias creaciones como en sus accidentes. Y todo esto te resultará claro cuando hayas asimilado todo lo que te expliqué hasta ahora.

Y lo más importante de todo lo dicho, además de la operación de la ordenanza en términos de las acciones realizadas en el mundo, es el conocimiento del nivel esencial de las creaciones, ya sea en términos de su refinamiento y espiritualidad o su vulgaridad y corporalidad; su exaltación y su gloria, o su deficiencia y su bajo nivel: todos ellos surgen de estas variedades de la influencia que creó el Eterno. Porque, con respecto a Su perfección, todas las creaciones serían iguales en la esencia de la gloria y refinamiento sublime. Pero Él creó estas variedades de la influencia, cuya reflexión son todos los niveles y diferencias correspondientes que se hallan en la creación. Por eso vemos que todo depende de estas influencias creadas y de sus poderes directivos. Ya hablaré de esto más adelante. Sin

embargo, con lo que ya expliqué basta para aclararte la profunda dinámica de la primera variedad de las leyes del poder directivo de recompensa y castigo, es decir, las leyes de Su influencia. Ahora pasaremos a ver la segunda variedad: las leyes de la recepción de esta influencia.

ALMA: He oído palabras de introducción muy claras y muy importantes, que ciertamente me han aclarado la mente, librándome de toda clase de dudas. Ahora estoy lista para escuchar el resto de tu análisis, para así completar tu explicación del tema.

INTELECTO: Hasta ahora hemos hablado de la influencia del Eterno, que da origen en el mundo a todos los actos que surgen dentro de él. Lo que debemos explicar a continuación es la esencia de las creaciones terrenales, con todos los cambios que ocurren dentro de ellas y todas las leyes de su naturaleza. Ahora bien: esto también es una función de las influencias de Dios, pero, de cualquier modo, es una especie en sí misma. Porque las otras influencias son lo que Dios proyecta en la creación, mientras que ésta reside en la naturaleza de las propias creaciones, si bien también ella depende de la palabra del Eterno y sigue el modelo de las demás influencias, tal como explicamos antes. Ya hablaremos de esto más adelante, con la ayuda de Dios. Lo que debemos comprender ahora es que las acciones que Dios realiza en el mundo constituyen una categoría, y la existencia de las creaciones en relación con las cuales éstas se realizan, constituyen otra. Al analizar la primera categoría comprendemos la influencia del Eterno, y al analizar la segunda, comprendemos todos los órdenes de cambio en la esencia de las creaciones, para ascenso o para descenso, en todos los detalles inherentes a esta fuente. Paso a explicártelo. Ya he afirmado que la existencia de las creaciones también deriva de Su palabra, pues no hay existencia sino por medio de Su influencia y Su

supervisión. Si el Creador, Dios no lo permita, suspendiera esa influencia y supervisión, todas las creaciones se desvanecerían en la nada en un solo instante. Pero ciertamente que hay un poder que surge de Él hacia las creaciones, que les da su existencia. Utilizando una analogía, decimos que así como el alma mantiene al cuerpo, el cual no podría subsistir sin ella, así también la influencia de Dios mantiene a todas Sus creaciones, que se perderían sin ella. Es por este motivo por lo que nuestros Sabios llamaron a la influencia del Creador “el alma de las almas”. Y ya he afirmado que éste es un fenómeno que debe distinguirse en sí mismo, además de todas las otras influencias que Él proyecta en el mundo. Porque el único fin de esta influencia es la existencia de las criaturas, no los accidentes que surgen de ellas. Lo que debe comprenderse con respecto a esta categoría son únicamente las diferencias de los períodos temporales de las creaciones y las modificaciones de sus estados, de ascenso a descenso, tal como explicamos. Pues todos éstos son aspectos de la palabra del Eterno, implícitos en las leyes que Él estableció para la esencia de los seres creados, que no pueden elevarse ni descender más allá de lo que se implantó en sus naturalezas. Tratemos ahora de comprender lo que podamos de dicha esencia, que es adjudicable a esta influencia y supervisión del Eterno.

La principal de las creaciones es el hombre, y, entre los hombres, la congregación de Israel. Dijeron nuestros Sabios (Ierushalmi, Shabat 6, y ver Nedarim 32a): “Los ángeles se sientan fuera e Israel, adentro, tal como está escrito (Números 23:23): “A su tiempo se dirá de Jacob e Israel: ¡Qué prodigios obró Dios!””. Pero debemos distinguir dos condiciones opuestas del hombre, como dijeron nuestros Sabios (Vaikra Rabá 14a): “Si tiene méritos se le dice: “Tú precediste a todos los actos de la creación”. Y si no tiene méritos, se le dice: “El mosquito fue creado antes que ti”” Esto se debe a que no hay criatura más susceptible del mal que el hombre, pues él tiene la

capacidad de transgredir y de rebelarse, Dios no lo permita. Y la inclinación del corazón del hombre es hacia el mal desde su juventud, lo cual no ocurre con ninguna otra criatura. Por otro lado, cuando el hombre es perfecto y completo, es superior a todo lo demás. Es él quien logra la unión con el Eterno, y todas las demás criaturas le sirven, tal como lo expresa la afirmación de los Sabios antes mencionada. Y además ellos dijeron, con respecto a Israel, (Meguilá 16a), que son como las estrellas de los Cielos y la arena de la Tierra, en altura y profundidad. Porque, en verdad, la Sabiduría Suprema decretó que la verdadera esencia del hombre fuera extremadamente noble y exaltada, pero Él la degradó para que este mal pudiera dominarlo. Y una vez que está bajo, es más bajo que todas las demás criaturas, pues el mal tiene poder sobre él y sobre ninguna otra criatura. Pero cuando alcanza la perfección, retorna a su status original y se eleva por encima de todo lo demás, ascendiendo a un nivel inalcanzable para el resto de las criaturas.

El fin último del ciclo del mundo es la revelación de la Unidad Suprema, donde el mal atestigua la unidad de Dios al transformarse en bien, como está escrito (Isaias 12: 1): “Te agradeceré, oh Dios, por Tu ira contra mí”, que ya expliqué antes. No se logra nada excepto mediante la degradación de la esencia del hombre. Porque así el mal domina al hombre y cuando éste se perfecciona y asciende, el mal se transforma en bien; ya que es la propia mala inclinación la que le asegura este mérito. Se desprende, entonces, que su deficiencia es su perfección. Porque si se encontrara permanentemente en un estado sublime, no alcanzaría la perfección de transformar el mal en bien, que es la principal perfección de la creación.

Dios, en verdad, hizo que la esencia del hombre fuera grande, mas no implantó su bien en él, estando entonces en un estado constante de gloria. Sino que lo hizo como la Luna, que es oscura y debe recibir su luz del Sol, y recién entonces es luminosa. Del mismo modo, el hombre no posee su

fuerza por mérito propio, sino que se perfecciona su fuerza en mérito de su unión con el Eterno, Quien lo ilumina con la luz de Su presencia y lo transforma en un ser perfecto.

El único objetivo de Dios en todos los órdenes de Su influencia es la congregación de Israel. Su intención está dirigida a ellos constantemente, como está escrito (Salmos 40:6): “... Tus obras y Tus pensamientos sobre nosotros”. Por eso, los órdenes de Su influencia y los de la existencia de Israel corren paralelos. De modo que en cada orden de Su influencia está implantada la unión del Eterno con Israel, en conformidad con esa orden, según los ascensos para ella proyectados.

Sin embargo, debes saber un gran principio que rige el servicio relativo al hombre, y que es que todas las creaciones dependen del Creador y no son más que lo que Dios les proyecta. Por lo tanto, ellas no son dueñas de sus actos y sus acciones, sino que todos ellos están determinados por Su influencia hacia ellos. Sólo el hombre posee esa particular facultad del libre albedrío, al tener el poder de actuar por propia voluntad, sin compulsiones, tal como afirmaron nuestros Sabios (Berajot 33b): “Todo está en manos del Cielo excepto el temor del Cielo”. Y las propias almas, antes de su descenso al cuerpo, son iguales a todas las demás creaciones -dependen de su Creador- pues en ese primer estado no poseen servicio Divino con libre albedrío. Es justo cuando descienden al cuerpo que reciben el libre albedrío y, en ese sentido, se vuelven independientes, y no dependientes del Creador. Pero en todos los demás sentidos, no hay dudas de que también el hombre es completamente dependiente de Él, tal como dijeron los Sabios: “Todo está en manos del Cielo”.

Observa qué gran honor les confirió Dios a los justos al considerarlos Sus socios en el universo, tal como afirmaron los Sabios (Zohar I 5): “Tú eres Mi nación (amí). Tú estás junto a Mí (imí)”. Pues, en verdad, Él les ha dado una parte de la perfección del mundo y del realce de la creación, tal como

dijimos antes, y es así que la perfección de la creación se encuentra, por así decirlo, dividida entre Dios y los justos, donde ambos tienen parte en su formación. Por eso es como si la congregación de Israel se encuentra unida a Dios como una mujer a su marido, y esto en virtud de compartir una parte de la perfección del mundo. Y es por este motivo que puede hablar ante Él y mantener erguida la cabeza, no como “el que come lo que no es suyo y le da vergüenza mirar a quien le dio la comida” (Ierushalmi, Orlá 1:3). Ellos se regocijan en el brillo de la Presencia Divina, con alegría, y con la cabeza bien alta, que no es lo que ocurre con las almas antes de que entren al cuerpo en este mundo. Pues ellas son, en ese momento, como sirvientes que se arrastran tras sus amos; ciertamente una parte de Dios, y unidas a Él, pero que reciben caridad llenas de vergüenza.

Rabí Shimon bar Iojai nos enseñó una analogía muy adecuada para explicar esto. Con respecto al rezo, él dijo que está el que es como un sirviente, a quien el rey no quiere mucho, que alzaré su voz para pedir al rey cuando éste esté de espaldas a él. Y el rey decretará que se le conceda lo que pide, mas no se da vuelta a mirar al sirviente. Hay otro sirviente, a quien el rey estima mucho, y recibirá cordialmente y dirigirá hacia él el rostro, y hablará con él todo el tiempo que desee. Eso es lo que se dice con respecto a Moisés e Israel (Deuteronomio 5:4): “Cara a cara habló el Eterno...” y (Éxodo 33:11): “El Eterno le hablaba a Moisés cara a cara, como habla un hombre con su prójimo” y, como dice la bendición de los sacerdotes (Números 6:25): “Que el Eterno haga brillar Su rostro sobre ti”. Pero en otra parte dice (Éxodo 33:23): “y cuando aparte Mi palma verás Mis espaldas, pero Mi rostro no será visto”. Y todo esto es natural. Dos amigos que se quieren se miran cara a cara, manifestando así su apego. Pero dos que se sienten distantes, uno vuelve el rostro para un lado, y el otro, para el otro lado. Porque enfrentarse es muestra de inclinación, y dar la espalda es muestra de extrañez. Y todas estas situaciones se aplican a la relación de

las criaturas terrestres con el Creador. Porque cuando se hayan perfeccionado en el nivel apropiado para ellas, se sentirán fuertemente unidas al Creador en un lazo de amor absoluto, como dos amigos que se miran el uno al otro. Pero mientras no alcancen ese nivel, no están listas, Él las mantiene y las tolera, porque, de cualquier modo, las almas son parte de Dios y están constantemente unidas a Él, que es su raíz y su origen, no con familiaridad ni con orgullo, sino como dos que vuelven el rostro cada uno para su lado contrario, demostrando su extrañez, cada uno consigo mismo, sin relacionarse con el otro. Lo mismo ocurre con estas almas, que subsisten gracias a Él, pero no como algo amado. Ellas no tienen rostro con que mirarlo a Él, y Él no vuelve Su rostro hacia ellas. Pero cuando ellas se hayan perfeccionado, se mirarán mutuamente con amor, como está escrito (Cantar de los Cantares 2:14): “Muéstrame tu rostro... y tu rostro es hermoso”.

De lo que hemos dicho comprenderás que si bien no hay en el Cielo cuerpo ni forma, hay formas de supervisión e influencia a las que podemos denominar figurativamente “rostro”, y otras que pueden llamarse “espalda”, como en el versículo antes mencionado: “Verás Mis espaldas pero Mi rostro no será visto”. Y se entiende que los tipos de influencia que se denominan “rostro” corresponden al rostro del hombre, que expresan cercanía y amor, mientras que los que se refieren a la “espalda” hacen referencia a la espalda del hombre, que expresa extrañez. En referencia a estos dos atributos distinguimos el estado de cercanía o distancia entre Israel y Dios.

Lo que también debemos recordar es que si bien los hijos de Israel están listos en sí mismos para practicar el servicio Divino y actuar por su propia voluntad sin ningún tipo de coerción, el poder del servicio lo reciben únicamente del Eterno. Eso fue lo que Él les dio cuando les entregó la Torá y lo que Él renueva y mantiene constantemente. Advierte que esta es la

diferencia entre quien recibe una orden de Dios y la cumple y quien la cumple sin haberla recibido. El que recibe la orden posee poder, que le confirió el Eterno, para ejercer, por medio de sus actos, la perfección exigida para la creación, al contrario de quien no recibió la orden. Esto se ilustra con la institución del sacerdocio: el sacerdote que oficia perfecciona todo el universo, mientras que el no sacerdote que oficia es culpable de profanación y merece la pena de muerte. Además, el propio sacerdote que oficia sin las vestimentas sacerdotales es considerado como no sacerdote, pues todo depende del poder celestial, del mandato del Rey, que sólo recibe el que recibe la orden. Sin embargo, este poder le es conferido solamente a quien es apto para recibirlo. No se lo da a los animales ni a los ángeles, sino únicamente a los hijos de Israel, que fueron aptos para él desde el comienzo.

Cabe destacar que eso fue lo que hizo Dios con Israel en el Monte Sinaí. No les dio toda la Torá en ese momento, sino que el acontecimiento sirvió como preparación general para todo el servicio de los preceptos. Porque allí Él perfeccionó todas las gracias y los atributos apropiados para quien está destinado a servir a Su creador. Pues en el comienzo Él había degradado la estatura del hombre para que fuera susceptible a la Mala Inclinación, como se indicó antes. A esa altura podía comparárselo con los animales. Pero cuando Israel llegó al Monte Sinaí, el Creador les concedió todo el aprecio que exigía su perfección, para que tuvieran el poder de servir a Dios. Luego los acercó hacia Él, tal como está dicho (Hagadá de Pesaj): “Nos acercó en el Monte Sinaí” y como decimos todos los días: “y nos acercaste a Tu gran Nombre”, y Él los unió junto a Él en Su amor. Fue entonces que Él les dio por primera vez el poder de cumplir con todos los preceptos y dispuso todo para que sus actos en el servicio de Dios produjeran el efecto necesario para la perfección de la creación. Ese es el significado de (Éxodo 19:6) “y seréis para Mí un reino de sacerdotes y un pueblo santo”. A partir de ese

momento, Israel fue diferente de todas las naciones, poseedores del poder Divino de cumplir con todos los preceptos y perfeccionar la creación por medio de ellos, tal como explicamos. Y este fenómeno se renueva constantemente, y jamás cesa en Israel, tal como está escrito (Deuteronomio 27:9): “Ese día se transformaron en un pueblo”, pues todos y cada uno de los miembros de Israel deben verse a sí mismo como si hubieran recibido la Torá en el Monte Sinaí, y esa grandeza se renueva en Israel cada día y en la época adecuada.

A continuación explicaremos la naturaleza de la sociedad que mencionamos entre los justos y Dios, en la perfección de la creación. El Creador dio origen al fenómeno de la oscuridad, que se implantó en los seres terrestres y que constituye la fuente del mal, así como también la posibilidad del alejamiento de ésta y de su transformación en bien, tal como se indicó anteriormente. Ahora bien: Dios es providencial con las criaturas terrestres sólo en conformidad con su estado de aptitud. Por eso corresponde a los justos ir perfeccionando, poco a poco, esta naturaleza oscura. Porque en el grado en que la perfeccionen, en ese mismo grado el Creador ha de manifestar nuevas y beneficiosas influencias, en correspondencia con la preparación y la perfección efectuada en la naturaleza de los seres terrenales. Por eso los justos establecen, ante el Eterno, una aptitud y una perfección nuevas en esta naturaleza opaca, y Dios les responde con una influencia mejoradora, apropiada a esa aptitud. Por eso les concierne a los justos multiplicar en los seres terrenales una preparación tras otra y una perfección tras otra, en correspondencia con lo cual el Creador proyectará una influencia tras otra, que significará un ascenso tras otro.

Tras la desviación de Adán, el mundo descendió enormemente, y las deficiencias se sumaron, una tras otra, a la naturaleza de los seres terrenales. Por eso, lo primero que debe corregirse son las deficiencias

agregadas, y es eso justamente lo que ocurre previo a la época de la redención. Porque ése es el fin último de los distintos exilios: perfeccionar lo que quedó deficiente y recuperar lo perdido, para que podamos advertir el bien que vendrá después, así como ese bien le habría correspondido a Adán si no hubiera transgredido. Y cuando se haya completado este proceso, entonces experimentaremos la redención total. Por eso nuestra tarea es hacer retroceder al mal de sus límites expandidos tras el desvío de Adán y recuperar el bien que perdimos. Y en el grado en que se hagan avances en este sentido, por medio de las acciones de los justos, al preparar las naturalezas de los seres terrenales, en ese mismo grado el Eterno será providencial con ellos.

Dios, entonces, divide Su poder directivo con la congregación de Israel, haciéndolos socios de la perfección de la creación, ya que Él la perfecciona y ellos la perfeccionan, y así se logra la perfección completa. Es en ese sentido que dijeron nuestros Sabios en el Midrash (Shir ha Shirim Rabá y Yalkut Shimoni 2:5): “Mi paloma, mi inocente”... mi hermano mellizo”. Y en la Biblia aparece esta idea de la conjunción de la influencia y de la receptividad para la perfección de las creaciones, pues está escrito (Isaías 48: 13): “Mi mano sentó la base de la Tierra y Mi mano derecha expandió los Cielos. A un llamado Mío se levantan juntos”. Los Cielos manifiestan la influencia y la Tierra la recibe, pero ambos son iguales con respecto a que la perfección es ejercida por ambos. Ése es el significado del versículo antes mencionado (Yalkut Shimoni, ídem): “Aun así, yo no soy más grande que ella ni es ella más grande que yo”. Sin embargo, la influencia se denomina “la mano derecha”, pues es dominante, y la necesidad y la recepción se denominan da mano izquierda”, pues son secundarias a la derecha.

Ya hemos dicho cómo todos los acontecimientos terrenales dependen del poder directivo de Dios. Por lo tanto, la raíz de todo esto es la existencia de

un poder Supremo que los mantiene en todas sus condiciones. Y los elementos de ese poder corresponden a las influencias del Eterno y son relativos a ellas, en todos sus poderes directivos, tal como te expliqué anteriormente al interpretar el versículo (Éxodo 33:23): “y veréis Mis espaldas, mas Mi rostro no será visto”. Pues hay variedades de la influencia por medio de las cuales puede apreciarse la cercanía y distancia relativas entre Israel y su Padre. Y la situación de los seres terrenales en todos sus aspectos variarán de acuerdo con la relación y la correspondencia del poder terrenal con las variedades de las influencias del Eterno. Pues ya te expliqué cómo todas ellas forman un solo lazo, como las ramas de un mismo árbol.

ALMA: Me parece lógico que haya algo tras la modificación de la esencia de los seres terrenales, de una situación a la otra; es decir, alguna fuente cambiante, que en conformidad con su cambio ejerza cambios visibles correspondientes sobre los seres terrenales, y que se asocie con los cambios correspondientes de las variedades de la influencia.

INTELECTO: Todavía podemos realizar más distinciones en la relación entre este poder directivo y los propios seres terrenales. El hombre está constituido de cuerpo y alma, y sabemos que todos los movimientos corporales se originan en el alma. Pero además debemos comprender cómo el alma habita en el cuerpo y de qué modo funciona dentro de él a fin de dar origen a esos movimientos del cuerpo. Además debemos entender la idea del poder de los seres terrenales en su relación con los propios seres.

Te diré algo muy profundo con respecto a este punto. La Gloria Suprema es omnipresente y es lo que le da vida a todas las creaciones, tal como lo atestigua la Biblia (Nehemías 9:6): “y Tú le das vida a todo”. Y en ese sentido está escrito (Isaías 6:3): “Toda la Tierra está llena de Su gloria”.

Sin embargo, los pecados del hombre hacen que esta gloria se aleje de los seres terrenales, tal como está escrito (ídem 59:2): “Pero tus pecados te alejaron de tu Dios”. Por el contrario, el mérito aumenta la gloria de Dios entre ellos, tal como está escrito (Éxodo 25:8): “y habitaré en su medio”. Y esa misma gloria es exaltada y elevada al residir entre los seres terrenales, tal como afirmaron los Sabios (Ioma 38a): “Todo lo que Dios creó en Su mundo, lo creó únicamente para Su Gloria”. Y con respecto al exilio, está escrito (Lamentaciones 1:6): “Huyen ya sin fuerzas delante del perseguidor”, debido a que el poder Supremo estaba distante de ellos, como está escrito (Números 14:9): “El Eterno se ha apartado de ellos”. Con respecto a la redención de Israel, sin embargo, está escrito (Isaías 60: 1): “La Gloria del Eterno se ha levantado sobre ti”. En ese momento, la propia Gloria se elevará. Esto es claro.

Debes saber que este fenómeno es esencial con relación a los ángeles y sus actividades. El Creador quiso llevar a cabo Sus acciones por medio de intermediarios, los ángeles santos, por cuya razón Él dispuso colocar Su presencia entre esos ángeles, Sus mensajeros, quienes llevan a cabo todos Sus decretos. Y el Eterno siempre está junto a ellos, como dijeron nuestros Sabios (Yalkut Shimoni II: 797): “El Eterno está con ellos”... El Eterno está dentro de ellos”, y (Tanjuma Mishpatim 18): “El Nombre del Eterno está unido a cada ángel”. Y esta gloria preside los ejércitos y se aferra a ellos constantemente, pero en proporción al nivel y a lo significativo del ángel, pues ellos también están dispuestos por rangos, cada uno de acuerdo con su nivel.

Sabe, además, que si bien la gloria de Dios es omnipresente, se revela en un lugar más que en otro, en un lugar consagrado a Su gloria, donde Lo buscan aquellos que anhelan unirse a Él, como está escrito (Deuteronomio 12:5): “Busca Su lugar de residencia, y ve allí” y (Éxodo 34:23): “Será visto todo varón delante del Eterno”. Y hacen falta muchos órdenes y

disposiciones para que esta unidad con la santidad de Dios pueda lograrse. Y sobre este cimiento descansa toda la estructura del tabernáculo y del santuario, un lugar dentro de otro, hasta llegar al *sanctum* interno, donde reside la Gloria de Dios, para que la busquen y la encuentren todos los que ansían unirse a Él. Y hay un santuario en el Cielo que corresponde al de la Tierra (Tanjuma Mishpatim 18) y todos los ejércitos del Cielo exaltan la excelencia de esta gloria, diciendo (Isaías 6:3): “Toda la Tierra está llena de Su Gloria” y (Ezequiel 3:12): “Bendita sea la gloria del Eterno desde Su lugar”, pues sólo Él es el poder de todo lo que se ha creado, y ése es el significado de (Salmos 104:31): “Perdure la gloria del Eterno por siempre. Regocíjese el Eterno en Sus obras”, pues Su Gloria se exalta a través de la alabanza de Sus creaciones. Es en ese sentido que dijeron los Sabios (Julin 60a): “Este versículo fue proclamado por el Ministro del mundo”.

Esta elevación de la Gloria de Dios es producto de las obras de todas las distintas creaciones, cada una de acuerdo con la función especial que le ha sido asignada. Y esa fue la meditación del sacerdote en el servicio de sacrificios, especialmente el de la ofrenda diaria, respecto de lo cual está escrito (Números 28:2): “Mi sacrificio, mi pan”. Pues se sacrificaba ante el Eterno todos los días para beneficio de toda la creación, y su significado consistía de la elevación de la Gloria de Dios a través de la colocación de todas las especies de la existencia, cada una en su propio dominio. Y esto exigía gran sabiduría de parte de los sacerdotes, para que pudieran acercarse al Eterno en representación de todo Israel con un servicio que fuera verdaderamente aceptable. En ese sentido está escrito (Malaquías 2:7): “Por cuanto los labios del sacerdote deben guardar conocimiento, y deben buscar la Ley en su boca”. Porque se concentraban en unir todas las creaciones con el Creador, sabiendo lo que hacía falta para el logro de esta situación, y así realizaban dentro de este contexto todas las operaciones específicas necesarias del rito de los sacrificios, tal como salpicar la sangre

y quemar el incienso, ritos que corresponden a misterios muy profundos de la perfección de toda la creación en unidad con el Eterno. Hay mucho sobre lo que explayarse en este sentido, pero no es aquí el lugar para hacerla. La intención general es unir todas las creaciones, las inferiores y las que están por encima, en la Gloria Suprema, tal como está escrito (Jeremías 23:24): “¿No lleno Yo el Cielo y la Tierra?”. Y esto, por medio de los órdenes diseñados para ese propósito y en la capacidad de los sirvientes reunidos al abrigo de su Creador.

Los justos, no obstante, cumplen una función especial en esta área, que es realizar las enmiendas de la propia creación, estableciendo una perfección nueva todos los días, dentro del dominio de sus poderes, en virtud de lo cual el Creador manifiesta ante ellos una influencia de bendición que corresponde a su despertar y a su aptitud. Ya sabes que todas las deficiencias de la creación son producto del ocultamiento de Su perfección y unidad. Pues Su unidad, cuando tiene el dominio, tiene el efecto de perfeccionar la creación completamente y de eliminar todo impedimento entre el Creador y sus creaciones, tal como explicamos en relación con el versículo (Isaías 59:2): “Pero vuestras iniquidades han separado...”. Pero cuando los justos realizan este servicio, la Unidad Suprema se despierta y se revela parcialmente, en conformidad con la enmienda realizada, y así se suma perfección a la creación, en proporción con el servicio. Pues no hay servicio que no agregue perfección al universo por medio de la revelación de la unidad de Dios, lo cual elimina aquello que separa a las creaciones del Creador y une a las creaciones con la Gloria Suprema. Y los seres terrenales se unirán con la santidad del Eterno a través de todos los agentes que Él dispuso para conferir Su santidad sobre ellos, vale decir, mediante las variedades de Su ordenanza, las variedades de bendición con las que Él bendice a Sus creaciones.

Al principio de este servicio, habrá un fortalecimiento de la unión de las

almas con la santidad del Eterno, así como la parte se une con el todo, como en la analogía de la Torá (Deuteronomio 32:9): “Porque parte del Eterno es Su pueblo”, y como dice el principio del *Cantar de los Cantares* (1:2): “Que me bese con los besos de su boca”, lo cual connota la fuerza de dicha unión. Es un tipo de unión firme que puede establecerse entre Dios y la congregación de Israel, para la cual el beso humano sirve de imagen. Y por medio de la fuerza de esa unión, Dios proyectará sobre la congregación de Israel y sobre todo lo que está dentro de su órbita, una emanación de santidad, es decir, una emanación Divina y espiritual, una emanación de bendición, que apoya los logros, incluso en este mundo. Y cuando los seres terrenales se unan con el Eterno en una unión de amor, Dios hará despertar amor entre Él y ellos y deseará su servicio, como dijeron nuestros Sabios: “Que elige a Su pueblo Israel con amor” y “Acepta, oh Dios, a Tu pueblo Israel y a sus plegarias”. Porque es mediante ese deseo que su servicio posibilita la perfección de la creación, tal como se indicó antes. Ya que es únicamente a través de la orden y la voluntad Suprema que los preceptos se vuelven efectivos e influyentes. Es el poder de esta voluntad el que le confiere al servicio Divino la cuota de efectividad que posee, produce la emanación de bendición a través de todos los agentes establecidos para este fin, lleva bendición a toda la creación terrenal y se la confiere, subsecuentemente, a cada individuo en particular, de acuerdo con su situación.

Así es como procede el Eterno –“Los caminos del Eterno son justos”- en Su conducta con las criaturas terrenales para su placer y su bien. Y el que analice todo esto verá que es de una perfección maravillosa. Que analice toda la Torá y todos los preceptos. No hallará uno solo que no sea perfecto. Ahora te revelaré otro principio fundamental. La congregación de Israel posee una raíz de santidad, que es universal dentro de esta nación santa en virtud de ser Israel, y que existe incluso en los transgresores de esa nación.

Como dijeron nuestros Sabios (Sanhedrín 44a): “Aunque haya transgredido, es parte de Israel”. Y si bien esto se origina en raíces extraordinariamente elevadas, como está escrito (Lamentaciones 3:24): “El Eterno es mi porción, dice mi alma. Por lo tanto confiaré en Él”, de cualquier modo el gran y amplio poder directivo de los mundos, en todos los órdenes de las creaciones de bien o de mal, no depende de esto, sino de los actos de los hombres, donde cada uno es juzgado en conformidad con sus acciones. Se advierte, entonces, un tipo de existencia para la congregación de Israel, una existencia general, sin demasiados resultados o ramificaciones, una existencia que no es extremadamente crucial, pero que sí es extremadamente exaltada. Luego está su existencia esencial, su existencia con respecto al servicio Divino que gira en torno a ella, y de la cual dependen todos los aspectos del gran y tan profundo poder directivo.

Además debes saber que el fenómeno de los días y las semanas constituye un ciclo continuo particular, tal como explicaremos más adelante, con la ayuda de Dios. El núcleo de la semana es el *Shabat*, y el resto de la semana meramente completa lo que está implícito en el propio *Shabat*. En el *Shabat* se origina una emanación, que en los demás días de la semana produce lo que se necesita para todas las creaciones, día tras día, en conformidad con su magnitud y los órdenes del ciclo. El núcleo del día es la mañana, y las demás horas completan lo que se originó entonces. La influencia esencial la extraerán los seres terrenales en su capacidad esencial, y la otra, la secundaria, en su capacidad no esencial. Esto es evidente, pues todo se realiza por medio de elementos paralelos y de su correspondencia: la influencia con sus objetos, y los actos con los seres sobre los que se actúa. Debes comprender que el Creador, que es elevado, exaltado y absolutamente insondable, dio origen a distintas variedades de santidad que surgen de Él hacia los seres terrenales. E incluso esta santidad no es como Su propia santidad, oculta e insondable, sino que corresponde al estado de

aptitud de sus receptores. E incluso esto está sujeto a graduaciones; pues es posible que una santidad sea mayor que otra, pues hay santidades mayores y menores. Eso es claro. Y el Eterno continuamente crea nuevas perfecciones en la generalidad de la creación, de acuerdo con el despertar de las criaturas terrenales, tal como se indicó antes. Y toda perfección exige todas las condiciones necesarias para su efectivización y para la efectivización de todos los resultados que surgirán de ella. Y todo esto se efectúa por medio de la unión de las creaciones -y en especial, la congregación de Israel- con Dios, en la capacidad esencial, en la capacidad más exaltada, de la cual depende toda la creación. Recién entonces extraerán de Él la influencia enorme y esencial necesaria para la perfección que se origina en ellos. Pero la efectivización de los aspectos de dicha perfección exigen la unión sólo en la capacidad correspondiente al nivel de las condiciones de efectivización. Esto responde a la lógica en términos de conceptos de paralelismo y gradación.

Todos estos conceptos debían saberlos los sacerdotes que ofrecían el sacrificio del Eterno: los sacrificios diarios de acuerdo con sus actos, y los sacrificios suplementarios de acuerdo con sus leyes, en conformidad con las divisiones de los tiempos, según explicamos. Ellos debían saber, en relación a esta unión de las creaciones con el Creador, en cuáles de los distintos niveles ocurriría esa unión, qué revelación de la voluntad Suprema experimentarían y qué emanación surgiría de ellos, todo de acuerdo con el momento y las exigencias de la hora.

Hasta aquí Dios me ha asistido para explicarte lo que debes saber en relación con el poder directivo de recompensa y castigo. Ahora llegamos al análisis del segundo poder directivo que mencioné: el poder directivo oculto, que es obrar en dirección al fin de la perfección universal. Y en esa conexión se explicará el concepto de “Todo depende del *mazal* (literalmente, las constelaciones)”, que mencionan nuestros Sabios.

ALMA: Has mencionado un punto que deseo comprender. Es uno de los conceptos que me resultan más difíciles, y me encantaría poder resolverlo.

INTELECTO: Pero relacionado con esto está el tema de “los malos que prosperan y los justos que sufren”, que resulta imposible comprender.

ALMA: Entonces, ¿por qué lo mencionaste, si no puedes explicarlo?

INTELECTO: Nuestra comprensión tiene un límite, más allá del cual no se puede investigar. Te explicaré lo suficiente como para que puedas resolver el asunto, cuando hayamos llegado a la lógica del tema, pero no investigaremos lo que resulta incomprensible. Mas sabe que lo que no puede comprenderse no socava nuestra fe en absoluto, ni confunde nuestros pensamientos. Pues debes saber que es un conocimiento agregado, que no nos resulta imprescindible. Mas lo que se precisa para satisfacer la mente y aclarar la fe, eso ciertamente lo poseemos. Dios no creó una situación por la cual la creencia resultaría socavada ante la incapacidad de resolver algún concepto. Está escrito (Deuteronomio 4:39): “Sabrás hoy y confirmarás en tu corazón que el Eterno es el único Dios en el cielo...”

ALMA: En ese caso, dime lo que necesito saber.

INTELECTO: Una vez que el Eterno establece un poder directivo de recompensa y castigo, todos reciben los frutos de sus actos: el bien trae bien y el mal, mal. Sin embargo el profundo consejo del Eterno orienta las cosas de modo tal que se resuelven en un poder directivo de bien únicamente, sin que exista el mal en el mundo. Esto se denomina perfeccionamiento y refinamiento del propio poder directivo. Pero esta perfección universal debe ser efectuada desde la raíz de la existencia del

bien y del mal. Porque quien desea ejercer una cura total de una enfermedad debe averiguar cuál es su causa, y será entonces cuando estará en posición de eliminar el efecto. Aquí también, a fin de crear un poder directivo de bien solamente, sin ningún lugar para el mal, hace falta conocer la causa del mal en el poder directivo actual, y, en relación a esa causa, orientar las cosas para que se produzca ese resultado: la eliminación del mal del poder directivo. Y esto es evidente: Dios no desea desdecirse, como quien se arrepiente de lo que hizo, abandonando una conducta para seguir otra. Pero sí ocurre que sobre la base de la propia premisa original, Él orienta las cosas de modo tal que dan como resultado la perfección que Él desea.

Ahora bien: ya explicamos que la raíz de la existencia del mal en el poder directivo es inherente a la revelación última de la unidad del Eterno, y es necesaria para que Él revele el mal y le permita hacer todo lo que es de su naturaleza hacer, para luego revelar Su soberanía, al transformarlo en bien. Y por esta razón, mientras la presencia de Dios está oculta, y Él permite que el mal se intensifique en el mayor grado posible, es decir, hasta, pero sin incluir, la destrucción del universo, esto servirá de razón adicional para que subsecuentemente se revele la verdad de la unidad de Dios, cuando Él perfeccione esas deficiencias a través del poder de Su reino, y la luz se reconozca a partir de las profundidades de la oscuridad, como se explicó antes. Por lo tanto, Dios, en Su deseo de establecer Su mundo en el poder directivo de bien, tuvo que establecer Su poder directivo de acuerdo con Su consideración original de la revelación de la unidad que mencionamos, de la cual deriva la existencia actual del bien y del mal.

Sin embargo la recompensa y el castigo no constituyen la intensificación del mal pues, de cualquier modo, bajo este poder directivo el mal sólo se relaciona con los malvados, y los que abandonan a Dios se pierden, mientras que los que Lo buscan reciben Su gracia. La intensificación del

mal consiste, más bien, en el ocultamiento de la presencia de Dios del universo, tal como está escrito (Proverbios 1:28): “Entonces Me llamarán y no les responderé” y (Isaías 59: 15): “y falta la verdad, y el que se aparta del mal se convierte en presa”. Esto se refiere al “ocultamiento total”, cuyo propósito es sólo la perfección total subsecuente, tal como lo indica el versículo que sigue (ídem 16): “Por tanto Su propio brazo le trajo salvación, y le sostuvo Su rectitud”. En este poder directivo, no se presta atención al mérito o a la culpa, sino que el poder directivo procede de acuerdo con sus órdenes, es decir, dejando que el mal se intensifique a fin de revelar luego el reino del bien. Y todo el tiempo que se intensifica el mal, los justos también deben someterse a su opresión, no porque eso sea justo, sino porque el momento así lo exige. Porque, de cualquier modo, luego recibirán toda su recompensa, cuando se revele el bien y retome su reino, en conformidad con el mal que sufrieron en el comienzo, tal como está escrito (Salmos 90:15): “Alégranos conforme a los días en que Tú nos has afligido”. Pero todo el período de la intensificación del mal, sus méritos no podrán salvados de aquél, como está escrito (Amós 5:13): “Por consiguiente el que es prudente guarda silencio en ese tiempo, porque es un tiempo malo”. Además, puesto que todas las deficiencias y la minación del poder directivo son la naturaleza del mal, no sólo que el mérito de los justos no los ayudará a escapar del mal, sino que, por el contrario, los malvados prosperarán y la fortuna les sonreirá, mientras que los justos serán torturados y oprimidos, tal como afirmaron nuestros Sabios (Sotá 49a): “En los tiempos anteriores a la llegada del Mesías, prevalecerá el descaró, y se despreciará la sabiduría de los escribas...” y, tal como lo afirma la propia Biblia (Isaías 59:15): “y falta la verdad, y el que se aparta del mal se convierte en presa”.

Vemos, entonces, que si el Eterno desea dirigir el mundo de acuerdo con el poder directivo de la unidad, por la cual se reconoce la luz en medio de la

oscuridad, y el propio mal se transforma en bien, Él debe permitir que el mal se intensifique, sin prestar atención a los méritos de los justos. Por el contrario, en ese momento, los hacedores del mal se erigen, mientras que las cabezas de los justos se degradan hasta el polvo del suelo. Luego Él revelará Su reino, y el fruto de esa revelación será la transformación del mal en bien. En ese momento ya no habrá más mal, sino únicamente bien, y justo entonces, y no antes, los justos recibirán su recompensa. Sin embargo si Él dirigiera el universo de acuerdo con el poder directivo de recompensa y castigo sólo habría bien a cambio de bien y mal a cambio de mal. Pero entonces no habría nada que causara la perfección total de un poder directivo a través de la eliminación del mal. Ya que ¿para qué habría de eliminarse si sólo se relaciona con los malvados, y se mantiene dentro de límites, por lo cual no puede actuar en todo el espectro de su naturaleza, sino únicamente dentro de los límites prescritos? Pero puesto que Dios desea verdaderamente la perfección total del universo y la total eliminación del mal, Él desea conducirse con los justos de acuerdo con el poder directivo de unidad que mencionamos, por el cual su rectitud no los librarán de los sufrimientos de este mundo. Y por cierto que esto no está dentro del marco de recompensa y castigo, sino únicamente del de perfección universal. Y esto es ciertamente para su propio beneficio, porque al final recibirán una recompensa mayor que la que habrían recibido en virtud de su mérito solamente. Y es también para beneficio del mundo, pues si Él Se condujera con ellos de acuerdo con el poder directivo de recompensa y castigo, sus actos no producirían frutos, únicamente la recompensa a sus actos, más no la eliminación del mal del mundo. Pero como lo que sufren no es por culpa de sus actos sino en virtud del poder directivo, el beneficio no será particular - darles su recompensa- sino general, en términos del poder directivo, para revelar a través de su mérito la Unidad Suprema y eliminar el mal.

Advertirás que esto conlleva otra ventaja más: que incluso la revelación de

la Unidad Suprema será una recompensa al mérito, y no mera caridad. Porque si bien puede ser caridad en el caso de otras personas, en el caso de los justos es la recompensa a su mérito, y su bien es beneficioso para el mundo en general, y así vemos que es para el beneficio para la congregación de Israel.

ALMA: Pero según esto, todos los justos no conocerían más que sufrimientos, y la realidad nos demuestra que no es así.

INTELECTO: Hay un motivo muy profundo que explica esto. Dios creó el mal con el carácter y con las limitaciones que Él quiso, y puso todo en movimiento para erradicarlo del mundo completamente. Pero Él debe dirigir este proceso de acuerdo con la naturaleza del mal y los órdenes que Él creó para el mal. Esto es claro. Y al haber creado el mundo imperfecto, regula las cosas para causar la perfección de la creación a través de la eliminación de sus deficiencias. Y sólo Él conoce la base de todo lo que Él desea hacer, y las razones de todos Sus decretos, que les están ocultas a las creaciones. Pues Sus creaciones sólo poseen conocimiento de los decretos de la voluntad Suprema en adelante, más de lo que trasciende esto, es decir, de las razones de estos decretos, no poseen conocimiento. Y son éstos los análisis que nos están prohibidos, pues tienen su raíz en la majestad de la Voluntad que los dispuso, y que es algo que no podemos investigar. Dios sabe que el perfeccionamiento de la creación exige dos cosas: la intensificación de la iluminación, es decir, la intensificación y magnificación de la influencia, y su ocultamiento y disminución. Pues hay ciertas cosas que se perfeccionan por medio de la intensificación de la iluminación y la influencia, y hay otras que lo hacen, por el contrario, por medio de su ocultamiento y disminución, al permitir que el mal se intensifique. Y esto resultará evidente a quien ponga todo su corazón en

observar lo que ocurre en el universo. Verá que no ocurre nada, ni bueno ni malo, que no produzca un beneficio o un bien al mundo, tal como afirmaron nuestros Sabios (Berajot 60a): “Todo lo que hace el Cielo lo hace para bien”. Pero el Eterno tiene muchos caminos, algunos en una dirección, y otros en otra, y todo esto depende, no de los actos ni de los méritos, sino del carácter y la esencia de la creación. Y el Eterno solamente, que conoce verdaderamente la esencia de la creación, sabe además lo que ésta necesita. Sólo esto sabemos: hay algo en la esencia de la creación cuya perfección exige un aumento y una disminución. Esa es la naturaleza de los veintiocho “tiempos” mencionados en Eclesiastés (Cap. 3), a los cuales corresponde un testigo en el Cielo: la Luna, cuyo agrandamiento y disminución ilustra este concepto. Y existen entendimientos muy profundos en este sentido, que poseen quienes son sabios en los movimientos de la Luna, y en su relación con el Sol en todos sus estados. Pues éstos actúan de contrapartida de todos los aspectos generales del poder directivo que se resuelve en perfección de la creación, en conformidad con esta característica que posee, que exige el aumento y la disminución de su perfección, tal como explicamos. Es por este motivo que la congregación de Israel se compara con la Luna, y nuestros Sabios dicen (Sanhedrin 42a): “Pues ellos (Israel) están destinados a renovarse como ella (la Luna)”. Los detalles de este tema son numerosos y muy profundos, pero básicamente la idea es que la generalidad de los aspectos del poder directivo lleva, tanto a Israel como a toda la creación, hacia la efectivización de su perfección según la naturaleza de la creación y no según los actos de las criaturas terrenales: la generalidad de estos aspectos se refleja en la Luna y en todo lo que en ella puede distinguirse.

Mas el Creador distribuyó la perfección de la creación entre todas las almas que Él creó para que Lo sirvieran, en conformidad con lo que Él sabía que era apropiado para cada alma según el propósito para el que fue creada.

Este conocimiento es de gran profundidad, y jamás ha sido percibido por ningún profeta ni vidente. Pues está incluido en la categoría de las razones de los decretos que mencionamos, que es una categoría que se encuentra totalmente fuera del dominio de las creaciones, quienes sólo conocen los resultados de los decretos. Y así puede ser que haya un hombre quien, en términos de su propósito original, está destinado a una profusión de influencia Divina, que es una de las maneras en que se perfecciona el universo; y puede ser que haya otro cuyo propósito original le dicta una disminución de la influencia, que es el segundo medio para el perfeccionamiento de la creación. Y todo esto se relaciona, no con los actos de estos hombres, sino con la distribución que hizo el Eterno de la perfección de la creación entre las creaciones, donde cada una se perfecciona de un modo distinto.

Pero el juicio es de Dios, y así al final se les dará su recompensa a los justos, que en efecto fueron justos, pero que fueron elegidos por el poder directivo Supremo para la opresión y la aflicción, recompensa tanto a los sufrimientos que tuvieron en este mundo como a todos sus actos virtuosos. La generalidad de este poder directivo, que está orientado, no con respecto al mérito y la culpa, sino con respecto a lo que se necesita para la perfección del universo en términos de su esencia, nuestros Sabios lo denominaron mazal (literalmente, las constelaciones). Pues su naturaleza es un decreto y no depende del libre albedrío del hombre ni de sus méritos. Pero, como ya dije, este poder directivo opera únicamente en este mundo, mas en el Mundo Venidero hay recompensa sólo para los actos, medida por medida, incluso hasta para la elección del vocabulario que se emplea.

ALMA: En ese caso, en este mundo no hay recompensa y castigo, sino sólo en el Mundo Venidero.

INTELECTO: No, no es así. Pero debo aclararte algo antes. Nuestros Sabios dijeron (Bereshit Rabá 25:3): “Y hubo hambre en los días de David (II Samuel 21:1)... debería haber sido en los días de Saúl, en vez de los de David, pero como Saúl no lo habría soportado, Dios hizo que ocurriera en los días de David”, y, asimismo, (Bereshit Rabá 55:2): “El mercader de lino, cuando prueba el lino prueba únicamente el lino más fuerte a la prueba más difícil”. Vemos, entonces, que el Creador no siempre implementa el mazal, sino únicamente cuando sabe que conviene hacerlo. Pues el Creador diseñó poderes directivos perfectos para la perfección de la creación, y estableció dos poderes directivos: recompensa y castigo, y mazal. Y Él es Quien decide, recurriendo a veces a uno y a otro, en conformidad con Su conocimiento de lo que es mejor para el universo. Sin embargo, cuando Él opera por medio de la recompensa y el castigo, todos los resultados serán de acuerdo con los órdenes y leyes de recompensa y castigo, y cuando Él opera por medio del mazal, todos los resultados serán en conformidad con el poder directivo de mazal y el carácter de la creación, tal como explicamos.

Y esto también dará por resultado un mayor mérito para los justos. Porque si el Creador afligiera siempre únicamente a los justos, sería una prueba al libre albedrío, pero no una prueba muy grande, porque se consolarían con saber que fueron incuestionablemente justos, y que sufrieron sin cesar. Y cualquier persona sensata estaría feliz de sufrir esas aflicciones, pues serían una confirmación de su rectitud, ya que los malvados no sufren de ese modo. Pero el Creador quiso que la prueba fuera mayor y que los hombres no pudieran entender claramente cómo Él se conduce con cada hombre en Su mundo, sino que, en la superficie, el poder directivo parece conducirse de acuerdo con (Eclesiastés 9:2): “Todas las cosas vienen igual a todos. Lo mismo les ocurre a los justos y a los impíos”. Esto lo explicaron los Sabios en el Midrash (Yalkut Shimoni, Kohelet 989): “Salomón mira hacia el

corredor de las generaciones y ve que les ocurre lo mismo a los justos y a los malvados”. Es decir, un hecho en particular que le acontece a un malvado que comete una transgresión en particular -a la cual se atribuye ese castigo- también le acontece a los justos, que son absolutamente cuidadosos en evitar esa transgresión. Y esta verdad surge en los ejemplos de Abraham y Nimrod y todos los demás mencionados en ese Midrash. Y todo se ordena de este modo para que dé por resultado la recompensa a los justos, que se fortalecen en su fe, como está escrito (Habacuc 2:4): “y el justo vivirá por su fe”. Pues es imposible que alguien se introduzca en las profundidades de lo que hace con él el Eterno. Porque puede ser que en un momento Él Se conduzca con el poder directivo de recompensa y castigo, y al momento siguiente, con el de maza! Y con respecto a todo lo que le ocurre a una persona, es imposible determinar si es un aspecto de recompensa y castigo, basado en sus actos, o un aspecto de mazal que le fue destinado. Y en todo hay un aspecto de ambos, por lo que cualquier intento por llegar a tal determinación sólo confunde los pensamientos de la persona. Pero el que es fiel al Eterno debe aferrarse a su fe sin vacilar, sabiendo que cada uno de los actos de Dios, en cualquier forma que se presente, es incuestionablemente justo y adecuado, y sin ningún error, Dios no lo permita. No debe ser como el malvado, quien dice: “La conducta de Dios no es apropiada”, sino que debe permanecer firme, sirviendo a su Creador con un servicio puro, aceptando con igual gracia todas las medidas que se le aplican. Si actúa de ese modo, se considerará que es verdaderamente puro.

En síntesis hay dos maneras: la manera de recompensa y castigo, y la de mazal; y el Creador las utilizó de acuerdo con Su conocimiento de lo que es beneficioso en este mundo.

En el Midrash de Rabí Shimon bar Iojai hay una afirmación que, si bien trata de las más profundas verdades de los misterios de los atributos celestiales,

a primera vista le parece muy extraña a quien no está familiarizado con lo que dijimos antes. Dice (Tikunei Zohar 70): “y cuando el Eterno Se alza del trono de justicia y del trono de compasión, no hay ni recompensa ni castigo”, donde parecería quererse decir que no hay ni recompensa ni castigo, Dios no lo permita. Mas el verdadero significado es que hay un momento en que el Creador no dirige Su mundo de acuerdo con el poder directivo de recompensa y castigo, sino con la de mazal, pues, como explicamos antes, el bien y el mal se manifiestan en conformidad con el poder directivo que sirve al fin de perfección universal. Por cierto que la recompensa y el castigo estarán en el Mundo Venidero, donde cada hombre recibe los frutos de su comportamiento y de sus actos, mas se nos dice que cuando llegue el Mesías no nos resulte increíble si los justos son degradados y los hombres gritan y nadie les responde, y todas las demás cosas de las que hablan los Sabios dentro del contexto de (Sotá 49b): “En los días anteriores a la llegada del Mesías va a prevalecer el descaró”. Pues todo esto surge del hecho de que los justos, en todo su mérito, no pueden remediar estos hechos; pues el tiempo los conduce hacia el objetivo de la perfección universal subsecuente a través de la revelación de la unidad del Eterno, tal como explicamos.

Pero aquí hace falta una introducción, a fin de aclarar muchas dudas. Incluso cuando el Creador dispone dirigir Su mundo por medio del poder directivo de mazal que mencionamos, Él orienta y dirige las cosas de modo tal que incluso lo decretado por el mazal se materializa dentro del poder directivo de recompensa y castigo, tal como vemos en relación a las aflicciones de Rabi (Rabí Iehuda Hanasí), donde nuestros Sabios afirman (Bava Metzia 85a): “Por medio de un acto -negativo- de Rabi llegaron, y por medio de un acto -positivo- de Rabi partieron”. En verdad, estas aflicciones no eran más que las aflicciones de los justos, pero así es el atributo Divino: Dios combina ambos poderes directivos para que incluso

los decretos de mazal se materialicen por medio de algo que es atribuible a la recompensa y el castigo, que es el catalizador de todo lo que viene después, aunque se trate de algo relativamente insignificante en sí mismo.

En suma: la raíz del poder directivo de Dios, en verdad, es la perfección universal de toda la creación, que gira alrededor de los polos de la naturaleza de las propias creaciones, según las diseñó el Creador. Y todas las circunvoluciones de este poder directivo están orientadas hacia el fin de la perfección universal que mencionamos, a través de la eliminación de todas las imperfecciones de estas creaciones. Y en este poder directivo están implícitas leyes y órdenes de gran profundidad, que son absolutamente insondables. Y en medio del “girar de estas ruedas” se encuentra el poder directivo de recompensa y castigo, el poder directivo revelado, del cual dependen todas las leyes del Cielo y la Tierra. Sin embargo, el núcleo de todos los poderes directivos y leyes que mencionamos está en la perfección universal. Porque no se trata de dos el poderes directivos opuestos y excluyentes el uno del otro, sino que, por el contrario, la base es el poder directivo de la perfección universal. Es sólo que el Creador, en Su exaltada sabiduría, dispuso las leyes de recompensa y castigo adecuadas a todo el período de resolución de dicho poder directivo, donde esas leyes se relacionan, someten y corresponden a los ciclos que el poder directivo de recompensa y castigo no se aparta del centro del poder directivo del perfeccionamiento universal sino que, por el contrario, le corresponde y se le une, y las obras del poder directivo de perfección se materializan dentro del poder directivo de recompensa y castigo, tal como explicamos.

Pero el Creador les ocultó a Sus creaciones las obras de este poder directivo majestuoso, para que ni él ni sus facetas ni la relación entre él y el poder directivo de recompensa y castigo se revelen ni se conozcan. Ni tampoco ningún profeta ni vidente arribó nunca a su comprensión; sino que vieron lo

que vieron, y jamás lo entendieron del todo; por el contrario, se quedaron llenos de dudas, tal como dijeron nuestros Sabios en relación al versículo (Éxodo 33: 19): “Haré merced a quien Me plazca y seré misericordioso con quien lo merezca” (Berajot 7a).

Además debes saber que el fruto de los actos virtuosos que realizan los justos es lo que disfrutarán en el futuro en el mundo de la recompensa, el mundo eterno. Sin embargo, en esos mismos actos virtuosos está la perfección que ellos ejercen sobre la creación de acuerdo con el orden que la caracteriza, y está la recompensa que merecen los justos gracias a la perfección que efectúan. Por lo tanto, el Creador debe tomar los actos del hombre tal como son y juzgarlos en términos de sus resultados verdaderos, en conformidad con lo que el Eterno designó al hombre para que perfeccionara en la creación. Y esto debe efectuarse de acuerdo con todas las distinciones inherentes a su estructura.

Pero sabe que no hay nada que se olvide ante el trono de Su Gloria y que Él no pasa nada por alto en la ejecución de Su juicio. Es decir, que no debe decirse que si algo alguna vez se hizo deficiente y luego se perfeccionó, Él sólo recuerda la perfección y olvida la deficiencia, o, al revés, que ya no recuerda la perfección pasada de algo que luego se hizo deficiente. No es así. En Su trono de Gloria no existe el olvido. Pues no hay comparación entre lo que efectúa la perfección que sigue a la deficiencia, la perfección que sigue a otra perfección y la perfección que viene tras dos deficiencias, y así, ad infinitum. Pues según el ciclo de toda la creación, cada acto debe juzgarse en términos de su pasado, presente y futuro, y toda la creación se perfecciona sólo mediante la totalidad de los elementos cíclicos de los seis mil años de este mundo. Y el Creador, en Su omnisciencia, juzgará todo sobre la base de estos tres tiempos que mencionamos. Pues el resultado de cualquier acto puede medirse únicamente en términos de lo que lo precedió, lo que es en el presente y lo que vendrá tras él. Recién después de

todas estas consideraciones se puede dar la recompensa a la persona, en el futuro, una recompensa adecuada a sus acciones. Esto es claro. Y el Gran Día del Juicio, el Creador le quitará el manto a todo lo que se hizo desde el día en que Dios creó al hombre sobre la Tierra hasta ese día, antes de cada creación. Y cada quien verá la justicia de Su juicio en todos los actos, grandes y pequeños, y lo que se decretó para esa persona de acuerdo con Su juicio verdadero para el momento de recibir la recompensa en el futuro. Luego los justos se adelantarán a recibir su recompensa, cada uno de acuerdo con sus actos.

ALMA: Ciertamente he aprendido mucho. Por lo menos tengo una noción de lo que es Su influencia. He visto mucho acerca del servicio Divino del hombre; he aprendido qué es y cuáles son sus beneficios. Además hablamos sobre todo aquello que se repite en el tiempo y sus distintos orígenes: el atributo de justicia de Dios y el de Su piedad; el poder directivo de mazal y el fin último de todo esto. He comprendido la esencia del hombre en el presente y sus ascensos en el futuro. Comprendí la idea de la llegada del Mesías, la resurrección, el mundo de la recompensa, qué son y cuál es su propósito. Y, por encima de todas las cosas, fortalecí mi fe en el conocimiento de que todo surge de Dios, en la profundidad de Su consejo, y que no hay nada accidental o vano, ni grande ni pequeño, y que todo es parte del ciclo del mundo, que aspira a la perfección total de toda la creación, y que esta perfección universal se alcanzará con la resolución de este ciclo. Entiendo que son todos principios de sabiduría. El resto es comentario: la comprensión de todos los detalles del mundo, cada uno en su propia categoría. A mí me basta con tener las raíces a mano, así por lo menos estoy segura en mi creencia.

INTELECTO: Todavía no te expliqué la idea de cómo el tiempo afecta a

todos los hombres por igual, y que nosotros hayamos diferencias dentro de un cierto tiempo, no en virtud de los actos que en él se originan, sino en virtud de que es ese mismo período, como está escrito (Eclesiastés 3: 1): “Para cada cosa hay una sazón oportuna y un tiempo”. Por cierto que también hay un fundamento coherente para este concepto.

ALMA: Eso también me gustaría saberlo.

INTELECTO: Cada una de las estrellas y las constelaciones ejerce una influencia sobre algún ente específico de este mundo terrenal. El individuo que recibe la influencia de una estrella, no recibe la de otra, y todos los receptores de esa influencia son receptores en todos los momentos y en todos los lugares. Sin embargo, además de esta función específica, las estrellas tienen soberanía y dominio dentro del ciclo del tiempo, y cada una ejerce dominio en el tiempo y el período que le fueron asignados. Esto es bien sabido. Existe una gran diferencia entre estos dos dominios. Pues el dominio que ejercen sobre los objetos que le fueron designados específicamente se une a la esencia de los receptores. Todo lo que son estos receptores depende de ellas, y sus esencias más elementales son afectadas por la influencia que ejercen sobre ellos. Mas el dominio amplio es universal, pues el soberano es Soberano sobre todo el universo, tanto con respecto a las creaciones que le fueron designadas en forma específica como con las que no. Pero, por otro lado, esta soberanía no es una soberanía absoluta en relación a ninguno de ellos, pues ellos son afectados únicamente de un modo general. Ciertamente este dominio deja una impresión definitiva en la creación, pues ninguna de las obras de Dios es en vano, sino que la esencia de su actividad es en relación a esas creaciones que se le asignaron en forma específica.

Este es el prototipo de las operaciones más exaltadas y misteriosas. Pues el

Creador dio origen a muchas diferentes variedades de influencia para Sus creaciones, y cada variedad se adapta perfectamente a su objeto. Y además de esto, Él decretó un ciclo abarcador para que estas variedades de influencia ejerzan dentro de él su dominio del mundo, y el orden de su soberanía y actividad está situado dentro del ciclo temporal. Todos los días reina en el poder directivo una de las variedades de la influencia. Su reino es universal, y abarca toda la creación, mas su actividad dentro de su reino no es su actividad esencial, que está limitada a los receptores específicos de su influencia. De todos modos, todo se origina en la creación en conformidad con esa influencia, como resultado de su dominio. En esto, además, reside la santidad inmemorial de los días de fiesta y de todos los demás fenómenos relacionados con el tiempo. Pero debemos captar la distinción que mencioné: hay una diferencia entre la función específica de cada influencia, sin tener relación con el tiempo, y la función cíclica, que no es tan fundamental que penetre en la esencia más Íntima del receptor.

Este es el modelo de la creación del hombre y todos sus tiempos que como te he dicho, son paralelos a los órdenes de la influencia Suprema. Pues en cada uno de sus tiempos será regido de acuerdo con los órdenes de la influencia correspondiente a ese tiempo, no mediante los efectos específicos de esas influencias, sino por medio de la disposición de su cuerpo y sus miembros en relación a ese poder directivo.

Te he dicho ya bastante como para que se aclare tu mente con respecto a la verdad de estos principios esenciales acerca de los cuales me preguntaste. No ahondaremos más en este tema.

ALMA: Hay otro tema más que me gustaría que me aclararas. No es demasiado largo ni tampoco uno de esos conceptos cuya ignorancia confunde a la mente, como los que analizamos hasta ahora. Es algo que me gustaría mucho poder entender.

INTELECTO: ¿Y de qué se trata?

ALMA: Es el tema de la profecía; su naturaleza, su modo de operación, y su provecho.

INTELECTO: La profecía es un conocimiento y una concepción de la Gloria de Dios que dio el Eterno al profeta. Pero ya sabes que la verdad de la esencia y la perfección de Dios son completamente insondables, y que Él sólo puede ser percibido en términos de Sus actos y en términos de los atributos que estableció para SÍ Mismo para gobernar Su mundo. Los profetas Lo perciben confiriendo bien, castigando, siendo compasivo, juzgando, dando vida, curando, y en términos de todos los demás atributos que se Le adjudican en virtud de Sus actos. Y Él les revela todas Sus influencias en todas sus manifestaciones. Y ellos ven todas sus obras, de las cuales dependen las leyes del Cielo y la Tierra y todos sus ejércitos, en todos sus detalles. Por eso ellos conocen el pasado y el futuro de las obras del Eterno, en el mundo. Porque cuando Lo perciben actuando por medio de un atributo en particular, perciben todos los resultados que surgen de esto en todas las creaciones, Lo perciben actuando mediante el atributo precedente y Lo perciben actuando mediante el atributo que sigue, en la totalidad de sus detalles. Mas no perciben Su esencia pura; e incluso esta percepción que reciben no es perfectamente clara, sino característica de la naturaleza de las visiones proféticas.

ALMA: Esto es lo que quiero saber. ¿Cuál es la naturaleza de esas visiones?

INTELECTO: Está dicho en forma explícita (Oseas 12:11): “por el

ministerio de los profetas me he servido de parábolas”. Con respecto a nuestro Maestro Moisés, está escrito (Números 12:8): “Con él hablo cara a cara, en visión clara y no con acertijos”, de lo cual se puede deducir que a los demás les habló con acertijos, tal como está escrito (ídem 6): “Le hablaré en un sueño”, y la tradición de nuestros Sabios dice (Berajot 57b): “El sueño es una sexagésima parte de la visión profética”. Es decir, que a los profetas no se les permitió presenciar la Gloria Divina abiertamente, sino que esa Gloria que se les reveló despertó en sus corazones visiones proféticas, que eran como mantos y acertijos con respecto a los objetos de los que se trataba, como ocurre con las parábolas y los acertijos en general. Sin embargo, su modo de percepción no corresponde a la percepción natural e intelectual del hombre, sino que su percepción es una especie de flujo, una cognición impresa, que no está sujeta a dudas y que no necesita de reflexión ni de comprobación empírica. Pero para ellos es claro, sin lugar a dudas, que lo que se les revela y comunica es la Gloria del Eterno, y que es Él quien lleva esas visiones proféticas a sus corazones. Y además se fija en sus corazones el conocimiento por medio del cual ellos han de desenmascarar la visión y el acertijo, y por medio del cual podrán percibir aquello que el Creador desea revelarles. Esto lo expresó Maimónides (Mishné Torá, Iesodei Hatorá 7:3): “La profecía le llega al profeta en forma de parábola, y el significado de esa parábola se fija de inmediato en su corazón, junto con la visión profética, para que sepa de qué se trata”.

Debemos hacer una distinción entre las parábolas de los atributos y las de resultados. Es decir que hay parábolas en las que la Gloria Suprema es figurada en términos de sus atributos y actos, y hay otras que prefiguran lo que hará el Eterno. Por ejemplo, cuando Dios desea revelar Su Gloria al profeta en relación a Su bien y Su piedad, Él puede aparecersele como un anciano, tal como está escrito (Daniel 7:9): “y un anciano de días estaba sentado”. Y cuando Él desea manifestarse como un héroe victorioso sobre

sus enemigos, puede aparecerse como un joven guerrero, tal como afirmaron nuestros Sabios (Mejilta Itra 20:2): “Se apareció en el mal como un joven, y en el Monte Sinaí como un anciano”. “Porque el joven es apto para la guerra, y el anciano para presidir” (Jaguigá 14a). Pero las parábolas de actos prefigurados tienen la naturaleza de la vara de almendro de jeremías, y de la caldera rebosante, la escalera de Jacob, el rollo de Ezequiel, la medida de Zacarías, y el candelabro de oro. Con respecto a las parábolas de atributos, ni bien la Gloria Suprema se le aparece al profeta en su forma particular, él percibe el significado de la visión; pero con respecto a las parábolas de actos prefigurados, es posible que su significado no se perciba hasta su revelación, tal como está escrito (Zacarías 4:5): “No sabes qué son? Y yo dije: No mi amo”

En estas visiones es posible que aparezcan una multiplicidad de figuras, incluso figuras simultáneas y mutuamente contradictorias, tal como enseñan nuestros Sabios (Soferim 16:2): “Cara(s) a cara(s) habló el Eterno con vosotros (Deuteronomio 5:4): Caras, dos; a caras, dos; en total, cuatro caras: una imponente, para la Biblia; una común, para la Mishná; una sonriente, para el Talmud; una congraciante, para la Hagadá”. Y, asimismo, (Yalkut Shimoni, Itra 286): “Yo soy el Eterno, tu Dios”: Rabí Jama ben Papa dijo: “Dios les mostró un rostro enojado, un rostro congraciante... Les dijo: “Aunque veis todas estas figuras, Yo soy el Eterno, tu Dios”. Esto corresponde a lo que dijeron los Sabios con respecto al habla (Ierushalmi Nedarim 3:2): “La desnudez de la mujer de tu hermano” y “El hermano de su marido vivirá con ella” fueron enunciados de una sola vez; “Recuerda” y “Observa” fueron enunciados de una sola vez”. La razón es evidente. Como estas figuras no son aspectos de la realidad, sino revelaciones proféticas creadas, es voluntad del Rey “que habló y todo se creó”, que estas figuras se impriman en el alma del profeta. Él ciertamente puede crear figuras según lo desee, y es completamente independiente de las leyes materiales y

naturales, que fueron creadas para los entes corporales. Pero esto es cierto: ninguna de las palabras del Eterno es en vano, Dios no lo permita, sino que cada figura que Él revela al profeta está destinada a representar alguno de los atributos de Dios o alguno de los aspectos de estos atributos. Y cuando Él desea revelarle una variedad de aspectos Le revela una variedad de figuras, aunque sean mutuamente contradictorias, pues el fin de la profecía no es la figura revelada, sino el significado que el profeta extrae de dicha figura.

ALMA: Pero el versículo (Deuteronomio 4:15): “Porque no visteis figura alguna” me crea gran dificultad, pues se contradice con todo lo que acabas de decir.

INTELECTO: Y aun sin tener en cuenta lo que dije, ¿no resulta difícil que dos versículos se contradigan? Un versículo afirma “No visteis figura alguna” y el otro (Números 12:8): “y contempla la figura del Eterno” y otro más (Ezequiel 1:26): “Había la apariencia de un hombre que estaba arriba”, etc.

ALMA: Pues respóndeme a ambas preguntas.

INTELECTO: Está escrito (Isaías 40:25): “¿Con quién Me comparáis para que Yo sea igual?” y (ídem 18): “¿A quién, entonces, Se asemeja Dios, o con qué podréis compararle?”. El significado es que Dios ciertamente no descarría al profeta, sino que lo hace sabio y le da parte de la verdad. Porque al mostrarle Dios figuras donde las mismas deberían precisamente evitarse, sería el impedimento más grande. Pero la verdad es que el alma del profeta percibe la verdad con claridad. Como ya sabes, la percepción y el conocimiento del profeta no corresponden a la percepción y el

conocimiento naturales, sino que están fijos en él de modo tal que su conocimiento es completamente claro y libre de dudas. Es un tipo de conocimiento que es absolutamente insondable para el hombre natural. Asimismo, el alma del profeta capta todos los mensajes proféticos de acuerdo con su verdad. Es decir, que es claro que es el Creador el que se le aparece y le revela lo que le revela; y es igualmente claro que Él no puede ser visto, no sólo por el ojo natural, sino ni siquiera mediante la percepción espiritual, que no es más que comprensión y entendimiento, pues el alma no puede desentrañar al Eterno. Y sabe que la Gloria revelada se origina en una figura profética creada, de la cual extrae el conocimiento que debe recibir, como en el versículo antes mencionado (Oseas 12: 11): “Por el ministerio de los profetas me he servido de parábolas”.

La verdad es perfectamente clara, entonces, al alma del profeta, y no hay lugar para el error, pues el conocimiento verdadero está grabado en ella, y toda la verdad le resulta evidente. De modo que el alma no percibe una figura profética sin percibir al mismo tiempo que es solamente una figura profética y no la esencia del Propio Creador. Por eso, si bien está escrito “Por el ministerio de los profetas me he servido de parábolas”, la exhortación es siempre “¿Y con qué figura Lo vestirás?”. Pues el profeta no ve una figura sin ver al mismo tiempo que se trata de una figura profética, y no una esencia real, que se adapta a la comprensión del profeta, que el entendimiento no puede concebir de la esencia pura del Eterno, completamente abstracto de toda similitud. De igual modo, Moisés nuestro Maestro exhorta a Israel (Deuteronomio 4: 15): “No visteis forma alguna”. Él habla aquí de la esencia pura del Creador, y les dice “Tengan muchísimo cuidado, pues ya han percibido esta verdad. Ya saben que no vieron ninguna figura del Eterno sino que, por el contrario, vieron que no podían percibir a Dios mientras Él no les creara figuras proféticas”. El versículo está levemente abreviado, pero no más que los otros: “¿Con quién Me

comparáis para que Yo sea igual?” y “¿A quién, entonces, Se asemeja Dios, o con qué podréis compararle?”. Pues Moisés, nuestro Maestro, le hablaba a Israel, que había presenciado toda esta verdad, y les recordaba lo que habían visto en verdad.

ALMA: Me has explicado “Pues no visteis forma alguna” pero no “y contempla la figura del Eterno”.

INTELECTO: Incluso esa figura que aparece ante el alma del profeta se denomina, muy apropiadamente, “la figura del Eterno”. Pues no hay duda en la mente del profeta que lo que se le revela, bajo el disfraz de esa figura, es nada más ni nada menos que el Creador; y por esta misma razón puede decir con total convicción (Ezequiel 1:28): “Es la figura de la Gloria del Eterno” y (Isaías 6: 1): “y vi al Eterno”. Porque en su flujo de percepción le resulta claro que la figura que ve se origina en la revelación ante él de la Gloria Suprema y que la forma es sólo el medio por el cual logran esta revelación de Dios. ¿A qué puede compararse esto? A una persona que ve a su amigo en el espejo. Aunque la esencia de su amigo no está en el espejo, lo que él ve es, efectivamente, su amigo, que se le aparece por medio de un agente, que es el espejo. Y podemos decir, como corolario, que si el espejo distorsiona la imagen, la imagen de su amigo será distorsionada. Y en la mente del que mira no habrá duda de que el cuerpo que ve en el espejo no es el cuerpo de su amigo que está parado junto a él; sino que sabrá que cuando su amigo se para frente a ese espejo distorsionado, y él mira el espejo, se le presenta esa imagen. Lo mismo ocurre en nuestro caso: el profeta sabe que es el Creador el que Se revela en esa visión, aunque esa visión se materialice ante los ojos del profeta por medio de la agencia de su propia alma. Por eso, puede decir, no sin razón, que se trata de la “figura del Eterno”, y de él podemos decir que “contempla la figura del Eterno”.

ALMA: Pero esto crea otra dificultad, pues de acuerdo con lo que dices no hay diferencia entre la profecía de Moisés, nuestro Maestro, y la de los demás profetas, ya que todos ven esta forma y todos saben que el Eterno no tiene forma en términos de Su verdadera esencia.

INTELECTO: Te diré cuál es la diferencia entre Moisés, nuestro Maestro, y los demás profetas. Los demás profetas no podían ni siquiera contemplar esa figura por completo, pues sólo les era visible como estando tras una pared, o reflejada a través de varios espejos, o a través de un espejo opaco. Nuestros Sabios explicaron esto con relación a este versículo (Midrash Rabá, Vaikra 1:14): “¿Cuál es la diferencia entre Moisés y los demás profetas? Rabí Iehuda dice: “Todos los profetas vieron a través de nueve espejos... y Moisés a través de uno solo”. Y los Sabios dicen: “Todos los profetas vieron a través de un espejo opaco, y Moisés, a través de un espejo lustrado””. En virtud del hecho que incluso la figura que veían no la veían bien, no podían asimilarla del todo, y así la comprensión de su significado tampoco era perfecta. Y esto es lógico, pues Dios revela esas figuras sólo en pos de la idea implícita en la figura profética, para que al ver la figura percibieran la idea en ella contenida, en todas sus partes. Pero si sólo podían percibir una fracción de la propia figura, su idea correspondiente no podía ser comprendida en forma perfecta, en todas sus partes, sino sólo una fracción de ella, correspondiente a la fracción observada de la figura. Moisés, sin embargo, percibió al menos la figura profética con claridad. Por eso su conocimiento fue perfecto en términos de las posibilidades de la cognición humana, y él alcanzó el más alto nivel posible de conocimiento profético. Pero él también percibió solamente lo que se le permitió percibir. Esto es obvio.

Te daré a conocer otra faceta más de la visión profética. Si bien vemos que los profetas ven estas figuras proféticas, no se les exige que las vean por

medio de la visión del ojo físico, sino mediante una visión de orden espiritual. Porque un objeto puede ser visto tanto por el ojo físico como por el ojo abstraído del cuerpo, y ambos pueden confirmar que se trata de un objeto, si bien cada uno lo ve a su modo. Pues el espíritu puede ver lo que está en el barril y lo que está dentro de la pared, mientras que el ojo físico no puede, debido a la naturaleza de su visión, que le permite ver únicamente ciertas cosas dentro de los límites prescritos por el Creador. Pero el barril será visto por el ojo físico a su modo, el cual confirmará que se trata de un barril, y por el espíritu a su modo, el cual también hará esta confirmación. Lo mismo ocurre en nuestro caso. Los profetas no necesitan ver la imagen llamada “león” y la imagen llamada “águila” (Ezequiel 10:14) y demás, según el ojo de carne, sino mediante la agencia de la visión espiritual. Esto es claro.

ALMA: Sigo sin entender para qué existen estas formas. ¿Qué problema habría si Dios revelara lo que quisiera, tanto de conocimientos como de hechos futuros, sin recurrir a ninguna figura?

INTELECTO: Te podría responder simplemente diciendo que Dios quiso revelarse a los hombres al modo de los hombres, como explicamos antes. Pues las creaciones, en su forma misma, reflejan influencias y atributos celestiales, de los cuales son verdaderos ejemplares. Por lo tanto, Dios le revela Su Gloria al profeta en la figura por Él creada, pues la imagen de abajo es sólo un ejemplo de influencia y el atributo correspondiente de arriba. Y nota que esto también es un atributo de Dios: la corporalización de los aspectos de Su influencia y Sus atributos dentro de formas terrenales de modo tal que la forma puede servir como ejemplar de estos aspectos. Y el Creador estableció todo un orden mediante el cual las imágenes creadas podían servir adecuadamente como ejemplares de los aspectos celestiales

que se les designaron para que reflejaran. De modo que hay una razón apropiada e integral para todas las partes de la imagen de las creaciones, y ninguna es arbitraria; por el contrario todas crecen de esta raíz: los factores celestiales y espirituales se reflejan en las formas inferiores de las propias creaciones. Y la majestad de la Gloria Suprema determinó que el profeta viera estos factores celestiales sólo en su relación con las propias creaciones y reflejados en ellas, tal como explicamos.

Sin embargo, hay algo más profundo en todo esto, y es que el orden y el agente a los que recurre el Creador para la corporalización de los aspectos de la influencia dentro de formas terrenales contribuyen en gran medida a la existencia de esas creaciones, en todas sus formas. Por ejemplo: debido a que Dios quiso corporalizar la idea de Su influencia en la configuración de un ojo, debido a eso es que el hombre tiene ojos. Y debido a que Él quiso corporalizar los atributos de Su influencia -bondad, justicia y compasión- en las configuraciones de los colores blanco, rojo y verde, respectivamente, es que el ojo del hombre posee estos tres colores. Y si Él no hubiera querido corporalizar estos factores de ese modo, el hombre no tendría estos órganos y estas partes, sino otros. Esto es claro. Lo mismo ocurre con todas las demás características de las creaciones, y sus cualidades, y su aserción, una vez de un modo, y otra vez, de otro, creando la variación en la situación de todos los seres creados. Todo esto es función del modo en que el Creador quiso corporalizar los factores celestiales en las formas y la estructura de las creaciones. Esto surge, entonces, como principio fundamental de las creaciones y sus accidentes.

Por lo tanto, el Creador revela Su Gloria al profeta por medio de estas figuras, para que él pueda comprender los atributos providenciales correspondientes; y Él los corporalizó, asimismo, en formas terrenales, para que puedan percibir y comprender claramente el efecto de las influencias celestiales sobre la criaturas terrenales, a través de los órdenes compuestos

de la imagen y a través de sus elementos distintivos.

De modo que los profetas pueden ver por medio de una visión espiritual una figura de luces grandes o pequeñas, que sube o que baja, móvil o estática, y muchas figuras corresponden a formas terrenales, tal como vemos en la Biblia, y a través de ellas reflexionarán y conocerán los órdenes de la influencia y soberanía celestial en todos sus órdenes. Y la naturaleza de los atributos con los que se relaciona la figura deriva de la comprensión de la propia forma. Por ejemplo: una forma circular y abarcadora, que no posee ni izquierda ni derecha, ni arriba ni abajo, alude a una idea general, pues circunscribe en igual medida todo lo que entra dentro de ella. Por el contrario, una forma recta, delimitada por la derecha, la izquierda y el medio, y que posee una base y un techo, alude a una idea específica y estructurada, abarcando todo lo que está dentro de ella en una jerarquía de superior a inferior. Y, de igual modo, con respecto a los elementos distintivos, alude a una orientación hacia la derecha o la izquierda, y así con todas las demás formas. Es decir, que todo este mundo inferior está supervisado por la voluntad Suprema por medio de una influencia general que promueve su existencia. Y en este sentido de la existencia, no hay diferencia entre las distintas especies, o entre un hombre y otro, pues las más altas esferas requieren existencia al igual que el más minúsculo insecto. Por eso, la influencia del Eterno abarca todas las creaciones por igual, pues Él las mantiene a todas mediante Su poder. Pero la influencia judicial relacionada al servicio Divino tiene muchísimos detalles, pues Dios pesa todo en balanzas justas, para bien o para mal, cada uno de acuerdo a su naturaleza específica. De modo que cuando el Creador desea revelarles a Sus profetas Su gran poder, que sostiene a toda la creación, y Su influencia abarcadora, que contiene a todas por igual, pues Su ojo, que todo lo ve, no ignora a ninguna de ellas, Él le muestra al profeta una luz, por así decirlo, que surge de Él y abarca a todo el universo, como

el firmamento cubre a toda la Tierra, por todos sus costados, tal como está escrito (Ezequiel 1 :22): “y sobre las cabezas de los seres vivientes había algo parecido a un firmamento”. Y cuando Él desee revelarles Su justicia, se les aparecerá como un rey sentado en su trono, la rectitud en su diestra y la justicia en su siniestra, para juzgar a todas Sus creaciones con la justicia de Su rectitud. Y si Él desea rebelarles las fuerzas específicas que regulan al universo, una en conjunción con la otra, tal como afirmaron nuestros Sabios (Jaguigá 12b): “¿Sobre qué se sostiene la Tierra? Sobre las columnas, y las columnas sobre las aguas ... y a todos los sostiene la mano del Eterno”, Él le mostrará al profeta muchas esferas, una dentro de la otra, donde cada esfera externa hace girar a la interna, y el mundo en el centro, y Él supervisa y sostiene a todos. Y cuando Él desee revelarle la interrelación graduada de todas las fuerzas, donde una surge de la otra, y el mundo inferior surge de todos ellos, Él le mostrará muchos niveles, uno bajo el otro, y el mundo debajo de todos. Y cuando desee revelar el contraste entre los niveles más cercanos a Dios y los más alejados de Él, en el orden de sus niveles, y de acuerdo con esos atributos que están más cerca de Su perfección, y los que están más lejos de Él, y que están más relacionados con el plano terrenales, Él les mostrará muchos niveles, uno contenido dentro del otro, como una recámara dentro de otra, o una prenda encima de otra, y el mundo inferior afuera de todos, alejado de todo.

Además, Él le mostrará todas estas visiones en forma simultánea -si desea revelarle todas estas cosas que hemos mencionado y sus ramificaciones, de una sola vez- aunque se contradigan entre sí, como ya he mencionado (Jerushalmí, Nedarím 3:2): “La desnudez de la mujer de tu hermano” y “El hermano de su marido vivirá con ella”; “Recuerda” y “Observa”, que fueron enunciados a un mismo tiempo. Pues lo que está por encima de la naturaleza no está restringido por las leyes de la naturaleza. E inclusive en un sueño, que es como una clase de profecía, nuestros Sabios dijeron

(Berajot 57b): “El sueño es la sexagésima parte de la visión profética”, ocurre algo parecido, pues las formas se visualizan de un modo que no guarda relación con la visualización de las horas diurnas, y las imágenes del sueño se reemplazan mutuamente en un instante, y el modo de transición es completamente imperceptible. Y así podemos construir en nuestro sueño una figura que es “Rubén” y, en un instante, será una casa o una piedra. En síntesis, se formarán configuraciones de un modo totalmente extraño a los procesos de visión normales. Cuánto más en la profecía, que está completamente fuera del dominio de la naturaleza, Dios hará que Sus profetas vean lo que Él quiera.

ALMA: Tu explicación me ha satisfecho enormemente. Pero antes de concluir quiero hacerte una pregunta, que no es absolutamente crucial, mas me dará gran placer poder comprenderla.

INTELECTO: Pregúntame, pues.

ALMA: La idea de la creación. ¿Es posible o no es posible entender cómo algo salió de la nada?

INTELECTO: Ya te he dicho que nos resulta imposible comprender cómo actúa el Eterno, es decir, el modo en que realiza Sus actos. Sólo podemos investigar aquello sobre lo que actúa y el orden en que actúa. Ahora bien, yendo a tu pregunta, esta materia que Él creó es absolutamente original, y Él la creó en Su omnipotencia exaltada, de un modo que no podemos comprender. Lo que sí podemos comprender es el orden en que Él actuó para crearla, pues al comprender esto, comprendemos solamente las etapas del acto.

Digamos, entonces, en cuanto a la creación de la materia, que ciertamente

existió antes en la esencia del Eterno, que Él podía crearla y que Él iba a crearla. Pues no podemos adjudicar al Eterno ninguna adición ni alteración, diciendo que Él creó algo que no existía en Él antes; sino que la creación de esta materia preexistió en Su voluntad. Esto, no obstante, no puede considerarse como la existencia del mundo en potencia, pues no hay relación entre la esencia pura del Eterno y Sus creaciones, ya que todo lo que se puede adjudicar a Sus creaciones es imposible de adjudicar a Su esencia. Recién cuando Él quiso verdaderamente crear esta materia, creó variedades de influencia en cuya naturaleza estaba implícita la materialización de esta materia y que estaban relacionadas con esa materia, al haber sido originadas sólo en la magnitud suficiente para dicha materialización. Ahora bien, con respecto a estas variedades de influencia, ya dije que se manifiestan en una gradación sucesiva, y que el único nivel de influencia que puede considerarse como la causa inmediata de esta materia, tal como la conocemos hoy, es el último y el más inferior de todos. Ya te expliqué esto en detalle.

Vemos, entonces, que en la concepción misma de la primera influencia existió en su naturaleza la materialización de la materia. Por eso, la materia puede considerarse que está incluida en ella, porque estuvo implícita en su naturaleza y se originó únicamente para la materia. Pero fue una causa distante, por ser mucho más noble y exaltada que lo que se necesitaba para la existencia de la materia inferior. La segunda influencia fue una causa más inmediata, donde la materia está implícita en su naturaleza y más cercana a la materialización que en la primera influencia. Y así sucesivamente, a través de todas las influencias, finalmente se originó de la última. Por eso, la primera influencia no es más que la existencia de esta materia proyectada por el Eterno con mayor intensidad que la necesaria para su materialización en la realidad. La segunda influencia, asimismo, es la existencia de esta materia, proyectada con menor intensidad que la

primera. Pues las influencias no son más que la existencia de entes que surgen del Eterno. Y todo el tiempo que es una emanación de Él, y no se ha materializado en la realidad, se la llama “influencia” de Él. Y cuando la influencia se materializa en la realidad en la forma de una creación, se la denomina “resultado”. Vemos, entonces, que las influencias y los resultados son esencialmente una misma cosa. Sólo que las influencias son las generalidades de Su ordenanza, y los resultados, son las creaciones que surgen de esa ordenanza. Mas la propia ordenanza tiene la misma naturaleza que todos sus demás atributos, que son inescrutables en sí mismos, así como Su conocimiento, Su recuerdo, Su compasión. Todos ellos no son diferentes de Su esencia, no como nuestro conocimiento, recuerdo y compasión. Ellos son influencias que percibimos a través de los efectos, pues estos efectos no son más que la creación de estas creaciones y su surgimiento en una existencia independiente de la emanación del Eterno. Esto debería responder a tu interrogante.

ALMA: Me alegro enormemente de que me hayas enseñado todas estas ideas grandes y profundas, que han fortalecido mi convicción en la fe verdadera y perfecta, con respecto a todas las cosas que los adherentes a la fe de Moisés deben conocer.

LA PAZ SEA CON ISRAEL
BENDITO SEA EL ETERNO POR SIEMPRE
AMÉN Y AMÉN.

SOBRE EL AUTOR

RABÍ MOSHÉ JAIM LUZZATTO -conocido por las iniciales de su nombre como Ramjal- sabio cabalista italiano, nació en la ciudad de Padua en el año 1707 y falleció en la Tierra de Israel a los cuarenta años, el 26 del mes hebreo de iyar de 1747. Su padre, Jacob Jai Luzzatto, fue un próspero comerciante de sedas y era contado entre los miembros más notables de su ciudad. Su madre también descendía de la familia Luzzatto.

Ya desde su infancia Moshé Jaim destacó por su brillantez mental y por su impresionante memoria, tal como lo atestigua su maestro en Padua, Rabí Ishaia Basan. Otro de sus maestros fue Rabí Itzjak Lampronti.

Dominaba a la perfección el hebreo, el italiano, el arameo, el francés, el latín y el griego. Y, si bien algunos años se dedicó a la poesía y al estudio de la lógica, más tarde se volcó de lleno al estudio de la Cábala. A los catorce años dominaba a la perfección toda la obra del cabalista Rabí Isaac ben Luria (1534-1572), conocido como el Ari Hakadosh. Los sabios de Italia veían al Ramjal como el continuador directo de Rabí Moshé Zejut, extraordinario cabalista.

Sus obras no fueron difundidas por el propio Ramjal sino solamente a sus alumnos y compañeros de estudios, a quienes llegó a confesar que muchos de sus textos eran producto de revelaciones celestiales de su maguid -su ángel- las que simplemente le eran dictadas desde las Alturas. Sin embargo, la importancia y la genialidad de sus obras fue pasando de boca en boca, hasta que el cabalista Rabi Rafael Kimji llegó a alabarlo en Venecia ante

los sabios locales y públicamente ante la comunidad.

Su fama llegó también a los oídos de Rabí Moshé Jaguiz, Rabino de Altona, en quien despertó sospechas. Temía que su encumbrada sabiduría despertara un movimiento mesiánico, y que también pudiera ejercer la cábala práctica. Por esto comenzó a oponerse al Ramjal y envió una carta a los Rabinos de Venecia advirtiéndoles acerca del peligro que Luzzatto representaba para el judaísmo de la época.

Tras intentar defenderse sin éxito a través de una carta explicativa, los escritos cabalísticos del Ramjal fueron prohibidos.

Ante la disputa creada, el mismo Ramjal decidió auto censurar sus libros, mas esto tampoco sirvió, y los Rabinos de Venecia decidieron prohibir terminantemente el estudio de su obra.

Ante estas nuevas medidas el Ramjal abandonó Italia y se asentó en Amsterdam completamente solo, sin su familia ni sus amigos. A pesar de haber sido recibido con grandes honores en Holanda, se negó a aceptar ayuda económica y se dedicó a trabajar el vidrio para solventar su subsistencia.

Entre los años 1730-1735 escribió más de cuarenta libros. Al final de sus días viajó a la Tierra de Israel y se estableció en la ciudad de Acco. Afectado por una peste maligna, falleció a temprana edad y fue enterrado junto al sabio Rabí Akiva en la ciudad de Tiberíades.

A pesar de fallecer a los cuarenta años, fue un autor prolífero. Entre sus obras más conocidas se encuentra el Mesilat Iesharim (La senda de los justos), el Derej Hashem (El camino de El Eterno), el Daat Tevunot (La sabiduría del alma), el Klaj Pitjei Jojmd (Las 136 puertas de la sabiduría), y otros. Acerca del Mesilat Iesharim -libro utilizado por todo estudioso de Torá como guía para el crecimiento y el ascenso espiritual- el mismo Gaón de Vilna (1720-1797) dijo que si el Ramjal viviese hubiese atravesado toda Europa a pie para beber de sus enseñanzas.

Sobra aclarar que tras su muerte, la obra de Rabí Moshé Jaim Luzzatto fue aceptada por todo Israel, convirtiéndose en un autor clásico entre los estudiosos de Torá de todas las corrientes.

Génesis.....	Bereshit
Exodo.....	Shemot
Levítico.....	Vaikrá
Números.....	Bamidbar
Deuteronomio.....	Devarim
Josué	leoshúa
Jueces	Shoftim
Samuel	Shmuel
Reyes	Melajim
Isaías	lshaiahu
Jeremías	lrmiahu
Ezequiel	fejezquel
Oseas	Hoshea
Joel	foel
Amós	Amós
Abdías	Ovadiá
Jonás	foná
Miqueas	<i>Mijá</i>
Nahúm	<i>Najúm</i>
Habacuc	<i>jabakuk</i>
Sofonías	<i>Tzfirmiá</i>
Hageo	<i>jagai</i>
Zacarías	<i>Zejariá</i>
Malaquías	<i>Malají</i>
Salmos	<i>Tehilim</i>
Proverbios	<i>Mishlei</i>
Job	<i>Iov</i>
Cantar de los Cantares.....	<i>Hashirim</i>
Rut	<i>Rut</i>
Lamentaciones	<i>Eijá</i>
Eclesiastés	<i>Kohelet</i>
Ester	<i>Ester</i>
Daniel	<i>Daniel</i>
Esdras	<i>Ezrá</i>
Nehemías	<i>Nejemíá</i>
Crónicas	<i>Divrei Haiamim</i>

En su versión Hebrea original, el Daat Tevunot no se encuentra titulado o dividido en capítulos. Mas para facilitar su lectura, presentamos un índice temático basado en el trabajo clásico de Rabi Jaim Friedlander, z"l, adaptado a la versión en español.

La obligación de conocer los modos divinos de conducción del mundo.....	7
Para beneficiarlo, El Creador quiso que el hombre mismo se perfeccionara.....	9
La revelación de la unidad: la base de la obra de la creación.....	14
El periodo de ocultamiento de Su Unidad.....	37
La resurrección de los muertos: la purificación del cuerpo a través del alma.....	49
El ocultamiento y la presencia del Rostro divino: la raíz del cuerpo y el alma.....	55
Los distintos periodos de la relación del cuerpo y el alma.....	66
La creación del mal y sus límites.....	75
La existencia del hombre y su misión.....	89
La creación y el rol de Israel.....	104
Los modos divinos de conducción del mundo: justicia y amor.....	114
Los distintos modos de recepción de la influencia divina.....	144
La conducción divina hacia la perfección universal.....	159
Acerca del tiempo y su influencia.....	173
La profecía.....	175
La creación a partir de la nada- ex nihilo.....	186